
HARLEQUIN
Jazmín Top
Niños
LAURA MARIE ALTOM
Papá temporal



Laura Marie Altom

Papá temporal



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

PAPÁ TEMPORAL, N.º 18 - junio 2013
Título original: Temporary Dad
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-3118-6
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: TARRAGONA/DREAMSTIME.COM

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

¡Buaaaa! ¡Buaaaa, buaaaaaaaa!

Sentada en una cómoda silla de ratán en el patio de su nuevo piso, Annie Harnesberry alzó la vista del ejemplar de agosto de *Decoración económica* y arrugó la frente.

¡Buaaaaa!

Aunque no era madre, llevaba siete años trabajando como maestra de preescolar, y eso daba cierta credibilidad a lo que sabía respecto a los niños. Por no mencionar que había pasado los dos últimos años enamorándose de Conner y sus cinco encantos. Y, a juzgar por el daño que le había hecho, Conner debía de tener un doctorado como rompecorazones.

La bebé Sarah solo tenía nueve meses cuando Conner había llevado a la siguiente de sus hijas, Clara, de tres años, a la escuela en la que ella enseñaba.

La atracción inicial había sido innegable; Annie había sentido gran afinidad por Clara y Sara. Las dos bellezas de ojos azules habrían robado el corazón a cualquiera.

Igual que su padre que, poco a poco, había convencido a Annie de que la amaba a ella, no a su habilidad para cuidar de sus retoños.

El hombre la había devastado emocionalmente cuando, en vez de ofrecerle un anillo el día de San Valentín, le había ofrecido trabajo como niñera interna antes de mostrarle el solitario de diamantes que iba a regalarle a otra mujer esa misma a noche.

A Jade.

Su futura esposa.

El problema era que a Jade no le hacía gracia el ruido de los piececitos correteando por la casa, de ahí la súbita necesidad de Conner de una niñera. Le había explicado que, exceptuando ese fallo, la exótica morena era una auténtica delicia. «Viviremos todos juntos como una familia feliz, ¿no crees?», le había dicho.

¡Buaaaa, bua, buaaaa!

Annie suspiró.

Quienquiera que estuviese a cargo de esa pobre criatura en el piso que había al otro extremo del pasadizo techado, tendría que hacer algo para calmarla. Nunca había oído un llanto similar. Se

preguntó si el bebé estaría enfermo.

Arrancó una hoja muerta del tiesto de alegrías rojas que había sobre la mesa y volvió a centrarse en el artículo dedicado a la pintura vidriada. Le gustaría mucho probar esa técnica en el aseo de invitados que había bajo la escalera.

Tal vez en color borgoña.

O dorado.

Algo rico y decadente, similar, en el sentido decorativo, a una cucharada de chocolate fundido.

La casa en la que había crecido había estado pintada, de arriba abajo, dentro y fuera, en vibrantes tonos de joya. Había vivido con sus abuelos, dado que su madre y su padre eran ingenieros que viajaban al extranjero tan a menudo que dejó de acompañarlos cuando tuvo edad escolar. Su segunda residencia, que nunca llamaría hogar, había estado pintada del color del puré de patatas. Esa era la casa que había compartido con su exmarido, Troy, un hombre tan abusivo que habría hecho que Conner pareciera un santo. Su tercera residencia, el apartamento al que había corrido tras dejar a su ex, había mejorado un poco el puré de patatas: estaba pintado de color amarillo crema de maíz.

Se encontraba en su cuarta vivienda y, esa vez, pretendía arreglar la decoración y también su vida. Le gustaba pasar cinco días a la semana rodeada de colores primarios y papel pintado con los personajes de Barrio Sésamo, pero en su tiempo libre quería un entorno más adulto.

¡Buaaa, buaaa, buaaaa!

¡Bua, bua, buaaaa!

¡Buaaaaaaa!

Annie volvió a dejar la revista sobre sus rodillas. Algo fallaba en el llanto de ese bebé.

Se preguntó si habría más de uno.

Sin duda, tenían que ser dos.

E incluso podrían ser tres.

Pero ella se había instalado hacía dos semanas y no había visto ni oído nada que sugiriera la presencia de un bebé en el complejo, y menos aún de tres. En parte por eso había preferido ese piso a los que había junto al río, que tenían mejores vistas de Pecan y de sus famosos huertos de pacanas.

El problema del complejo con vistas era que estaba destinado a familias y, tras despedirse llorosa de la bebé Sarah, Clara, sus dos hermanos y hermana, por no hablar de su padre, lo último que Annie quería era ver niños en su nuevo hogar.

Conner había empaquetado a sus hijos, a su bella nueva esposa y a una niñera escandinava y se habían traslado todos a Atlanta. Los niños estaban tan confusos como Annie por la súbita aparición de Jade en la vida de su padre. Les enviaba cartas y tarjetas de cumpleaños, pero aún los echaba de menos. Por eso había dejado Bartlesville, su pueblo natal, y se había mudado a Pecan. Se había resignado a cuidar niños solo en el trabajo.

Conner era su segunda mala experiencia con los hombres. Y con intentar formar parte de una familia grande y ruidosa. No quería recordatorios a diario del desastre de su última relación.

No más recuerdos de sus viajes con los niños a Wal-Mart o a QuickTrip o al supermercado. No más dolor de corazón cada vez que viera un coche que le recordara al Beemer plateado de Conner.

Necesitaba empezar de nuevo en un pueblo pequeño y encantador en el que Conner no se rebajaría a poner el pie.

Annie miró su revista.

Vidriado.

Lo único que necesitaba para sentirse mejor era tiempo y una lata de pintura.

¡Bua, bua, buaaaa!

Annie volvió arrugar la frente.

Nadie dejaría a un bebé llorar así.¿Le habría ocurrido algo a la mamá o al papá del bebé?

Arrugó la nariz y, mordisqueando la punta de su dedo meñique, dejó la revista en la mesa y se asomó por encima de la verja de hierro forjado que rodeaba su patio.

Un brisa fresca alborotó sus cortos rizos rubios, llevándole el aroma a pan fresco de la mayor fábrica de la ciudad, a un par de kilómetros de allí. Aún no había probado el pan de trigo y pecanas Finnegan, pero decían que estaba para morirse.

Normalmente, en esa época del año en Oklahoma habría estado dentro, sentada cerca de la rejilla del aire acondicionado. Pero como la noche anterior había llovido, no era un día típico de agosto, sino que se intuía un atisbo del otoño por llegar.

¡Buaaaaaa!

Annie abrió el pestillo de la puerta del patio y cruzó la hierba de un triste tono entre verdoso y marrón. El baño para pájaros que había dejado el anterior propietario del piso estaba seco. Tenía que acordarse de llenarlo la siguiente vez que regara sus alegrías y caléndulas.

¡Buaaaa!

Siguió avanzando por el jardín compartido, cruzando por el

viejo pasadizo de ladrillo que compartía con el desconocido propietario del apartamento que había frente al suyo.

Verónica, la burbujeante pelirroja enamorada del rock de los ochenta y del yogurt, gerente del club del complejo de apartamentos, le había dicho que allí vivía un bombero soltero.

Al ver los arbustos de azaleas muertos que había a los lados de la puerta, Annie deseó que al tipo se le diera mejor echar agua a edificios ardiendo que a las pobres y sedientas plantas.

¡Buaaaa, buuuua, buaa!

Volvió a mordisquearse el meñique.

Miró la puerta del bombero y luego la suya.

Seguramente, lo que estuviera ocurriendo allí no era asunto suyo.

Sus amistades decían que pasaba demasiado tiempo preocupándose de los problemas de los demás y no el suficiente de los suyos. Pero, aparte de tener el corazón roto, no tenía problemas.

Era verdad que desde que vivía a una hora de distancia de su abuela a veces se sentía sola. Sus padres estaban trabajando en una remota provincia de China y apenas hablaba con ellos. Pero aparte de eso le iba bastante bien.

¡Buaaaa!

Aunque la llamaran metomentodo, estaba harta. No podía soportar seguir oyendo el llanto de un bebé indefenso, quizás de más de uno.

La primera vez llamó a la puerta del bombero con suavidad. Como una vecina preocupada.

Al ver que eso no funcionaba, golpeó la puerta con más fuerza. Estaba a punto de mirar en el patio cuando la puerta se abrió de golpe.

–¿Patty? ¿Adónde…? Oh. Perdón. Pensé que era mi hermana.

Annie lo miró boquiabierta.

Imposible hacer otra cosa ante el hombre más guapo que había visto nunca y que llevaba en brazos no uno, ni dos, sino tres bebés. Todos rojos y gritando. Se preguntó si eran trillizos.

Entrando en piloto automático de maestra, agarró al bebé más compungido y lo acurrucó contra su hombro izquierdo.

–Hola –acunó a la criatura que, por el pijamita de color rosa, debía de ser una nena, mientras deslizaba los dedos por la parte de atrás de su cabeza–. Soy tu nueva vecina, Annie Harnesberry. No pretendo entrometerme, pero me ha parecido que tal vez necesitabas ayuda.

–Sí –el tipo se rio, mostrándole montones de dientes blancos–.

Mi hermanita me dejó con estas criaturas hace más de veintiséis horas. Se suponía que iba a volver ayer a las dos de la tarde, pero…

La bebé que Annie tenía en brazos se había calmado, así que pasó junto a su vecino y colocó a la nena en una sillita cubierta con peluche rosa.

–Por favor, sigue con la historia de tu hermana. No quiero parecer mandona pero, por mi profesión, no soporto oír a un niño llorar –le quitó a otro de los bebés.

–Yo tampoco –dijo él, cuando el bebé que tenía en brazos inició otra serie de gritos–. Soy bombero. Jed Hale. ¿Q qué te dedicas tú? –le ofreció una mano para que se la estrechara.

–Ahora soy maestra de preescolar, pero solía ocuparme de los niños en una guardería –le guiñó un ojo–. En mi turno no se permitían llantos.

–Admirable –sonrió. Su encanto, infantil y viril a un tiempo, le templó la sangre a Annie.

No tardó en calmar al segundo bebé, niño, a juzgar por el pijama azul, y ponerlo junto a su hermana en una sillita con tapicería de jirafa azul.

Se hizo cargo del último bebé y, como por arte de magia, consiguió dormirlo rápidamente.

–Vaya –el tío del niño la miró con admiración–. ¿Cómo has hecho eso?

–Práctica –Annie encogió los hombros y colocó al tercer bebé en su sillita–. Estudié introducción a la medicina y desarrollo infantil. Me pasé la mitad de la carrera en la guardería de la universidad con los niños. Son fascinantes.

–Parecen muchos estudios para una maestra de preescolar. Ni siquiera sabía que hubiera que ir a la universidad para eso. No es que quiera decir que no haya que…

–Te entiendo. Siempre quise ser psiquiatra infantil. No estoy segura de por qué –no tenía ni idea de por qué estaba en casa de ese desconocido, contándole cosas en las que hacía años que no pensaba. Se ruborizó–. Perdona. No pretendía hablar tanto, ni entrometerme. Ahora que está todo bajo control, volveré a mi revista –salió del piso marcha atrás y señaló su patio.

El hombre tenía unos ojos preciosos. Marrones con las mismas chispitas doradas que le gustaría ver en las paredes de su cuarto de baño. Tan deliciosos como una cucharada de chocolate fundido con un tirabuzón de caramelo.

Aunque ella no buscaba un hombre, tal vez debería intentar emparejarlo con alguna maestra de su colegio.

–No te vayas –dijo Jed, odiando el tono necesitado y quejoso de su voz. Siempre se había enorgullecido de no necesitar a nadie, pero a esa mujer tenía que tenerla. No sabía qué magia había usado para calmar a su sobrina y sobrinos. Pero si su hermana no aparecía para reclamar a sus retoños en menos de treinta segundos, iba a necesitar la ayuda de Annie–. En serio, quédate –la urgió a entrar–. Había pensado en llevarte una pizza congelada o algo así. Ya sabes, la típica bienvenida a una nueva vecina. Pero algunos compañeros han estado enfermos o de vacaciones y he estado doblando turnos –miró su reloj–. De hecho, tengo que volver dentro de unas horas, espero que mi hermana esté aquí mucho antes.

Jed se habría dado de patadas por parlotear así. No solo necesitaba a esa mujer desesperadamente, ya llevaba a su lado quince minutos y empezaba a admirar bastante más que sus dotes como niñera.

Era bonita.

Atractiva.

Los rizos rubios acariciaban sus hombros y su cuello. Una camiseta blanca y ajustada realzaba su escote bronceado. Y los vaqueros cortos mostraban unas piernas espectaculares.

Maldición.

Ni muy largas, ni muy cortas. Ideales para…

¡Buaaaa!

Triple maldición.

Adoraba a las criaturitas de Patti, pero necesitaban unas cuantas lecciones sobre cómo no arruinar las posibilidades de su tío Jed con su nueva y sexy vecina.

–Seguramente tiene hambre –dijo ella. Se acercó a la sillita y levantó al lloroso niño –. ¿Tienes biberones?

Sus labios. Caramba. Cuando hablaba se torcían hacia arriba. Le hacían desear oírla hablar de algo que no fueran bebés. Como de dónde había venido y adónde quería ir. Y por qué había querido ser psiquiatra infantil pero había terminado siendo maestra de preescolar.

–¿Jed? ¿Estás bien? –Annie sonrió–. Si me dices dónde están los biberones, daré de comer a este nene mientras tú te tomas un respiro.

–Estoy bien –dijo él, moviendo la cabeza–. Los biberones están aquí.

La condujo a la cocina, una habitación estrecha y de color beige que solía evitar comiendo en el trabajo o disfrutando de comida preparada delante de la televisión.

–¿Quieres que la meta al micro? –le preguntó, tras sacar un biberón de la nevera. Ella hizo una mueca y besó la cabecita del niño.

–Será mejor ponerla en un cazo con agua caliente, si no, se calentará demasiado.

–Ah.

Ella fue hacia el fregadero y abrió el grifo.

–¿Tienes algún cuenco grande?

–¿Servirá este? –Jed sacó el único cuenco que tenía, uno para palomitas, de promoción de cerveza, que había ganado en un concurso de Trivial en el bar de su amigo.

–Sí, claro –dijo ella mirándolo con ironía.

Alrededor de una hora más tarde, Annie había dado de comer y cambiado los pañales del trío. Jed le había confirmado que eran trillizos y tenían cinco meses. La niña se llamaba Pia y, los niños, Richard y Ronnie. Jed le explicó que esa mañana había perdido las pulseras de cinta de raso que su hermana ponía a los chicos para distinguirlos, así que no sabía cuál era cuál.

–Vaya –dijo, echando la cabeza hacia atrás y bostezando–. No sé cómo podré pagarte esto. Cuando Patti aparezca, va a caerle encima su peor broncazo desde que la pillé fumando en la iglesia.

–¿Era una chica rebelde? –preguntó Annie, abrochando el último automático del pelele rosa de Pia.

–Eso es quedarse muy corto –rio él–. El día más feliz de mi vida fue cuando le dijo «Si quiero» a Howie. Pensé que por fin pasaba a ser responsabilidad de otra persona.

–¿Llevabas mucho tiempo ocupándote de ella?

–Sí. Nuestros padres murieron en mi segundo año de universidad. Patti era buena de niña, pero con la adolescencia llegaron los problemas típicos: fumar, beber y salir solo con los peores chicos del pueblo. La mayoría de las veces, sabía que seguía dolida por lo de mamá y papá. Pero otras habría jurado que lo hacía solo para jod… –hizo una mueca–. Perdón.

–No importa –Annie apretó a la bella nenita contra el pecho.

–El caso es que últimamente ha estado algo deprimida. Howie, su marido y mi salvador, perdió su trabajo aquí en Pecan y le ofrecieron otro que lo obliga a viajar mucho por el este. La empresa no financia el traslado de toda la familia pero lo aceptó para pagar las facturas, hasta que encuentre otra cosa más cerca de casa. Patti no lo lleva nada bien. Y antes de eso ya estaba afectada por el tema

de la maternidad; no es que no haya hecho un gran trabajo. Es solo que se agota bastante.

–¿Quién no se agotaría? –dijo Annie, empezando a compartir la preocupación de Jed por su hermana. Acarició el suave pelito de Pia e inhaló su aroma dulce e inocente.

–Por eso me ofrecí a cuidar de los niños. Supuse que le iría bien un descanso, pero que haya pasado la noche fuera… –movió la cabeza–. No le ofrecí eso. He ido a su casa, he llamado a sus vecinos y amigos. La señora Clancy, que vive al final de su manzana, la vio marcharse a toda velocidad en mi camioneta, después del mediodía. Supongo que, como en mi camioneta solo se puede poner un asiento de bebé, decidió dejarme su furgoneta «Bebé móvil». Nadie la ha visto desde entonces –se pasó los dedos por el pelo.

En la casa de al lado sonaba una aspiradora.

–Cuando era más joven, se escapó unas cuantas veces. Temo que haya elegido esa opción de nuevo. Pero podría ser otra cosa. Algo malo…

La aspiradora dejó de sonar.

–¿Has llamado a la policía o intentado ponerte en contacto con Howie? –Annie se inclinó hacia delante, con el estómago encogido.

–Tengo un par de amigos en la comisaría y les he estado llamando casi cada hora –se levantó y empezó a pasear por la habitación–. Han incluido mi matrícula y la descripción de Patti en la base de datos de personas desaparecidas. Pero de momento solo repiten una cosa: «Espera. Volverá. No hay indicios de problemas. Considerando el historial de fugas de Patti, es posible que el estrés de los bebés la superase y decidiera irse unos días».

–¿Y su esposo? ¿Conseguiste hablar con él?

–No. En su móvil salta el buzón de voz, y lo mismo pasa con el teléfono de su oficina. Por lo visto, ninguna persona real contesta el teléfono en ese fuerte de alta tecnología en el que trabaja. Iría a verlo, pero está en algún lugar de Virginia.

–Lo siento –dijo Annie–. Ojalá pudiera ayudar.

–Ya lo has hecho –miró a sus sobrinos–. A veces, cuando empiezan a llorar, me entra pánico. Quizás mi hermana sintiera lo mismo y se fuera.

–¿Dejando a sus bebés? –Annie abrió los ojos de par en par.

–No quiero pensar eso de ella, pero ¿qué otra explicación hay? Si hubiera habido alguna emergencia, ¿no habría llamado?

–Eso creo, pero ¿y si no puede?

–Oh, vamos –dejó de pasear y golpeó la pared con la mano. El cuadro de un paisaje de montañas nevadas se movió–. En el tiempo

en que vivimos, dudo que puedas darme una buena razón para que una persona no pueda llamar.

Annie deseó darle una docena de razones tranquilizadoras, pero le resultó imposible. Jed tenía razón.

Capítulo 2

Patricia Hale-Norwood taladró con la mirada a la enfermera encargada del teléfono de la UCI.

–Por favor… Llamaré a cobro revertido. Necesito decirle a mi hermano dónde estoy. Me fui a toda prisa y él había llevado a mis trillizos al zoo de Tulsa, así que no pude…

–Lo siento –dijo la enfermera de ojos acerados–. Normas del hospital. Este teléfono solo es para emergencias.

–Es una emergencia.

Con el pulso desbocado, Patricia apretó los puños. Empezando por la llamada que había interrumpido su baño de burbujas con la información de que Howie había tenido un accidente y estaba muy grave, el tropezón en la escalera que había hecho que se torciera el tobillo, el vuelo interminable y el viaje en coche alquilado hasta el hospital de Carolina del Norte en el que su esposo navegaba entre la consciencia y la inconsciencia, todo había sido un horror que no dejaba de empeorar.

–Lo siento, pero si no necesita una transfusión de sangre o tiene un órgano que quiera donar, no puedo permitir que use este teléfono –la enfermera suspiró–. Hay teléfonos de pago a su disposición por todo el hospital.

–Mire –Patti apoyó las palmas de las manos en el mostrador–, no sé si lo sabe o no, pero algún obrero de esa nueva ala que están construyendo ha cortado la línea telefónica con la excavadora. Así que no hay un solo teléfono que funcione en un kilómetro cuadrado, excepto el suyo que, según se rumorea, tiene su propia línea privada.

–Por favor, señorita Norwood, baje la voz. Aquí hay pacientes muy enfermos.

–¡Lo sé! –dijo Patti irritada–. Mi esposo es uno de ellos. Su vida pende de un hilo y usted se porta como si estuviera aquí para un corte de pelo. Ya se lo he explicado. Mi móvil no tiene batería. El cargador está en casa, a tres mil kilómetros de aquí. Tengo el tobillo tan hinchado que parece una pelota, lo que hace que moverme resulte muy doloroso. Por favor, déjeme usar el teléfono.

–Quizás algún familiar de otro paciente le preste un móvil para que lo use en la zona asignada, en la sexta planta –dijo la enfermera

con una sonrisa empalagosa.

Jed golpeó la encimera con el inalámbrico. Se preguntó qué pasaba con los tipos de la comisaría; se suponía que eran sus amigos.

Maldijo para sí. Él era quien había organizado la fiesta de Ferris cuando se graduó de la academia de policía. Y el tipo le decía que no podía hacer más para encontrar a Patti.

Miró a sus sobrinos y agradeció que siguieran dormidos. ¿Qué habría hecho sin la ayuda de su nueva vecina? ¿Qué iba a hacer cuando los tres bebés se despertaran a la vez, necesitando biberones y cambios de pañales?

Había ganado medallas por su valor como bombero. Sin embargo, esos bultitos vestidos de azul y rosa le hacían sentirse como un cobarde. Sonó el teléfono y se lanzó a contestar.

–¿Patti? –dijo.

–¿Aún no ha regresado? –preguntó Craig, uno de sus colegas del parque de bomberos.

–No.

–¿Qué vas a hacer? Te necesitamos aquí. Hay un incendio cerca del club de campo y acabamos de volver de uno en una casa de Hinton.

–¿Algún herido?

–No, pero la cocina ha quedado carbonizada –respondió Craig.

–Vaya –Jed había estado en cientos de escenas como esa. Y había visto a mucha gente lamentándose y llorando. Era un riesgo asociado a su trabajo.

Annie decía lo mismo de su trabajo. Que odiaba oír llorar a bebés. Jed odiaba oír llorar a cualquiera. Era fantástico salvar vidas, pero el desgaste emocional que provocaba un incendio era tan horrible como la destrucción física.

El fuego no solo arruinaba vidas y hogares, también robaba recuerdos.

Fotos de unas vacaciones en Florida.

Trofeos de golf y de béisbol. Esos ceniceros de arcilla que hacían los niños en la guardería.

«O hermanos pequeños». Suspiró.

–Jed, el jefe siente mucho lo de tu hermana, pero te necesitamos. ¿Quieres que llame a Marcie y le pida que vaya a cuidar a los trillizos?

Marcie era la esposa de Craig.

Era cierto que podía ir a estar con los bebés, pero eso sería todo. La pareja ni siquiera tenía un perro. Marcie no tenía por qué saber cómo cuidar de tres bebés de cinco meses.

Pero Annie… Ella sí sabría qué hacer.

Recordó cómo había calmado a sus sobrinos un rato antes: había sido casi un milagro.

–¿Jed? ¿Puedo decirle al jefe cuándo vendrás?

–Dile que llegaré en cuanto pueda.

–Eso haré –dijo Craig–. Nos vemos luego.

Jed cortó la comunicación.

Odiaba pedir ayuda. Desde la muerte de sus padres, cuando él tenía diecinueve años, había cuidado de sí mismo y de su hermana, que tenía diez. El dinero del seguro de vida de sus padres no había durado mucho, y cuando se acabó tuvo que matricularse en la universidad en el turno nocturno y matarse a trabajar durante el día para que Patti tuviera cuanto podía querer una niña.

El banco les había quitado la casa en la que habían vivido con sus padres, pero él había encontrado un apartamento sobre el viejo cine del pueblo. Hacía tiempo que el edificio había sido condenado a demolición, pero en aquella época ponían películas los jueves, viernes y sábados por la noche. Cuando Patti aún era una dulce niña la había llevado a la mayoría de las sesiones.

Mas de una vez había estado a punto de vender la cabaña de Colorado que llevaba generaciones en su familia. Siempre estaban muy justos de dinero pero, de alguna manera, había conseguido aguantar. La cabaña era el único recuerdo tangible que tenían de sus padres. Una parte de Jed tenía la sensación de que le debía a Patti, y a sus futuros hijos, mantenerla en la familia por mucho esfuerzo que le costara.

Había criado a su hermana él solo. La había ayudado con los deberes y a estudiar para los exámenes. Había ido en su busca cuando sospechaba que andaba con malas compañías y la había castigado sin salir cuando la pilló bebiendo cerveza junto al río.

Incluso había estado allí para frotarle la espalda cuando vomitó esas cervezas unas horas más tarde en el inodoro del apartamento.

Le había pagado la matrícula de la universidad, los libros y los gastos de alojamiento.

Y nunca había pedido ayuda para sí mismo. Nunca la había querido. Pero en ese momento…

De alguna manera, era distinto.

Podía ayudar a Patti a estudiar para un examen. Y sacarla de una fiesta para llevarla a casa. Y pagar sus estudios. Podía hacer

todo eso. Pero no se sentía capaz de descubrir cómo cuidar de tres bebés además de poner en marcha la investigación del paradero de Patti.

Gruñó.

Por lo que había visto esa mañana, la última escapada de su hermana podría acabar con él.

–Patti ¿dónde estás? –Jed suspiró y apoyó los codos en la encimera.

Diez minutos después, tras dejar la puerta entornada y sujeta con una bolsa de sal, Jed hizo lo impensable: llamó a la puerta de Annie Harnesberry para pedirle ayuda.

–Jed. Hola –Annie se pasó los dedos por el cabello revuelto. Desde que había dejado a su vecino, había estado rascando la pintura del techo del aseo de invitados. Habría preferido jugar una partida de Palabras cruzadas, pero era imposible jugar sola. Tal vez algún día podría preguntarle a su vecino si le gustaba el juego.

–Parece que has estado ocupada –dijo él, quitándole un trozo de yeso del pelo.

–Una de las razones por las que elegí este piso fue su estructura. Redecorar es una de mis aficiones –dijo Annie.

–Genial. Tal vez puedas ocuparte del mío cuando acabes. Podríamos hablar de azulejos mientras tomamos una pizza.

–Quizás –aunque su tono había sonado burlón, la calidez de los ojos de Jed hizo que Annie pensara que quizás decía en serio que quería verla de nuevo. Tal vez había ido a invitarla a salir.

Se había trasladado con el propósito de alejarse de los hombres y allí estaba, ante otro. Peor aún, la optimista que llevaba dentro, la que buscaba encontrar un caldero de oro al final del arcoíris de las relaciones, aceptaría. Al fin y al cabo, el tipo parecía una estrella de cine.

Sin embargo, sabía que la apariencia no quería decir nada. Su exmarido, Troy, había sido muy guapo, y se había convertido en su peor pesadilla.

–¿Juegas a Palabras cruzadas? –balbuceó Annie, sin saber por qué. Troy y Conner habían odiado el juego que era la pasión de su familia.

–Me encanta jugar –dijo Jed–. Cuando mi vida se tranquilice, tenemos que echar una partida. Pero te aviso –le guiñó un ojo–, soy muy bueno.

A ella le dio un vuelco el estómago.

«No», se dijo. Por guapo que fuera su nuevo vecino, no podía interesarse por él. Sin duda volvería a tener citas, porque no soportaba la idea de acabar sola. Pero tardaría un tiempo. Su cabeza y su corazón no estaban listos.

–Bueno… –él restregó los pies por el suelo.

Annie miró por el pasaje y vio que la puerta de su casa estaba abierta y se veía una bañera azul.

–¿Aún no ha vuelto tu hermana?

–No. Empiezo a preocuparme de verdad.

–No te culpo –dijo ella, controlando el deseo de confortarlo con un abrazo. En el trabajo abrazaba a padres, alumnos y colegas, pero en esa situación un abrazo podría implicar un cierto afecto poco recomendable.

–Estoy aquí –dijo él, esbozando una deliciosa sonrisa que la dejó sin aire–, porque se ha desatado el caos en el parque de bomberos y me necesitan con urgencia. Me preguntaba si podrías quedarte en mi casa las próximas veinticuatro horas. Es lo que dura mi turno, pero estoy seguro de que Patti volverá mucho antes.

–¿Quieres que haga de niñera? –el guapo de Jed Hales no estaba allí para pedirle una cita, quería que cuidara de los trillizos de su hermana.

Tendría que haber sentido alivio, pero se le encogió el corazón. Era obvio que los hombres no la veían como mujer, sino como experta en cuidar niños. Aunque no buscaba una relación y no tendría que haberle importado, ese hecho la irritó.

–Sí. Me harías un gran favor. Por supuesto, te pagaré. ¿Cuál es la tarifa habitual?

El ego de Annie sufrió otro pescozón. El tipo encima le hablaba de dinero. Habría sido mucho mejor que le ofreciera invitarla a una buena cena cuando apareciera su hermana.

–Annie, ¿qué me dices? ¿Puedes ayudarme?

«Noooooo», deseó gritar ella.

Pasar tiempo con niños era su trabajo de día.

Por la noche hacía cosas de adultos, como rascar techos, pintar paredes, beber vino y jugar a Palabras cruzadas.

Y, si era sincera, soñaba con cómo habría sido su vida si hubiera conocido a un hombre que no fuera un maltratador ni quisiera aprovecharse de su capacidad para tranquilizar a un bebé.

Por lo visto, estaba maldita en cuanto al amor.

–Sé que es muy inesperado –sus intrigantes ojos marrón dorado le suplicaron–, pero me vendría muy bien tu ayuda.

–Vale –aceptó Annie, odiándose por dejarse convencer tan

fácilmente. Se recordó que no lo hacía por él, sino por los bebés.

Si había algo que había aprendido en sus años con Conner era que los tipos con hijos solo buscaban una cosa. Y tenía más que ver con preparar biberones que con asuntos de cama.

–¿A qué hora quieres que vaya?

–¿Podría ser ya? –dijo él con una mueca.

Annie alzó la mirada desde el sofá de cuero negro de Jed y estuvo a punto de desmayarse.

Vaya.

Estaba al pie de la escalera, de uniforme. Llevaba unos pantalones de algodón azul marino y una camiseta ajustada del mismo color, con el logo amarillo del Parque de Bomberos de Pecan en el bolsillo. Su pelo, corto y moreno, aún estaba húmedo tras la ducha.

Captó el aroma cítrico de su loción para después del afeitado desde el asiento. Daba la impresión de ser un hombre sencillo y bueno. Un bombero que se ocupaba de salvar a abuelos, bebés y gatitos del humo y de las llamas.

Aunque era una locura, tuvo la certeza de que él nunca le haría daño, al menos no daño físico, como había sido el caso de Troy.

–No sabes cuánto te agradezco esto –dijo él.

–Tranquilo. No es para tanto.

–Sí que lo es –caminó hacia ella–. Apenas me conoces y estás renunciando a tu tiempo libre para ayudarme. Eso me dice que eres una gran persona.

Ella se puso en pie, con la boca seca. Sus palabras le habían provocado un cálido cosquilleo.

–Ya te he dicho que no tiene importancia.

–Para mí, sí la tiene –la miró fijamente–. No le quites valor a lo que estás haciendo.

Annie volvió a sentir el deseo de abrazarlo. Había captado un destello de tristeza en sus ojos. Podía ser miedo por su hermana, o algo más. Antes de que llegara a una conclusión, él la abrazó, envolviéndola con su fuerza y aroma viril.

No fue un abrazo inapropiado, sino cálido y reconfortante.

Acabó tan inesperadamente como había empezado. Jed se despidió con la mano y salió de la casa sonriente. Y Annie supo que volvía a tener problemas con un hombre y sus adorables bebés.

Horas después, Annie se despertó al oír el teléfono. Tardó unos minutos en darse cuenta de que estaba en el sofá de Jed en vez de en su casa. Mientras buscaba el teléfono, saltó el contestador.

«¡Eh, felicidades! Has llamado a Jed. Deja un mensaje y yo te llamaré a ti».

Annie sonrió al comprobar que Jed tenía cierto sentido del humor.

–Jed –dijo una voz femenina–. Santo cielo, allí es más de medianoche. ¿Dónde estás? ¿Están bien mis bebés?

Era Patti.

Annie corrió escalera arriba, con la esperanza de encontrar un teléfono junto al contestador que estaba grabando el mensaje.

–No creerías cuánto me ha costado conseguir un teléfono. En fin, yo estoy bien, pero…

Annie corrió al dormitorio principal. Vio el auricular en la mesilla y contestó, pero demasiado tarde, la comunicación se había cortado.

Encendió la lámpara para ver la identificación de llamada, pero era «número privado». Si quien había llamado era Patti, o tenía problemas técnicos o no quería que la encontraran.

Annie se sentó al borde de la cama.

Por lo que había oído, Jed parecía pensar que su hermana había sufrido una crisis nerviosa y había decidido concederse una escapadita. Pero la mujer que había llamado parecía preocupada, no como si estuviera divirtiéndose. Su voz tensa no era la de una mujer que hubiera abandonado a sus tres bebés en casa de su hermano soltero que, obviamente, no sabía nada de cuidar niños.

¡Buaaaaa buuu buaaaa!

Annie pensó que tal vez fuera hora de dejar de jugar a detectives y volver a hacer de mamá temporal. Ahuecó la almohada de plumas de la cama e inhaló el aroma viril de la habitación.

Estaba en zona peligrosa.

Los dormitorios eran entornos muy personales que decían mucho de la gente.

Pero como ella no quería iniciar ninguna relación por el momento, no tenía por qué notar la suavidad de las sábanas azul marino, ni su aroma a suavizante y loción para después del afeitado.

Sobre todo, no quería ver la fantástica reproducción enmarcada que había sobre la cama: *Y el oro de sus cuerpos* de Gauguin.

Siempre le había encantado esa obra. Las mujeres isleñas evocaban paraíso y placer. Era interesante que a Jed también le

gustara.

¡Buaa!

Mientras salía de la habitación, Annie paseó los dedos por la superficie de una cómoda antigua.

Le encantaban las antigüedades y las historias que había tras ellas. Se preguntó de dónde había salido esa pieza, si era herencia familiar o la había comprado en una subasta. Tal vez podrían ir a alguna subasta juntos en el futuro.

¡Buaaaaaaaaa!

Annie lanzó una última mirada a su alrededor y bajó las escaleras. Tenía a Pia en brazos y comprobaba su pañal cuando sonó el teléfono.

Si era Patti de nuevo, tenía que contestar.

Corrió escaleras arriba, maldiciéndose por no haber bajado el inalámbrico con ella.

–¿Hola? –contestó, jadeante.

–Hola, Annie. Bien, has encontrado el teléfono.

Ella sintió un curioso aleteo en el estómago. Se preguntó si se debía a que Jed sonaba igual de seductor al teléfono como en persona. Sonrió a Pia, que la miraba con sus enormes ojos azules.

–¿Lo habías escondido? –preguntó ella.

–No, siempre se me olvida bajarlo. Un rayo frió el teléfono de la planta de abajo.

–¿Lo serviste con tomate o con salsa tártara?

–Puaj, que mal chiste –rezongó él.

–Lo siento. No he podido evitarlo.

–Estás perdonada. ¿Va todo bien?

–Sí. Pia se ha despertado, pero los niños siguen dormidos. Ah, y tu hermana llamó.

–¿Hablaste con ella?

–Tardé una eternidad en encontrar el teléfono, cuando contesté se había cortado la comunicación.

Se oyó un largo suspiro al otro lado de la línea.

–¿Quieres que te ponga el mensaje que dejó?

–Sí, por favor.

Ella presionó el botón rojo que había junto a una luz parpadeante y dejó que sonara el mensaje.

–¿Y bien? ¿Eso te dice algo? –preguntó.

–Sí, me dice que retire a la policía del caso y pase al plan B.

–¿Y cuál es?

–Ir a buscarla.

–Pero no sabes dónde esta.

–Oh, sí que lo sé.

–¿Podrías hacerme partícipe del secreto? –sugirió Annie, cambiando a la bebé al otro brazo.

Capítulo 3

En la zona de espera en la que se permitía el uso de móviles, Patti agitó un modelo antiguo por encima de su cabeza con la esperanza de recuperar la señal. Se lo había prestado Clive Bentwiggins, de Omaha, que estaba visitando a su madre. Clive parecía tener noventa y ocho años y llevaba una bombona de oxígeno portátil, que siseaba como el viento en el Cañón del Colorado.

–¿La has recuperado ya? –preguntó Clive.

Patricia negó con la cabeza y fue hacia la máquina de refrescos con el brazo en alto.

–Conseguí señal junto al ficus de plástico, pero… oh, sí. Aquí –entre la máquina de refrescos y el rincón, la luz de señal se puso de color verde.

–Marca rápido –dijo Clive–. No queremos que se vuelva a cortar.

Ella dedicó una sonrisa a su benefactor y marcó el número de Jed. Sonó tres veces antes de que saltara el contestador. Habló tras el pitido.

–¿Jed? Cariño, ¿estás ahí? ¡Jed! –oyó ruido de estática. Maldijo para sí al ver que la luz verde se apagaba.

–¿Has vuelto a perderla? –Clive se acercó a ella, tirando de su siseante bombona de oxígeno.

Patti asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se preguntó dónde podían estar. Tenía que haber ocurrido algo. Era demasiado tarde para que Jed no contestara al teléfono.

Se preguntó si estaría con una mujer. No tendría que haber dejado a sus bebés con él.

La luz verde volvió a aparecer, pero solo oía el siseo de la bombona de Clive. Tapó el auricular con la mano y se volvió hacia él.

–¿Podrías alejar la bombona un poco? Me cuesta mucho… –demasiado tarde. Había perdido la señal. Patricia suspiró.

–He criado a seis hijos y a veintitrés nietos –Clive le dio una palmadita en la espalda–. Créeme, tus niños están bien. De quien tienes que preocuparte es de ese marido tuyo.

–¿Podrías contarme por fin tu gran secreto? –dijo Annie, con las manos en las caderas.

Hacía cinco minutos que Jed había regresado de su turno de veinticuatro horas. En esos cinco minutos había escuchado el último mensaje de Patti diez veces. Ya no tenía ninguna duda de adónde había ido su hermana.

Como una tromba, fue a la cocina. Se llevaría todo lo que le había dejado Patti. Solo había unas pocas latas de leche maternizada y tres o cuatro pañales, pero eso bastaría para llegar a Colorado. En Denver compraría lo que necesitara.

–¿Jed? –la dulce voz de Annie interrumpió su lista mental de cosas que hacer.

–¿Sí? –preguntó mientras volvía a la sala con los brazos cargados de cosas.

–¿Qué estás haciendo?

–El equipaje.

–Por favor, dime que no estás pensando en llevar a estos dulces y adormilados bebés contigo adondequiera que esté tu hermana –Annie estrechó los ojos y besó la cabecita de Pia.

–Eh –dijo él desde la sala, metiendo las latas en la bolsa de los pañales–. Entiendo que te pueda parecer una locura recorrer el país a ciegas. Pero, para tu información, sé dónde está Patti.

–¿Ah, sí? –entró en la sala y dejó a Pia en el suelo, sobre una mullida mantita rosa–. ¿Te importaría decirme cómo lo has descubierto, Sherlock?

–Me encantará, Watson –él sonrió–. ¿A ti también te gustan esas películas antiguas?

–Prefiero los libros –replicó ella. Al ver que la miraba burlón, le sacó la lengua–. Ve directo a la parte en la que resuelves el misterio.

–Una simple deducción –agarró las toallitas húmedas que había sobre la mesita de café–. ¿Recuerdas esos silbidos y siseos que se oían en el mensaje del contestador?

–Sí –cruzó los brazos y enarcó una ceja.

–Está en la cabaña familiar, en las afueras de Fairplay, Colorado.

–Tienes que estar de broma. Patti apenas dijo dos palabras en ese mensaje. ¿Cómo has podido deducir que está en la cabaña?

Jed agarró unos cuantos juguetes, anillos mordedores de plástico y un chisme transparente que tenía pececillos flotando en su interior.

–Tú sabes de bebés, ¿no? Pues yo sé mucho de mi hermana. Desde que tuvo a los trillizos lo ha pasado bastante mal.

–¿Y qué?

Lanzó una mirada dura a la listilla de su vecina. Ella se la devolvió.

Jed no pudo evitar pensar que le gustaba su lado peleón. En cuanto resolviera la situación, podría plantearse un caso nuevo: descubrir cómo involucrar a Annie en divertidas actividades para adultos, totalmente restringidas a menores.

Sacudió la cabeza para librarse del dulce pecado que podría dar al traste con su siguiente tarea para poner en marcha el viaje.

–¿Y bien? –dijo ella–. Gano uno a cero. ¿Quieres que lleguemos al dos a cero?

–¿Te han dicho alguna vez que para ser tan bonita eres muy descarada? –Jed alzó la vista del bolso en el que estaba metiendo una manta azul.

Annie enrojeció y desvió la mirada.

–Para tu información, señorita Sabelotodo, ese siseo que se oía en el contestador era el viento. El viento soplando entre los pinos y abetos que rodean la cabaña. Allí hay poca cobertura de móvil, eso explica por qué se cortan sus llamadas.

Aunque Annie odiaba admitirlo, la retorcida lógica de Jed tenía bastante sentido.

–A Patti le encanta el lugar. Cuando nuestros padres vivían pasábamos allí todos los veranos. Tras su muerte, Patti y yo íbamos siempre que podíamos. Aquí, en la ciudad, se esforzaba por mantener las apariencias, por parecer dura y adulta. Pero en la cabaña era ella misma. Una niña dulce que se permitía divertirse.

–Pero Jed, ya no es una niña –Annie cruzó la sala para tocarle el brazo–. Es una mujer adulta con su propia familia. Si, como supones, se ha ido porque la superaba el estrés, tal vez lo que menos necesite sea que su hermano mayor se lance en su rescate. Quizás necesite tiempo para pensar. Básicamente, por eso me mudé yo aquí. Echo mucho de menos a mi abuela, pero había llegado la hora de madurar y enfrentarme a unos cuantos asuntos sola. Apuesto a que Patti siente lo mismo.

Annie miró su brazo y se dio cuenta de que aún seguía tocándolo. La maravillaron la fuerza y calor que irradiaban sus músculos bajo sus dedos.

–Mira, entiendo que ahora mismo te pueda parecer un poco psicótico.

–Un poco –admitió Annie con una sonrisa.

Él no se la devolvió. Dejó caer el bolso de viaje, se sentó en el escalón inferior de la escalera y apoyó la frente en las manos.

–Hay cosas sobre mí. Sobre mi pasado y el de Patti. No tengo

tiempo para contarlas ahora. Solo necesitas saber que tengo que ir allá arriba. Comprobar por mí mismo que está bien.

–De acuerdo –aceptó Annie con voz más suave. Le dio un golpecito para que le hiciera sitio a su lado.

Gran error.

Todo el lado derecho de su cuerpo empezó a zumbar. Desde el hombro, pasando por el muslo hasta el tobillo desnudo que casi rozaba la pantorrilla de Jed. Sentía una corriente eléctrica de atracción que nunca había sentido antes.

Eso estaba muy mal.

Estaba allí para intentar confortar a su desolado vecino y solo podía pensar en cómo sería rozar sus suaves piernas depiladas contra el vello áspero de las de él.

Mal, mal, mal.

–Eh… –tragó saliva–. ¿Qué iba a decir?

–¿Cómo voy a saberlo?

–Correcto. Eso es –antes de sentarse a su lado, había estado a punto de explicarle cómo averiguar si su hermana estaba a salvo sin conducir cientos de kilómetros–. Hay una manera sencilla de comprobar que Patti está bien sin realizar un largo viaje con tres bebés. Solo tienes que…

–Lo sé, llamar. Pero la cabaña no tiene teléfono y ya he probado su móvil. Sorpresa, no funciona. Eso solo me dejaba la opción de llamar a mi amigo Ditch, el sheriff local.

Ella lo miró interrogante.

–Ya he llamado a Ditch a casa y al trabajo, y solo he oído contestadores. He dejado mensajes para que me llame cuanto antes. En el pueblo hay ferretería, gasolinera y tienda de comestibles, y también he llamado. Nadie la ha visto, pero eso no implica que no esté allí. Tengo que hablar con ella y comprobar que está bien.

–Yo te puedo decir quién no va a estar bien tras conducir hasta Colorado con tres bebés llorando a voz en grito.

–Se supone que a los bebés les gustan los coches, ¿no? –Jed movió la cabeza–. Ayer los llevé al zoo, o quizás fuera anteayer –se frotó la sien–. ¿Ves cuánto me ha liado Patti? Ni siquiera sé qué día es hoy.

–Razón de más para que subas a echarte una siesta. No estás en condiciones de conducir. Llevas días en pie. Si pudieras ir en avión o en tren, o si alguien pudiera ayudarte, entonces…

–¡Eso es! –gritó él, girándose para mirarla.

–¿Qué? –Annie arrugó la nariz.

–Alguien que me ayude. Conozco a la persona perfecta –aunque

Jed la miró directamente, Annie clavó la mirada en la pared de color pasta, pensando que un verde salvia supondría una gran mejora.

Dio un respingo cuando él puso dos dedos bajo su barbilla y la obligó a mirarlo.

–Sabes de quién estoy hablando, ¿verdad?

–Eh… –se lamió los labios y pensó que quizás la pared quedaría bien verde grisáceo, o calabaza. Cualquier color que la ayudara a no pensar en los ojos de Jed–. Si te refieres a mí, tengo una agenda muy ajetreada. Empiezo en mi nuevo empleo dentro de diez días. Así que esta semana tengo que pintar, lijar el techo y…

–Te pagaré –interrumpió él–. Di tu precio. Siempre que tenga esa cantidad ahorrada, es tuya.

–El problema no es el dinero, Jed –bajó la vista y se agarró las rodillas con fuerza.

El problema era el anhelo que había sentido al imaginarse sentada a su lado en la intimidad de un coche durante varios días. El problema era enamorarse de él, de su risa, de su sonrisa y de su ingenuidad por creer que unas latas de leche maternizada y cuatro pañales le permitirían llegar a Colorado con los tres bebés.

¡Ni siquiera había empaquetado un abrelatas!

La necesitaba, sí, pero a ella la asustaba llegar a necesitarlo a él. No podía permitírselo porque, en cuanto acabara esa locura de viaje, él dejaría de necesitar una niñera pero ella, en cambio, tendría mayor necesidad de compañía.

Su corazón y su mente empeorarían.

–¿Annie? –musitó él–. ¿Por favor?

Ella se puso en pie. Tenía que alejarse de Jed, de su aroma cítrico, de su fuerza y, sobre todo, de su vulnerabilidad.

Sus amigos le decían que se preocupaba demasiado de los problemas otros y no lo bastante de los suyos. Había llegado el momento de escucharlos; sus amigos tenían razón. Jed y sus adorables sobrinos suponían problemas con mayúscula. Fue hacia la puerta de entrada.

–Tengo que irme –«No puedo permitirme enamorarme de ti», pensó.

Aún estaba demasiado dolida tras Conner. Y ni siquiera había empezado a desbrozar el caos que Troy había dejado en su alma. Estaba cansada de echar de menos a su abuela y de estar sola en esa ciudad y, prácticamente, sola en el mundo.

Jed se levantó, fue hacia ella y puso las manos sobre sus hombros.

–Desde que nuestros padres murieron –dijo con voz queda–, Patti ha sido mi responsabilidad. Fue una buena niña, la mejor. Y la peor adolescente. Pasé un infierno con ella. La noche que entregó su virginidad al primer punk de pelo grasiento que se lo pidió, yo fui quien la recibió en casa, quien la abrazó mientras lloraba. Igual que cuando la encontré bajo un puente en un mal barrio de Tulsa. Se había escapado porque la enfureció que la obligara a fregar los cacharros. Estaba tiritando y la envolví en la colcha que mi madre le había hecho para su quinto cumpleaños, a juego con las margaritas blancas y amarillas que adornaban las paredes de su dormitorio. Cuando nuestra casa se incendió, mamá envolvió a Patti en esa colcha mientras huíamos.

Jed la miró a los ojos. Para Annie eso supuso casi un suicidio emocional. Ya había sufrido mucho. No podía abrirse a sentir más dolor.

Se había trasladado a Pecan para sanar. Para empezar de cero.

Jed tomó sus manos y las apretó con suavidad. Ella sintió una deliciosa sensación de compañerismo, puro y simple, que hacía años que no sentía. Pero sabía que no era incondicional, llegaba con ataduras. Ataduras que desaparecerían cuando reunieran a Patti con sus bebés.

–Yo… tengo que irme –Annie se volvió hacia la puerta y puso la mano en el frío pomo de latón.

–Howie es su esposo –dijo Jed–. Él tendría que estar a su lado ahora. Pero no lo encuentro, Annie. Hasta que lo haga, soy lo único que tiene. Tengo que ayudarla. Ella es lo único que tengo.

Annie tragó con fuerza. Se preguntó cómo lo había adivinado él.

De todas las palabras de la lengua inglesa, esas eran las que más alto oía su corazón. Expresaban exactamente lo que ella sentía por su abuela.

–Annie, soy el primero en admitir que tengo mucho orgullo. Odio pedir ayuda. Peor aún, odio necesitar ayuda. Pero en este caso…

–Lo haré.

–¿Lo harás?

Annie apretó los labios y, luchando contra unas estúpidas lágrimas de emoción, asintió.

Jed la abrazó. La sensación fue cálida y reconfortante, como meterse en un baño caliente. Eso no la iba a ayudar a luchar contra lo que sentía por ese hombre.

–¡Genial! –la soltó y se frotó las manos–. Deja que haga unos recados. Suplicaré, cambiaré o robaré días en el trabajo y nos

pondremos en marcha. Supongo que tendrás que llamar a tu familia. O a tu abuela. O… ¿a tu novio?

–Mi abuela es mi única familia, y no voy a preocuparla por un viaje tan corto.

–¿Seguro?

Ella asintió. No merecía la pena hablar con Abu. La sabia mujer pensaría que estaba loca, y seguramente tendría razón.

–De acuerdo. Si no te importa esperar aquí un rato más, acabaré enseguida –agarró el móvil que había en la mesita y lo puso a cargar–. ¿La batería de tu móvil está a tope?

–No tengo móvil.

–¿Y eso por qué?

–Prefiero gastarme esos cincuenta dólares mensuales en material de decoración.

–Ya sabía que me gustabas –él sonrió–. Por fin una mujer que prefiere una actividad a hablar.

–No he dicho que no me guste hablar –le guiñó un ojo–. Pero no quiero que mis conversaciones me cuesten más al año que un sofá y un sillón tapizados a mi gusto.

Capítulo 4

Eran las nueve de la mañana del día siguiente cuando por fin salieron a la autopista 75, que iba de Pecan a Tulsa, donde cambiarían a la 412. Annie había convencido a Jed para que se echara una siesta que, por suerte, se había convertido en una noche de descanso. Entretanto, ella había ido a la tienda a comprar provisiones más realistas de leche maternizada, pañales y toallitas húmedas, y también había conseguido dormir un rato, mientras lo hacían los bebés.

Durante el breve periodo que había pasado alejada del formidable atractivo de Jed, por no mencionar el de los trillizos, se había dado una charla para motivarse.

Jed solo era su vecino.

Sí, era guapísimo, pero eso no implicaba que estuviera enamorándose de él. Era una mujer adulta; no tenía por qué sentirse confusa. ¿Por qué creía que acceder a realizar un breve viaje por carretera equivalía casi a entregar su corazón?

«¿Será porque tu corazón vibra cuando el tipo está a un metro de distancia?», pensó.

–¿Quieres que busque atajos? –preguntó Annie, abriendo el mapa. Jed, con ambas manos en el volante de la furgoneta de su hermana, negó con la cabeza.

–Prefiero las carreteras estatales. No veo razón para tentar a la suerte.

–Oh –se quitó las sandalias, apoyó los pies en el salpicadero y admiró su reciente pedicura–. ¿No te encanta este tono de rosa? Las pintitas plateadas hacen que parezca que hay una fiesta en mis dedos –lo miró y captó su gesto resignación.

–¿Por qué haces eso? –preguntó él.

–¿El qué?

–Poner los pies sucios en el salpicadero. Le he quitado el polvo esta mañana.

–Mis pies no están sucios –giró en el asiento para mostrarle las plantas–. ¿Ves?

No llevaban ni diez minutos de viaje y la mujer casi le había

hecho estrellar el coche. Jed carraspeó y agradeció la norma de «mantener la vista en la carretera». Si no fuera por eso, lo habría tentado agarrar esos pies tan limpios y…

No.

Ni pensarlo.

Ese era un viaje familiar.

Para todos los públicos, de principio a fin.

Cerró los ojos un instante y tomó aire. Se preguntó si ella sabía que al levantar los pies también se había levantado el bajo de sus pantalones cortos. La dulce curva de su trasero le había hecho pensar en cosas más picantes que dulces. Apretó las manos sobre el volante.

¡Buaaaaauu!

–¿Qué pasa? –le preguntó Annie a uno de los niños–. ¿Ya quieres comer? –sacó un biberón templado de un termo, probó la temperatura de la leche en la parte interna de la muñeca y se lo ofreció al sobrino de Jed, que le dio un manotazo–. Supongo que eso significa que no tienes hambre.

¡Buaaaaauu!

¡Buaaaaa!

Pia acababa de unirse a la serenata.

–Santo Dios –dijo Jed–. Ni siquiera hemos llegado a Tulsa y ya están llorando. ¿No se suponía que a los bebés les gusta ir en coche?

–A la mayoría, sí –dijo ella, alzando la voz–, pero parece que estos son la excepción. Bueno, menos Richard. Él está profundamente dormido.

–¿Cómo sabes que ese es Richard?

–Técnicamente, no lo sé. Pero tiene las cejas algo más gruesas que su hermano; eso me ayuda a diferenciarlos.

Jed suspiró. No sabía por qué no se le había ocurrido eso a él.

–Cuando hagamos la primera parada en Kansas, echaré un vistazo.

–¿Kansas? Siento pinchar tu burbuja, pero a juzgar por los aullidos vamos a tener que parar mucho antes de llegar a la autopista de peaje.

–De eso nada –para demostrarlo, Jed pisó el acelerador.

Ocho kilómetros después, junto a una descuidada zona de picnic, con el suelo lleno de basura que el viento seco y caliente removía, Jed hizo una mueca.

Los tres bebés gritaban.

–Este sitio no parece muy limpio –dijo.

–No vamos a revolcar a tus sobrinos por el suelo.

–Ya, bueno, pero… –alzó la voz para hacerse oír por encima del berrido de Pia–. Quizás deberíamos…

Annie se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó de la furgoneta. Jed miró el aparcamiento de cemento desteñido por el sol y las destartaladas mesas de picnic y movió la cabeza.

Una botella de dos litros rodó por el suelo hasta chocar con un letrero de madera que urgía a los visitantes a «Tirar la basura en su lugar».

–Hay que oíros, santo cielo –Annie abrió la puerta de la furgoneta–. Cualquiera diría que han retirado *Barrio Sésamo* de la programación infantil.

Desató a Pia y la levantó de su asiento. Palpó sus pantaloncitos de color rosa.

–¿Qué te pasa, cielito? Tu pañal está seco –mientras hablaba con Pia, le frotó la tripita a Ronnie–. A juzgar por cómo han rechazado el biberón, diría que no tienen hambre, así que todo este jaleo es puro malhumor. Vamos, dijo, levantando a Richard de su asiento–. Tú agarra a Ronnie, les daremos un paseo rápido.

–¿Un paseo? –Jed había bajado de la furgoneta y estaba de pie junto a Annie–. Ya tendríamos que estar a mitad de camino. Esto va a dar al traste con el horario programado.

–¿Qué horario? –con dos bebés y la bolsa de los pañales en brazos, Annie retrocedió hacia la puerta–. ¿Podrías ayudarme a bajar? No quiero tropezar.

De pronto, Jed no solo tuvo que preocuparse del tiempo perdido, sino también del contacto de las suaves curvas de Annie. La agarró por la cintura y la guió hasta el suelo, embriagándose con el aroma de su perfume floral.

–No, no –dijo él, intentando concentrarse–. ¿Por qué bajas de la furgoneta? Tardaremos mucho en volver a ponernos en marcha.

–¿Podrías agarrar a Ronnie, por favor? –preguntó Annie por encima del hombro, yendo hacia una de las mesas–. Ya que hemos parado, me gustaría hacer una revisión oficial de pañales.

Mascullando entre dientes, Jed hizo lo que Annie le pedía. Hizo una mueca cuando llegó a la mesa y la encontró extendiendo el cambiador sobre la mesa sucia y pintarrajeada.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, sujetando los pies del gorjeante Richard con la mano derecha, mientras le limpiaba el culito con la izquierda.

Pia estaba tumbada sobre la manta que Annie había extendido

bajo un arbusto reseco. La pequeña tramposa sonreía de oreja a oreja mientras chupaba un salamandra de goma que su tío le había comprado en el zoo.

–¿Qué pasa? –repitió él con las manos en las caderas–. Estos niños nos están enredando.

–Jed, solo tienen unos meses –Annie le dedicó una sonrisa alegre–. No pueden haber decidido ponerse de acuerdo para arruinar tu horario.

–¿No? ¿Y qué otra cosa puede explicar esto? –le mostró a Ronnie, que pasaba de la risa al gorjeo. Annie alzó la cabeza y volvió a bajarla, concentrándose en acabar de ponerle el pañal a Richard y reajustarle el pelele.

Tenía la sensación de que sus mejillas se habían encendido por algo más que el sol y el seco viento de Oklahoma.

Por ejemplo, por la imagen del guapísimo Jed con gafas de sol Ray-Ban, pantalones cortos color verde camuflaje y camiseta blanca, con el pequeño Ronnie en sus brazos.

Cuando aprendiera a relajarse, Jed sería un gran padre. Obviamente, de los hijos de alguna otra afortunada mujer, no de ella.

–Bueno –dijo, con alegría forzada, levantando a Richard–. Pia está seca; deja que compruebe el pañal de Ronnie y podremos marcharnos.

–¿Así que ella también estaba simulando las lágrimas? –Jed suspiró.

Annie lo miró con irritación cuando se acercó demasiado a ella para que comprobara el pañal.

–También está seco –dijo, girando rápidamente con la intención de levantar a Pia con la manta y la bolsa de pañales.

–Espera –los dedos de Jed le rozaron el antebrazo. A pesar de la brisa, hacía el insoportable calor típico de agosto y ella sintió la impronta de cada dedo como una brasa.

–¿Qué? –preguntó, mirando a Jed.

–Gracias.

–¿Por qué? –la brisa hizo que algunos mechones de pelo revolotearan ante sus ojos y, como tenía los brazos ocupados con Richard, Jed usó la mano libre para apartarlos.

–¿Tú por qué crees? –miró al bebé que tenía en brazos él y después al que tenía ella–. Aunque odie admitirlo, tenías razón. No podría haber hecho este viaje solo. Así que, por si luego se me pasa decirlo, gracias.

Ella perdonó de inmediato su actitud gruñona.

–De nada –dijo, temiendo mirarlo por si eso incrementaba aún más su atracción por él–. ¿Puedes poner a Ronnie en su asiento mientras agarro a la princesa?

–Yo me ocuparé de ella y de las cosas –dijo él–. Tú eres el cerebro y la belleza de esta operación. Yo, la fuerza bruta.

Annie acomodó a Richard en su sillita y luego ocupó su asiento y simuló consultar el mapa. Intentar no enamorarse de Jed iba a ser tan fácil como mantener a tres bebés contentos durante un viaje de mil doscientos kilómetros.

–¡Cuidad bien de esos encantos! –el fornido conductor del camión se despidió con la mano y se incorporó al atasco que habían originado las compras de «vuelta al cole» en el aparcamiento de la zona comercial.

–Cuando le ponga las manos encima a ese cuñado mío, voy a… –farfulló Jed, rodeando a Richard con un brazo y a Pia con el otro.

–Cálmate –dijo Annie–. Solo es un pinchazo –le quitó a Pia y la sentó delante de sus hermanos, en el cochecito de paseo para tres.

–Un pinchazo que podría haberse solucionado en el arcén en menos de diez minutos –Jed resopló–. Pero no. Howie es el único hombre del mundo que permite que su esposa y sus hijos conduzcan por ahí sin rueda de repuesto.

–No puedes saberlo –Annie se llevó la mano a la frente para proteger los ojos del sol ardiente–. Tal vez usaron la rueda de repuesto y no han tenido oportunidad de reemplazarla.

–No hagas eso –dijo Jed, guiando a Annie hacia la zona de piezas mecánicas de la tienda.

–¿El qué?

–Intentar justificar a mi hermana. Aunque ese desastre de cuñado mío sea demasiado vago para reemplazar la rueda, Patti tendría que haberlo solucionado. ¿Cuántas veces le he dicho que siempre tiene que estar preparada?

–Igual que tú estabas preparado para llamar a la grúa tras olvidarte el móvil en el cargador –Annie se rio–. Hemos tenido suerte de que el tipo de asistencia en carretera pasara por aquí.

–Por favor, no me recuerdes lo del móvil.

–Perdona. Pero me ha parecido que Howie necesitaba que lo defendieran. Además, creo que eres demasiado duro contigo mismo. Siempre pasan cosas. No se puede controlarlo todo.

«¿Quieres apostar?», pensó él.

Desde luego, haberse olvidado el móvil era una metedura de

pata monumental, igual que no haber comprobado él mismo si llevaban rueda de repuesto. Pero a partir de ese momento el viaje iba a desarrollarse con precisión militar.

Cuando llegaron a la zona de los neumáticos, Jed apretó la mandíbula mientras el dependiente explicaba que el éxito de la oferta de cambio de ruedas por la «vuelta al colegio» era el causante de que los pedidos fueran con dos horas de retraso. Amablemente, les indicó la zona de espera.

–Señor, ¿las llaves? –pidió, tras la explicación.

Jed buscó en el bolsillo el horrible llavero rosa que le había dado su hermana. Gruñó al comprender lo que había hecho.

–Señor, ¿sus llaves? –repitió el encargado.

–Las has dejado en la furgoneta, ¿a qué sí, Don Siempre Preparado? –Annie soltó una risita.

–¿No son encantadores? –dijo Annie, mirando a los tres angelitos dormidos, mientras sorbía los restos de un delicioso granizado de cereza.

Jed, que acababa de comprobar sus mensajes, o falta de ellos, desde un teléfono público, gruñó.

–Oh, vamos –dijo ella–. ¿Puedes superarlo de una vez? Todo el mundo comete errores. Yo me dejo las llaves dentro del coche a menudo, por eso ahora guardo una llave de repuesto en una cajita magnética, dentro del hueco de la rueda delantera.

–Yo también la tengo –dijo él–, bajo el eje de la camioneta. De bien poco sirve allí cuando estoy conduciendo la estúpida furgoneta de mi hermana.

–¿Estás más molesto con tu hermana o contigo mismo? –preguntó Annie, conteniendo el deseo de estirar la mano para tocarlo.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué estás tan enfadado? ¿Sigues irritado por lo de la rueda de repuesto? ¿O tu malhumor es por haberte dejado las llaves en el coche?

–Déjalo, ¿vale? –Jed tomó un trago de su botella de agua.

–¿Qué te pasa ahora?

Jed simuló estar cautivado por un escaparate con algodón de azúcar: rosa, azul y amarillo.

–¿Crees que el amarillo es de sabor a plátano?

–Sí. Y también creo que evitas mi pregunta.

–¿Cómo sabes que es de plátano?

–Porque es mi favorito y lo compro a menudo –ella suspiró–. ¿Estás evitando mi pregunta?

–Desde luego. ¿Puedes dejar de hacerla?

–Perdooooón –dijo ella, levantándose de la mesa. Tiró el vaso de plástico y los restos de patatas fritas a una papelera. A él le pareció ver que le temblaban las manos–. Estaré en la sección de ropa hasta que terminen con el coche, ¿vale? Mientras comprabas repuestos, cambié todos los pañales y rellené los biberones, así que podrás ocuparte de los bebés solo. Si sigo aquí, te retorceré el pescuezo.

Jed se quedó allí sentado, contemplando la marcha de Annie. Se maldijo por no haber intentado explicarse.

La egoísta desaparición de su hermana ya lo había tensado mucho, pero el último fiasco lo había llevado al límite. Apoyó los codos en la pegajosa mesa y el rostro entre las manos. Cerró los ojos e inspiró varias veces.

«Cálmate, hombre. El pasado, pasado está».

Igual que no había podido controlar la muerte de su hermanito Ronnie, no podía controlar lo que estaba ocurriendo. Esas eran las malas noticias. Las buenas eran que solo tenía que aguantar hasta llegar a la cabaña y entonces se arreglaría todo.

«Ya, seguro. ¿A quién pretendes engañar?»

Llevaba toda la tarde mirando las largas piernas de Annie, soñando con el momento en que entregaran a los bebés a su hermana para pedirle a su atractiva vecina una cita formal. Pero si seguía tan malhumorado, ella se negaría hasta a subir a la furgoneta.

Jed miró a sus sobrinos dormidos. Inspiró profundamente y dejó que lo invadiera la calma de saber que estaban tranquilos y a salvo.

Patti también estaba a salvo.

En la cabaña. Leyendo revistas de cotilleo, bebiendo refrescos y comiendo galletas. Cuando llegaran, todo estaría hecho un desastre y lleno de migas, seguro.

En cuanto a su futuro, había llegado la hora de empezar a dar coba de mala manera. Compró una bolsa de algodón de azúcar de sabor a plátano.

–Lo siento, señora, pero me temo que tendrá…

–¡No! –gritó Patti, intentando apartar a la enfermera que le impedía entrar en la habitación de Howie–. Es mi marido. Tengo derecho a saber lo que está ocurriendo –unos minutos antes había estado dándole la mano a Howie y contándole cuánto habían

crecido los bebés en la semana que él había estado fuera. La habitación había estado silenciosa. De repente, había empezado a sonar un terrible pitido; era demasiado horrible recordarlo–. Tengo que verlo –suplicó Patti con los ojos llenos de lágrimas–. Por favor.

–Señora Norwood, deje a los médicos hacer su trabajo. Hablarán con usted en cuanto estabilicen a su marido.

Patti deseó discutir, pero estaba demasiado cansada. La amable enfermera le puso un brazo sobre los hombros y la condujo a la zona de espera que se había convertido en su nuevo hogar.

Habría dado cualquier cosa por estar en su casa. Con los tres bebés sobre el regazo mientras Howie cambiaba el canal de televisión un millón de veces con el mando a distancia.

–¿Estará bien? –preguntó la enfermera, ayudándola a sentarse en una butaca.

Patti, helada de miedo, asintió.

–¿Puedo traerle algo? ¿Café? ¿Una manta y una almohada?

«A mi esposo».

«Por favor, dígame que va a ponerse bien».

Capítulo 5

Veinte minutos después, tras tragarse el orgullo, Jed encontró a Annie en la sección de ropa femenina, poniéndose contra el cuerpo dos chándales de tela metálica que, con ese calor, la cocerían como una patata al horno.

–Por si no lo has notado, estamos a cuarenta y seis grados de temperatura.

–A cuarenta, y no recuerdo haber pedido tu opinión –dijo Annie–. Además, si espero a comprarlos cuando los necesite, en las tiendas solo habrá bañadores.

–Eso es verdad –Jed rio–. A veces refresca en la montaña, no estaremos mucho tiempo allí, pero…

–¿Quién ha dicho que voy a ir contigo?

–Te he comprado esto –dijo él, sacando el algodón de azúcar de la bolsa del cochecito y ofreciéndoselo en son de paz.

–Me has herido –Annie negó con la cabeza y volvió a mirar los chándales–. Apenas te conozco y, sin embargo, me has hecho daño.

–Lo siento –dijo él, interponiéndose entre ella y la ropa–. Soy el primero en admitir que tengo mis fallos. Si preguntas a cualquiera de mis exnovias, te lo contarán.

–Como no hay ninguna por aquí, ¿por qué no me lo cuentas tú?

–¿Qué os pasa a las mujeres con lo de hablar? –gruñó él–. ¿No puedes entender que a veces me pongo nervioso y dejarlo así?

–Perdone, ¿podría dejarme pasar? –una señora con gafas gruesas le dio un golpecito a Jed para apartarlo de los chándales. Miró a Annie–. Veo que va a comprar dos –dijo la mujer–. Es una locura que tengamos que comprarlos tan pronto. Ya casi he hecho todas mis compras navideñas.

–Sí, yo también –Annie colgó los chándales.

–¿No los quiere? –preguntó la señora.

«No sé lo que quiero», pensó ella.

Cinco minutos antes, Annie se habría conformado con un chándal nuevo y una disculpa, pero ya no. La discusión le había hecho pensar en Troy. Le había recordado cómo él buscaba pelea e iba alzando el tono de voz.

Los gritos siempre daban a paso a los puñetazos y bofetadas.

La discusión de la cafetería no había sido nada comparable a

una de las escenas de Troy, pero le había devuelto recuerdos que era mejor olvidar.

–Quédeselos –le contestó Annie a la mujer–. Hace demasiado calor para pensar en probárselos.

Era obvio que eso a la mujer no le importaba, porque se lanzó hacia el perchero encantada.

Annie puso una mano en el cochecito de los niños y fue hacia la sección de bolsos.

–¿Significa esto que vendrás conmigo? –preguntó Jed, pisándole los talones.

–Significa que no sé lo que significa. Pero no quiero estar aquí de pie hablando de ropa.

–¡Dios mío! Walter, mira eso. ¡Trillizos! –una mujer de pelo blanco, seguida por su esposo, se inclinó sobre los bebés y empezó a hacerles ruidosas carantoñas. Por suerte, Jed intervino.

–Si yo fuera usted, me apartaría de ellos –susurró, teatral–, por su seguridad. Los bebés muerden.

–Oh, vaya –con los ojos muy abiertos, la mujer se llevó la mano al pecho y retrocedió–. Nunca había oído nada igual. Debería llevarlos al médico cuanto antes.

La pareja se alejó cuchicheando. Annie habría querido enfadarse con Jed por contar esa historia, pero no pudo evitar sonreír. Le había pedido disculpas, le había comprado algodón de azúcar de plátano y la había hecho reír. Comparar a Jed con Troy no solo era injusto, era ridículo.

–Eres terrible –le dijo, medio en broma.

–Gracias –él sonrió con cierto orgullo.

Acababan de dejar atrás Wichita y sonaba un horroroso CD infantil que habían encontrado en la guantera, cuando Annie decidió aclarar las cosas.

–¿Estás listo para hablar?

–Creía que estábamos hablando.

–Seguro. Sobre si esas nubes del horizonte traerán lluvia. Y sobre si paramos a comer en un McDonald's o en un Taco Bell. Pero no hemos hablado de nada importante.

–Pensé que no te gustaba hablar –Jed se removió en el asiento, intranquilo.

–Solo cuando es con caros teléfonos móviles.

Él suspiró.

–Mencionaste a tus ex y tus fallos, pero por suerte para ti no

había ninguna por allí dispuesta a contar tus sucios secretos.

–¿Qué quieres saber?

–Ya que lo preguntas –puso los pies desnudos en el salpicadero e ignoró su mirada asesina–, ¿por qué no me cuentas por qué rompisteis tu última novia y tú?

–Y eso necesitas saberlo… ¿por?

–He invertido hasta el último penique que tenía en mi piso. Si vamos a ser vecinos, debería saber qué clase de putitas voy a encontrarme.

–¿Putitas? –clamó él–. Para que lo sepas, solo salgo con lo mejor de Pecan, Oklahoma. Y hablo de mujeres de primera. Dos ex Miss Pecan y tres reinas del rodeo. Y estuve a punto de casarme con la reina del baile de inicio de curso del instituto.

–Eso es mucha realeza –Annie le dirigió una sonrisa dulce–. No es raro que estés demostrando ser el rey de los granos en el…

–Cuidado –dijo él–. Hay oídos muy tiernos en este coche.

El CD infantil dio paso a una ruidosa y aguda versión de *En la granja de mi tío.*

–Uff –Annie hizo una mueca.

En el asiento de atrás, los tres bebes gorjearon.

–Lo retiro –dijo Jed–. Sigue. Si les gusta esta porquería, esas orejitas no pueden ser tan tiernas.

–De acuerdo, eres el rey de los granos en…

–Espera. He cambiado de opinión. Hablaré yo. No arruines la dulce imagen que tengo de ti.

–Me crees perfecta ¿eh? –bromeó Annie, ahuecándose el cabello.

–Estoy seguro de que tendrás algún fallo.

–Cierto, pero volvamos a los tuyos.

–Bueno, el consenso general es que soy demasiado controlador.

–¿Tú? –Annie abrió mucho los ojos, simulando sorpresa–. Nunca lo habría adivinado.

–Eh, estoy intentando hablar en serio.

–Disculpa –dijo ella–. Sigue, por favor.

–Por ejemplo, está el caso de Beth. Nos iba bien hasta el sexto mes, cuando anunció de repente que iba a empezar un curso nocturno de decoración de tartas en la universidad popular. Me pareció bien, solo le pedí que, como la clase era a las ocho de la noche martes y jueves, me dejara llevarla y recogerla. Unas semanas antes habían asaltado a una chica en la zona y quería que estuviera segura.

–Ay, señor –dijo Annie

–¿Qué? Ha pasado un año de eso y sigo sin ver qué tiene de

malo.

–Nada, si fueras su esposo. Pero Jed, si solo estabais saliendo, seguramente pensó que intentabas controlar su vida. Supondría que querías ver si había tipos guapos en su clase. O que creías que iba de juerga con sus compañeros en vez de estudiar técnicas de glaseado.

–Por favor –Jed puso los ojos en blanco–. Primero, la universidad popular es para adultos, no montan juergas. Y segundo, yo no quería estar allí. Lo único que hacía era esperarla en el coche escuchando la radio. Era un aburrimiento pero, como novio suyo, sentía que mantenerla a salvo era mi responsabilidad.

–Y sientes que tu responsabilidad es mantener a Patti a salvo.

–Exacto. ¿Ves? Lo has entendido. ¿Por qué no pudo entenderlo Beth?

–¿Alguna vez intentaste explicarle lo que sentías, en vez de expresar tu necesidad de controlar la situación?

–No. Aparte del tema de la decoración de tartas, no tenía mucha conversación.

–¡Adorables! Sissy, ven aquí a ver a estas tres, bueno, cuatro maravillas –la adolescente a cargo de la caja de la pizzería siguió mascando chicle y le guiñó un ojo a Jed.

Jed simuló estar ocupado con la cartera. Ya había comprobado sus mensajes en el teléfono público, pero tal vez debería ir a llamar de nuevo mientras esperaba a que Annie saliera del aseo.

Una chica cuya insignia de identificación decía «Sissy» se acercó a la caja.

–Oh, sí que son monísimos –clavó la mirada en Jed. Él rezongó para sí; las chicas no tendrían más de dieciséis años.

–¿Quieres que me siente contigo mientras comes? –preguntó Sissy–. Podría ayudarte con los bebés.

–Gracias por la oferta, pero mi esposa saldrá enseguida. Aquí estás, cariño –dio la espalda a la caja y le guiñó un ojo a Annie–. ¿Nos bastará con una de masa fina con beicon, aceitunas y piña?

–No olvides mi té, cielo. ¿Lo has pedido?

–Dos tés helados –dijo Jed, aliviado al ver que Annie le seguía el juego.

–Vale –dijo la cajera. Sissy echó un vistazo a Annie y volvió a la cocina–. Enseguida.

Jed pagó y fue hacia la mesa en la que Annie había montado el campamento, lejos de la caja.

–Gracias –dijo, poniendo los vasos en la mesa y sentándose frente a Annie–. Eso ha sido terrible.

–¿Qué ha sido terrible, cielo?

–Esas dos chicas. Me estaban tirando los tejos. En realidad, tendrían que irse a casa a jugar con sus muñecas.

–¿Y alejarse de los hombres de verdad, como tú? –le lanzó un beso con la punta de los dedos.

–¿Te han dicho alguna vez que eres más mala que hecha a propósito?

Annie, sonriente, negó con la cabeza.

–A ver, Don Control. ¿Qué habrías hecho si yo no hubiera estado aquí?

Jed agarró cinco sobrecitos de azúcar, los sacudió, rasgó la parte superior y los echó al té.

–Estoy esperando –insistió Annie.

–¿La verdad? Seguramente habría puesto alguna excusa tonta, como que no llevaba la cartera, y me habría ido. Esas cosas me incomodan, nunca sé qué decir.

–Lo único que necesitas hacer, Jed, es hablar –se echó dos sobrecitos de azúcar al té y lo removió–. A Beth tendrías que haberle explicado lo que sentías respecto a su seguridad. A esas adolescentes habría bastado decirles, con cortesía y firmeza, que no estabas interesado.

–Ya, pero no pareces captar que no me gusta hablar. Me da picores –se rascó el cuello.

–Eso te lo estás inventando.

Pia empezó a llorar.

–Ah –la levantó de su asiento–. Gracias, nena –frotó la nariz contra su cabecita, inhalando el delicioso y limpio olor a bebé.

Eso le recordó algo. Rebuscó en el bolsillo del cochecito de paso y sacó las toallitas desinfectantes que había comprado en los grandes almacenes. Abrió una y empezó a limpiar la mesa.

–¿Qué haces? –preguntó Annie.

–¿No está claro? No queremos que estos bebés agarren algún virus.

–Jed, no están sentados en la mesa. Y no vamos a comer aquí. Solo estamos esperando a que el pedido esté listo para llevar.

–Prefiero prevenir que curar.

–Pia –dijo Annie, estirándose por encima de la mesa para agarrarle las manitas–, prometo solemnemente que haré que tu tío se suelte antes de que acabe este viaje. ¿De acuerdo?

La bebé gorjeó.

–Eso es. Al menos aquí hay alguien que está de acuerdo conmigo.

–Ya, bueno, a los chicos les gusto yo, así que somos tres contra dos. No tendré que cambiar.

–No, no, no –dijo Jed. Tras comprobar su contestador, aún sin mensajes, estaba de pie ante la puerta del famoso Museo del maíz, quitándose el sombrero de espata de maíz que Annie le había puesto cinco segundos antes–. Te he dicho que solo he parado para que los bebés dejaran de llorar. En cuanto se tranquilicen, nos iremos.

–Vale, pero ¿qué tiene de malo divertirse un poco por el camino? –se puso de puntillas y volvió a ponerle el sombrero–. Sonríe.

Sin darle tiempo a quitárselo, le sacó una foto con la cámara desechable que había comprado en la tienda de regalos La mazorca.

–¿Por qué has hecho eso? –Jed devolvió el sombrero a la estantería.

–Tú me has comprado esta estúpida camiseta y has insistido en que me la pusiera –dijo Annie–. ¿Por qué no ibas a estar tú igual de ridículo? –miró la mazorca estampada en la camiseta blanca. Encima ponía *Quiero saber maíz de ti.*

Al principio ella no había entendido el chiste.

Jed había tenido que explicárselo: más-maíz. Con la camiseta pretendía dejar claro que él era el gracioso. Incluso había tenido el descaro de recordarle su pésimo chiste sobre el teléfono frito servido con salsa tártara o de tomate.

–¿Sabes por qué quería que te la pusieras? Porque yo tengo sentido del humor y tú no.

–Eso no es verdad –protestó ella, agitando la cámara con una mano y acunando al lloroso Ronnie con la otra–. Y lo demostraré revelando estas fotos y enseñándoselas a tus conocidos.

–Eso no es gracioso. Es chantaje –intentó parecer enfadado, pero no pudo ocultar la sonrisa que brillaba en sus ojos.

Jed, empujando el cochecito entre las vitrinas llenas de datos sobre el maíz, silbó con asombro.

–¿Sabías que la caja de palomitas más grande de Estados Unidos medía quince metros de largo, tres de ancho y tres de fondo? Me pregunto si llevaban mantequilla.

Ronnie aulló con más fuerza.

–¿Has pensado en nuestro horario? –le preguntó Jed a Annie.

Miró a su sobrino con cansancio.

–Unos minutos más paseando y se calmará.

Jed contestó a su sonrisa tranquilizadora con una mueca escéptica. Pasaron junto a otra vitrina.

–Mira –Jed señaló la maqueta de un pueblo–. Los primeros molinos de vientos datan del siglo VII, en Persia, y se usaban para moler maíz.

–Ten cuidado –Annie le dio un codazo en las costillas–. Alguien podría pensar que te estás divirtiendo.

Él hizo una mueca y siguió leyendo. Ronnie siguió llorando.

Al fondo de la sala había una voluntaria de mediana edad, vestida con larga falda de pionera.

–¿Les gustaría probar palomitas preparadas al estilo pionero?

Annie se mordió el labio inferior. Sin duda, Jed le daría a la mujer una charla sobre lo insalubre que era esa forma de preparación.

–Sí, por favor –Jed aceptó una bolsa de papel de la mujer y se volvió hacia Annie–. ¿Quieres una? –preguntó. Annie lo miró boquiabierta.

Incluso a Ronnie debió de asombrarlo la cordialidad de su tío, porque su llanto se acalló.

–Claro –aceptó Annie.

Alabó mentalmente el poder del maíz.

Él le dio su bolsa y aceptó otra de la mujer.

Tras escuchar una breve charla sobre la preparación del tentempié, vieron una exposición de muñecas de espata de maíz y otra sobre las típicas fiestas del maíz de los indios americanos.

Por fin llegaron a la puerta que anunciaba «la mazorca más grande del mundo».

–Tras crear tanta expectación, ahora debería sonar un redoble de tambor –dijo Jed. Le quitó la cámara–. Pon el cochecito delante del cartel y os sacaré una foto.

Annie arqueó las cejas y obedeció.

–Dime, ¿cómo es posible que en quince minutos hayas pasado de odiar el maíz a adorarlo?

–Nunca dije que odiara el maíz. No me gusta parar. Tendríamos que estar en la carretera. Pero tengo que admitir que esto ha resultado educativo.

–No tenía una función educativa. Aparte de calmar a Ronnie, hemos parado por diversión. Quería que te soltaras un poco.

–¿Podríamos saltarnos tu intento de analizarme y entrar a ver el maíz?

–Como quieras.

Él sujetó la puerta abierta. Ella tuvo que pasar con el cochecito por debajo de su brazo estirado, rozando su pecho y captando su delicioso olor masculino. Por suerte, a Annie no le costó concentrarse en lo que tenían delante.

–¿Habías visto algo igual? –preguntó, apretando la mano de Jed.

–Pues no. La verdad, no sé por qué alguien querría construir esto, pero estoy impresionado.

Dentro de una campana de cristal, en el centro de un enorme círculo de hierba verde y aterciopelada, se alzaba la que sin duda era la mazorca mayor del mundo en toda su gloria amarilla. Era tan alta que Annie tuvo que echar la cabeza hacia atrás para ver la parte superior.

–Caramba –Jed apoyó las manos en las caderas–. ¿Cómo crees que hicieron esta cosa?

Casualmente, el marido de la mujer de las palomitas estaba allí para explicarles cada detalle de la construcción de la mazorca de escayola.

–Según la leyenda local, cualquier pareja que pase por aquí tiene que besarse para tener buena suerte el resto de su viaje.

–No somos pareja –Jed se aclaró la garganta. Solo somos amigos.

–Es igual. Si no besa a la dama, probablemente tendrán un pinchazo a veinte kilómetros de aquí.

Las manos de Annie empezaron a sudar contra el asa de plástico del carrito y se le aceleró el pulso. Se preguntaba si Jed sería capaz de besarla por una estúpida superstición.

Para su vergüenza, ¡deseó que lo hiciera!

–Son las cinco menos cuarto –dijo el anciano, mirando su reloj de bolsillo–. Más vale que se pongan a ello. El museo cierra en un cuarto de hora –se alejó y Annie soltó el aire de golpe.

–Eso ha estado muy cerca.

–¿El qué?

–Ya sabes –se puso el pelo detrás de las orejas y dejó escapar una risita nerviosa.

–No, no lo sé –dio un paso hacia ella.

–El tema del beso. Ese tipo intentaba presionarnos. Por su forma de hablar, cualquiera…

Su mente se paralizó cuando Jed la besó.

Los labios blandos y exquisitamente cálidos se encontraron con los de Annie y provocaron en ella un torbellino de emoción que no habría podido definir. Se concentró en disfrutar del momento.

Cuando Jed se apartó, sonreía. Ella se tocó los labios con dedos

temblorosos.

–Ya has oído al hombre –dijo–. Es una tradición. ¿Qué podía hacer? No quiero pasar otras tres horas en un centro comercial esperando que cambien la rueda, ¿y tú?

–Eh, no. Claro que no.

–¿Lista para volver a la carretera? –preguntó Jed, mirando a su sobrino, ya dormido.

–Sí. Supongo. Pero, ¿no deberíamos hablar?

–No –puso un brazo sobre sus hombros como si fuera lo más natural del mundo.

Annie no habría sabido decir si era un gesto de afecto, intimidad o amistad. Pero era tan consciente de su cercanía y del rastro de sabor a palomitas de sus labios que le costaba respirar.

–Toda esta excitación me ha dado sueño –dijo él–. ¿Te importaría conducir mientras echo una cabezadita?

Capítulo 6

Patti cerró los ojos, rezando para que Dios le diera fuerzas.

Howie había sufrido una reacción alérgica a uno de sus muchos medicamentos, pero el médico le había prometido que estaba mejorando.

Por desgracia, la salud de su marido solo era uno de sus problemas. Había intentado llamar a Jed al menos veinte veces, pero siempre saltaba el contestador en casa y el buzón de voz en el móvil.

Se preguntaba dónde estaba y qué había hecho con sus bebés.

–Oh, Howie –susurró, apretando la mano de su esposo dormido–. Ojalá no hubieras aceptado ese trabajo. Desearía haberte dicho que vendiéramos la casa, la furgoneta, mi ropa y mis zapatos. Sería feliz en una tienda de campaña si los cinco pudiéramos estar juntos.

Las lágrimas le quemaban los ojos.

No se molestó en limpiárselas.

¿Para qué? Últimamente, sus mejillas nunca estaban secas del todo.

Se inclinó hacia delante y apoyó la frente en las sábanas de algodón blanco. Agarró su mano y se la llevó a la cara.

–Mejórate, cariño. Necesito que me ayudes a encontrar a nuestros bebés.

Annie tenía mucha experiencia conduciendo la furgoneta de la guardería y la de preescolar. No era el tamaño del vehículo lo que le atenazaba el estómago.

El causante de su ansiedad roncaba a su lado, en el asiento del pasajero. Se había atrevido a besarla y a dormirse minutos después.

Los trillizos también dormían.

Annie miró a Jed y, a pesar de su frustración, tuvo que admitir que estaba más guapo que nunca. Al menos, desde que ella lo conocía.

Incluso con las largas piernas recogidas bajo el salpicadero, los brazos cruzados y la cabeza tan torcida que no podía estar cómodo. El sueño había llevado a su rostro la paz y la vulnerabilidad, dos

rasgos que él haría cualquier cosa por ocultar cuando estaba despierto.

Y había confiado en ella lo suficiente para permitirle dirigir la expedición.

Muchas cosas podían ir mal.

Un pinchazo. Problemas con el motor. Tomar una carretera equivocada.

Pero él había ignorado esos posibles desastres al entregarle las llaves. Tal vez estaba avanzando en su misión de hacer que se soltara un poco. Sin embargo, no sabía por qué le importaba eso. No iba a recibir beneficios del nuevo y mejorado Jed Hale cuando acabara el viaje.

Sintió un cosquilleo en los labios.

No podía negar que estaba pensando en el beso. Y en el maravilloso e inesperado atisbo de lo que sería volver a casa del trabajo cada día y encontrarse con sus brazos abiertos.

¿Por qué la había besado? ¿Había sido porque el guía del museo lo había pinchado?

Eso sería una pena. Le habría gustado que la besara por una razón mucho mejor: porque le resultaba imposible no besarla.

–Supongo que no sabes dónde estamos –dijo Jed, protegiéndose con la mano del resplandor del sol de última hora de la tarde.

–Estamos ante la única vaca de dos pisos de altura construida con latas de cerveza –contestó ella, terminando de asegurar a Pia en el carrito.

–Dios, dime que esto no está ocurriendo –gruñó él–. ¿Una vaca de latas de cerveza?

–No iba a parar, pero Pia empezó a oler fatal. Co-mo, según los carteles, el sitio está abierto veinticuatro horas al día y tiene aseos y cambiadores, decidí parar. ¿Por qué no estirar las piernas y hacer un cambio de pañales?

–Claro –dijo Jed. Eso tenía mucho sentido, si uno estaba completamente loco.

–Bueno, ¿vas a venir?

Él se frotó los ojos y bajó de la furgoneta.

De camino al gigantesco corral en el que estaba la vaca, Jed vio carteles anunciando que dentro había serpientes de cascabel y escorpiones vivos, además de guirlache de cacahuetes.

–Gran combinación. Siempre me ha gustado comer guirlache mientras miro las serpientes de cascabel.

–Deja de ser tan gruñón –Annie le tironeó del pelo–. ¿Te imaginas cuánto tuvo que trabajar el creador de esta vaca?

–Sí. ¿Te imaginas tú como lo hizo, borracho como una cuba tras beberse toda esa cerveza?

–En compensación por decir eso, vas a tener que comprarme dos guirlaches. Y vamos a cumplir el horario, así que tendrás que mirar cada serpiente, escorpión y lata de cerveza de este edificio en diez minutos.

–Vaya –dijo Annie mientras caminaban por el estómago de la vaca. Los bebés recién cambiados sonreían en el carrito, chupeteando sus mordedores–. Es más impresionante de lo que esperaba. Y mucho más divertido que verlo desde fuera, aunque huela un poco a levadura agria.

–Sí –Jed pasó los dedos por la polvorienta hilera de latas que, según un cartel, equivalía al intestino de la vaca–. Estaba pensando lo mismo.

–Eso es mentira.

–Es verdad –casi consiguió controlar la sonrisa–. Si la gente del maíz quiere atraer tanto público como esta vaca, tendrían que celebrar bodas en la mazorca, como hacen aquí.

–¿Celebran bodas? –ella arrugó la nariz.

–¿Es que no has estado leyendo los carteles, Annie Harnesberry? Mira –señaló un cartel manuscrito–. Ahí lo pone. Por el módico precio de cincuenta dólares podemos casarnos ante un juez de paz, brindar con cerveza y comer magdalenas y palitos salados recubiertos de chocolate.

–Te lo estás inventando –Annie le dio un empujoncito para apartarlo y mirar.

–Por favor. No soy tan creativo como para inventarme eso.

Annie se rio. Leyó el cartel, y era verdad.

–¿No me debes una disculpa?

–¿Por qué?

–Por llamarme mentiroso, aquí, en el santuario del estómago de la vaca de latas de cerveza.

–De eso nada.

–De eso todo –la apoyó contra el corazón de la vaca, que latía, cortesía de un efecto de sonido.

A Annie le costaba respirar. Se preguntó si él sabía cuántos problemas le causaba su lado juguetón. No podía pensar a derechas. Tal vez se había precipitado al tomar la decisión de evitar a todos

los hombres.

–Hay una forma de solucionar esta situación.

–No sabía que hubiera ninguna situación –Annie se lamió los labios.

–Oh, sí que la hay. Lo dice aquí, en este cartel.

–¿En cuál?

–En el que dice que tendremos mala suerte si no nos besamos aquí.

–¿En serio?

–Oye, dije la verdad sobre las bodas, ¿no?

–Sí –el aliento de Jed era cálido y dulce, gracias al guirlache.

Annie sabía que besarlo era mala idea, pero no pudo evitar anhelar probar sus labios de nuevo. Un beso más y luego mantendría las distancias.

No habría más tirones de pelo. Ni más pellizcos.

Dejaría de mirarlo. Bueno, eso era una exageración, pero…

Jed tomó la decisión por ella presionando sus labios contra los de ella en una decadente exhibición del beso perfecto.

Annie dejó escapar un gemido satisfecho y se apretó contra él, deseando su contacto, su fuerza. Él le entreabrió la boca y ella permitió que profundizara el beso. Sus lenguas se encontraron.

–Tenemos que volver a la carretera –dijo Jed, cuando paró para tomar aire–. ¿Qué estás intentando hacerme?

–¿Yo? –se rio–. Estaba pensando exactamente lo mismo de ti.

–¿Y qué vamos a hacer?

–Eso es fácil. Primero, solo pararemos en sitios que no animen a la gente a besarse. Segundo, si los bebés nos obligan a parar en sitios como esos, queda prohibido leer los carteles o escuchar a los guías entrometidos.

–Me parece un buen plan.

–Bien –Annie sonrió–. Estamos de acuerdo.

–Desde luego. Solo necesitaré un beso más.

–No –dijo Jed una hora después, en una hamburguesería a las afueras de Flamingo, Texas–. Tendremos que ir a otro sitio.

–¿Qué quieres decir con otro sitio? –gritó Annie por encima del llanto conjunto de los trillizos–. Sé que has estado durmiendo, pero es el único restaurante que he visto en mucho rato. Puede que no sea el más limpio, pero…

–Será porque no has prestado atención.

Annie volvió la cabeza. Era obvio que se había equivocado

respecto a la rehabilitación de Jed.

–Mira lo sucio que está –le susurró Jed al oído, provocándole un escalofrío con su cálido aliento.

Señaló un trozo de bollo de hamburguesa cubierto de hormigas que había en el suelo, junto al mostrador. La planta artificial que había junto a la caja estaba cubierta de polvo y telarañas.

–Es cierto, pero…

–¿Puedo tomar su pedido? –preguntó una morena embarazada de veintitantos años. Los bebés aullaron a la vez y la chica hizo una mueca–. Cielos. Me alegro de estar embarazada de solo uno. Apuesto a que nunca consiguen dormir.

–A veces es complicado –Annie sonrió.

–¿Saben ya lo que quieren?

–Nada, gracias –dijo Jed, agarrando el cochecito–. Tenemos que volver a la carretera.

–Espera un minuto –dijo Annie, sacando a Pia del cochecito–. Quiero una bolsa de triángulos de maíz y una botella de agua mineral.

–¿Eso es todo? –preguntó la chica.

Annie asintió. Jed hizo una mueca y salió.

–No tenías que ser tan grosero –le dijo Annie reuniéndose con él en la furgoneta unos minutos después–. Podías haber pedido algo envasado.

–¿Por qué? –preguntó él, sacando a los dos niños del cochecito.

–Pues…, porque es lo educado.

–Ya. ¿Y es educado que el dueño de este sitio permita esa suciedad? Además, cuando intenté ser educado con esas chicas simulando estar casado contigo, me dijiste que tenía que ser firme.

–Eso es distinto –Annie besó la frente de Pia.

–¿En qué sentido?

–Bueno, pues… –«Cuando otras mujeres se interesan por ti, ¡quiero que te las quites de encima!», pensó ella. Obviamente, se estaba contradiciendo. Su atracción por él la llevaba a hacer cosas sin sentido.

–¿En qué sentido? –repitió él, mientras los bebés seguían llorando.

–Dame a esos dos –ordenó ella con ira.

–Puedo calmarlos yo.

–Entonces, te sugiero que lo hagas.

Annie abrió la puerta lateral de la furgoneta y sentó a Pia en su sillita. Su pañal estaba seco, así que se conformó con un biberón.

Se hizo cargo de Ronnie. Él sí tenía el pañal sucio. Se lo cambió

y luego le dio un biberón.

Richard tenía el pañal seco y no parecía tener hambre, así que lo acunó contra el pecho, tarareando una de las horribles canciones del CD infantil, mientras le besaba la cabecita.

Jed telefoneó desde la cabina, colgó con un golpetazo y volvió dando grandes zancadas.

–¿Qué ocurre ahora? –preguntó ella.

–Nada –él se cruzó de brazos.

–Deja que adivine. Sigue sin haber mensajes y no soportas que no te haya seguido de inmediato cuando saliste del restaurante.

–Bingo –un músculo se tensó en su mentón y suspiró–. No es ningún secreto que suelo ser quien dirige el cotarro. Pero en contra de lo que opina tu amago de cerebro de psiquiatra, no es porque me guste, sino porque… –desvió la mirada y bajó la voz–, porque siempre ha sido así.

–Pero no tiene por qué serlo –dijo ella con voz suave, acercándose desde atrás y curvando los dedos sobre su brazo. Por fuera era de acero, pero Annie sospechaba que por dentro era blando como crema. Estaba dolido. Se preguntó si era consecuencia de la muerte de sus padres o de los años de rebeldía de Patti. Annie tenía la inquietante sensación de que había algo más–. Jed, sé que apenas nos conocemos, pero quizás en este caso eso sea bueno.

–¿Y eso por qué?

Ella se lamió los labios y a Jed dejó de importarle que lo hubiera irritado unos minutos antes. Estaba harto de discutir. Lo que en realidad quería era otro beso. El de antes no le había bastado, en absoluto.

–Quizás podrías bajar la guardia conmigo –aventuró ella con cautela–. Como estamos empezando a conocernos, podrías intentar confiar en mí, como práctica, igual que yo confío en ti.

–¿Confías en mí?

–Si no confiara, ¿habría dejado mi casa para venir hasta aquí contigo?

El cielo se tiñó de naranja, amarillo y violeta. Por bonita que fuera la puesta de sol, ni se acercaba al cálido brillo de los ojos de Annie. El leve aroma de su perfume floral flotaba en el aire.

–Lo dices en serio, ¿verdad? –Jed, esquivando la mirada de Annie, tocó la cabeza de Richard.

–No lo habría dicho si no fuera así.

–Vale, pero ¿por qué confías en mí? Soy un desastre. De principio a fin, me he cargado esta misión. Tendrías que estar disgustada conmigo.

–Primero, esta misión no ha llegado a su fin. Segundo, si crees que no sabes cuidar de los bebés, recuerda que yo tengo años de experiencia. Tú solo los has cuidado a ratos. Date un respiro, Jed. No puedes pretender ser un experto en todo.

Las palabras de ella tenían sentido. Los sentimientos de él no lo tenían.

Tras la muerte de sus padres, e incluso antes, cuando murió su hermano, Jed había tenido que serlo todo para todo el mundo por un ridículo intento de compensar la muerte de Ronnie.

Tenía que controlarlo todo, porque si no lo hacía podría perder algo más. A alguien más.

Tenía que salvar a sus sobrinos de una madre que se negaba a crecer.

Tenía que hacer todo eso pero ya no sabía cómo. Estaba asustado, confuso y abrumado. Llevaba solo mucho tiempo y estaba cansado. Cansado de ser quien tenía el control. De ser el progenitor. De no permitirse ninguna diversión.

El sol había terminado de ponerse y solo quedaba un leve resplandor naranja en el cielo.

–Será mejor que nos pongamos en marcha –cuadró los hombros y se volvió hacia Annie–. Dame las llaves.

Se permitiría el lujo de estar cansado después. Antes tenía que encontrar a su hermana.

Capítulo 7

–Mmm… ¿dónde estamos? –preguntó Annie, frotándose los ojos y estirándose.

Aparte del leve resplandor amarillo de una farola del aparcamiento, la furgoneta estaba a oscuras y llena del dulce aroma de los bebés y de Jed.

–En la gasolinera del kilómetro seiscientos. Necesitamos gasolina. Este sitio abre a las seis.

–Ah –el reloj luminoso del salpicadero indicaba que eran las 2:37 de la madrugada.

–Seguiría conduciendo, pero la luz de la reserva se encendió hace kilómetros. No hay nada por aquí. No quiero pasarme una semana andando si nos quedamos sin gasolina.

–Tiene sentido –Annie bostezó.

–¿Por qué no vuelves a dormirte? Yo me ocuparé de todo.

–¿Por qué no dormimos los dos?

–Duerme tú. No quiero arriesgarme a perderme la apertura de la gasolinera.

Annie rezongó.

–Yo tampoco estoy muy cansada –dijo, aunque habría podido dormir hasta Navidad.

–¿No se considera pecado grave que una maestra de preescolar mienta?

Ella encogió los hombros. No podía ser pecado mentir cuando solo con ver su rostro se sentía despejada y vibrante.

Le bastaría inclinarse hacia la izquierda para estar en sus brazos.

–¿Tienes hambre? –preguntó Jed.

–Hum. ¿Qué tal una tortilla de jamón y queso con tortitas de patata y tostadas? –dijo Annie.

–Me gusta tu gusto para el desayuno.

–¿A cuánto estamos de Denver?

–A tres o cuatro horas, dependiendo de cuando decidan llorar o dormir las criaturas.

–Es bastante milagroso que nos hayan dejado venir tan lejos sin parar.

–No estarán enfermos, ¿verdad?

–Creo que están agotados por todo lo que han gritado durante el

día –Annie suspiró.

–Duérmete de nuevo. Yo me ocuparé.

–¿Por qué no dejas que lo haga yo? Me aseguraré de estar despierta cuando abra la gasolinera.

–¿No hemos hablado ya de eso?

–Sí, pero como yo no tengo ni idea de dónde está la cabaña, necesitas estar alerta para conducir en la montaña. Así que tiene más sentido que duermas ahora y yo lo haga después.

–Sí, pero…

–Admitir que tengo razón esta vez no implica que hayas renunciado a tu maldito control.

–Yo no he dicho eso –se rascó la barbilla.

–Cierto, pero no puedes negar que es lo que has sentido.

–¿Por qué te abriría la puerta aquel primer día?

–¿Sería porque me necesitabas? –Annie sonrió de oreja a oreja.

–¿Prometes despertarme en cuanto abran?

Annie le dedicó la misma mirada que a un alumno de primaria que se comiera las pinturas.

–Hasta dentro de un rato –Jed cerró los ojos.

–¿Jed? –Annie lo sacudió con suavidad–. Jed, acaban de poner en marcha los surtidores.

Él abrió los ojos lentamente y se encontró con una visión mejor que la de la tortilla que había deseado antes. Se preguntó cómo podía estar tan guapa con solo una sonrisa adornando su rostro.

–¿Qué hora es?

–Las seis y media. El dueño ha llegado tarde. Dice que ha pasado toda la noche en vela con su perra. Ha tenido tres cachorros.

–Oh –se enderezó y miró hacia atrás. Los bebés no estaban–. ¿Dónde…?

–Afuera. Empezaron a protestar alrededor de las cinco, así que los saqué y los paseé un poco.

–¿Por qué no me despertaste? Eso podría haber sido peligroso.

–¿El qué?

–Pasear en la oscuridad.

–¿Qué iba a pasarnos? Aparte de una manada de coyotes aullando a lo lejos, no hay mucho de qué preocuparse por aquí.

–Ya, bueno –abrió su puerta y sacó un pie fuera–. Pero tendrías que haberme despertado.

Los bebés estaban en su cochecito, a unos tres metros de distancia, bajo el porche de la tienda. Los tres bebían de sus

biberones.

–Admítelo. No soportas que hayamos sobrevivido la noche sin tu ayuda.

–Eso es una bobada –Jed metió la mano bajo la camiseta y se rascó la tripa–. Sabía que estarías bien –no dijo que por eso había simulado que dormía hasta que se durmió por accidente.

Tenía que llegar a la cabaña lo antes posible. Le costaba creer que había vuelto a fallar quedándose dormido. Pero al menos Annie lo había despertado tal y como había prometido.

Unas horas antes había deseado tener a alguien que lo ayudara, y lo había encontrado en la diminuta y perfecta señorita Annie Harnesberry.

Se preguntó si podía contar con ella para más cosas. Y si se atrevería a intentarlo.

–¿Y bien? –ella se puso las manos en las caderas–. Estoy esperando.

–¿El qué?

–¿Una disculpa?

A él le pareció que estaba preciosa. El sol del amanecer iluminaba sus rizos. Sus ojos y su piel resplandecían sin necesidad de maquillaje.

Dejándose llevar por su instinto, sin valorar el resultado de sus acciones, Jed le dio a Annie un beso de buenos días. Al mirarla a ella y a sus sobrinos, empezó a parecerle una buena mañana.

Estaban bien y en muy pocas horas sabría que su hermana estaba a salvo. Entonces empezaría a trabajar en salvarse a sí mismo.

Se abriría a Annie Harnesberry.

–Eh, Annie –esa vez fue Jed el encargado de hacer de despertador.

Ella abrió los ojos y se estiró lentamente. Sus senos tensaron el algodón de la camiseta blanca.

–Hola –ella esbozó una sonrisa que hizo que a él se le tensara el estómago.

–Hola –él le devolvió la sonrisa–. Estamos en Denver. ¿Sigues queriendo una tortilla?

–¿Están bien los bebés? –preguntó ella.

–Recién cambiados y seguramente listos para comer. He abierto la lata de leche maternizada, ¿te importaría preparar los biberones?

–Claro que no.

Annie preparó los biberones y caminaron juntos hacia la zona de descanso de la carretera interestatal que los llevaría a las montañas.

Annie empujaba el cochecito de los bebés. Jed abrió la puerta, le puso una mano en la espalda y le cedió el paso.

El restaurante olía de maravilla, a sirope, beicon y salchichas picantes. A Annie le rugió el estómago.

–¿Cuántos son? –preguntó la camarera.

–Cinco.

–¿Necesitarán tronas?

–No, gracias –contestó Annie.

La camarera agarró dos cartas y los llevó a una mesa situada en un rincón, apartada de los demás comensales. Tomó nota de las bebidas y se fue.

–¿Crees que teme que arruinemos sus posibilidades de recibir propinas? –preguntó Jed.

–Es posible –Annie sonrió–. Pero prefiero estar aquí, alejada –les dio los biberones a los bebés e intentó ignorar la vocecita que le decía que era una mañana perfecta.

Lo primero que había visto al despertar había sido el guapo rostro de Jed. Le gustaban las vibraciones que había entre ellos. Ya no actuaban como Jed y Annie, sino en equipo, como pareja.

Nunca se había sentido así con Troy ni con Conner. Tras lo que le habían hecho pasar, había temido no volver a sentirse cómoda con un hombre. Pero allí estaba.

La sonrisa de Jed estaba dando paso a nuevas y cautelosas esperanzas. No era justo que lo urgiera a compartir sus penas cuando ella no se había abierto a él. Pero no podía hacerlo.

Aún no.

Pero lo haría pronto.

–Parece que tenían hambre –Jed desdobló su servilleta y le limpió la barbilla a Ronnie.

–¿Sabes si tu hermana había empezado a darles comida sólida?

Jed enrojeció y simuló interesarse por un sobrecito de azúcar.

–A ver, amigo. Dilo ya. ¿Qué les has dado a estos bebés que no deberías haberles dado?

–Nada demasiado complicado. Solo un poco de helado en el zoo.

–¿Y…?

–Puede que algunas patatas fritas.

–¿Patatas fritas? ¡Jed! ¡Podrían haberse atragantado!

–Estaba con ellos. Las aplasté con los dedos. No iba a permitir que se ahogaran estando conmigo.

–¿Eso es todo?

–Bueno, les di un poco de batido cuando volvíamos del zoo. Puse un poco en sus biberones. Y lamieron unos pepinillos. A mí me encantan y quería saber si a ellos les gustaban.

–No me extraña que estuvieran tan llorones cuando llegué. Debían de tener dolor de tripita.

–¿Por probar un poco de comida?

–Hay que introducir los sólidos lentamente. No puedes empezar dándoles comida basura.

–Ya, bueno. Si tú lo dices…

La camarera volvió con dos tés helados y tomó su pedido de tortillas, salchichas y tortitas.

Pia y Richard empezaron a protestar en cuanto llegó la comida. Annie se inclinó hacia ellos.

–Come. Yo estoy acostumbrado a comerlo todo frío en el parque de bomberos –dijo Jed.

–¿Seguro que no te importa?

–¿Doy la impresión de que me importa? –preguntó él, con un bebé en cada rodilla. Hizo muecas a los dos. Patti soltó una risita.

Cuando Annie estaba con Conner, él nunca le había ofrecido hacerse cargo de Sarah para que comiera. Había sido ella quien calmaba a la bebé, cortaba la carne para Clara y hacía que Ben usara la servilleta.

En retrospectiva, Conner y ella nunca habían funcionado como equipo. Considerando cómo habían acabado las cosas entre ellos, eso no debería sorprenderla lo más mínimo.

–¿Por qué estás tan callada? –preguntó Jed, haciendo botar a los sonrientes bebés.

–Estoy pensando.

–Ah, no. Tú me obligas a contarte cosas; no creas que vas a escaparte tan fácilmente.

–Estaba comparándote con un hombre con el que solía salir –Annie toqueteó el dispensador de sirope–. No es que tú y yo estemos saliendo, claro –clavó la mirada en los labios de Jed y recordó su ternura al besar–. Resultó no ser un tipo agradable. Y tú…

–¿Yo sí que lo soy? –esbozó una sonrisa rebosante de calidez y bienvenida.

–Sí. Eres muy agradable y seguramente estás muerto de hambre. Dame –abrió los brazos–. Me ocuparé de esos dos mientras comes.

–Pero no has acabado.

–Estoy llena –dijo ella. Pensar en Conner le había quitado el apetito–. Come. Después volveremos a la carretera.

–De acuerdo –se puso en pie para pasarle los bebés. En el intercambio, sus dedos fuertes y cálidos le rozaron el borde de los senos. Eso y el calor de los bebés confundió aún más a Annie.

Adoraba a los niños. Pero no podía confundir ese amor con la atracción que sentía por Jed. Solo le interesaba su trabajo y redecorar su nuevo piso. Ni en su vida ni en su dolido corazón había sitio para otro hombre.

No era el momento adecuado.

Necesitaba tiempo y espacio para sanar.

Jed besó la coronilla de Pia y luego la de Ronnie. Miró los ojos de Annie con intensidad y deseo. Imposible no captar su obvio mensaje.

«Me gustas, Annie. ¿Te gusto yo a ti?»

Sin decir una palabra, se inclinó y besó sus labios con suavidad.

–Sabes dulce. A sirope de arándanos.

Ella, aterrorizada por lo que podría encontrar en sus ojos marrón dorado, bajó la vista.

–¿Qué ocurre? ¿No querías que hiciera eso?

–No lo sé –negó con la cabeza y luego asintió.

Tal vez el problema fuera que lo había deseado intensamente. A pesar de que sabía que no era buena idea dejar que se acercara tanto a ella. Ni física ni emocionalmente.

Tal vez podría manejar unos cuantos besos, pero por dentro se sentía como queso fundido. Incapaz de hacer otra cosa que amoldarse a él. No sabía si se sentía atraída por él o por una imagen idílica. Quizás lo veía como un buen padre de tres niños. Una buena pareja para ella.

Pero en realidad, eran dos desconocidos.

No sabía nada de él.

Él no sabía nada de ella.

Y quería saberlo todo. Quería conocerlo espiritual e íntimamente. Como solo una esposa podía llegar a conocerlo.

–¿Annie? –empezó a besarla de nuevo, pero ella se apartó–. ¿Te he ofendido? Si es así, lo siento. No pretendía…

–Por favor –deseó tocarle el brazo, pero se contuvo–. Este beso, todos ellos, han sido agradables. Más que agradables. Pero quizá sería mejor ofrecer una imagen platónica a los bebés.

–¿Saben de besos a su edad? –Jed alzó las cejas.

–No, pero… Venga, come. La tortilla se va a enfriar del todo.

–Te he molestado, ¿verdad? Lo sabía.

–¿Qué sabías?

–He ido demasiado rápido. Probablemente tengas razón en lo de

ir con calma delante de los niños. Pero te lo advierto: en cuanto recojamos a esa hermana mía, iniciaré en serio la conquista.

Mientras la furgoneta devoraba kilómetros, Annie intentó dormir. Pero la palabra «conquista» no dejaba de resonar en su cabeza.

Tendría que haberle dicho a Jed que no quería salir con nadie por el momento, pero no había podido. No le interesaba una relación casual, pero ¿una conquista? Eso era otro tema.

La anticuada palabra implicaba pasear de la mano por los parques de Pecan y montar en barca. Recibir ramos de rosas. Hablar por teléfono antes de acostarse. Compartir palomitas en el cine.

–Solo un par de horas más –dijo Jed, sacando a Annie de su ensimismamiento sobre lo que ocurriría después del cine.

–¿Para qué? –preguntó, enrojeciendo.

–¿Estás bien? –la miró con curiosidad.

–Sí, muy bien –se alegró de que los hombres no hubieran aprendido a leer la mente femenina.

–Vale. Lo que decía es que estaremos en la cabaña dentro de dos horas.

–Fantástico.

Annie pensó que tras recoger a Patti al menos tendrían carabina en el camino de vuelta. De repente, recordó que Patti había ido a la cabaña en la camioneta de Jed. Si volvía a casa en su furgoneta, con los bebés, Annie viajaría sola con Jed en la camioneta.

En el asiento de atrás, Richard gimió con desconsuelo. Annie se dio la vuelta y movió su sillita. Sin éxito.

¡Buaaa bua buaaaaaaaaa!

–Tan cerca, pero tan lejos –Jed suspiró.

Pia se unió al concierto. Y luego Ronnie.

–Lo siento –Annie dio un golpecito compasivo en el hombro de Jed–. Me temo que el viaje se alargará un poco.

–¡Esto es precioso! –exclamó Annie unos minutos después, admirando la panorámica de postal de las montañas nevadas sobre un lago.

No habían encontrado un sitio donde parar en la carretera interestatal, pero estaban llegando a Dillon, un pueblecito al norte de Breckenridge.

Annie bajó la ventanilla. En Denver la temperatura había sido de

treinta y cinco grados, pero allí no pasaban de los veinticuatro. El aire olía de maravilla: a pinos, agua, tierra y sol.

–¡Oh! –gritó Annie–. Además de ser un sitio precioso, hay un centro comercial de excedentes de fábrica. Ojalá no tuviéramos tanta prisa, podría arruinar mi presupuesto ahí dentro.

–¿Dividimos y vencemos? –sugirió Jed. Dejó el centro comercial atrás y entró en la gasolinera.

–Claro. ¿Prefieres que me ocupe de los bebés o de repostar?

–Adivina –dijo él, mirando con rostro compungido a los trillizos que gritaban con furia.

–Bueno, pequeños –Annie se desabrochó el cinturón de seguridad para pasar al asiento trasero–. Parece que me toca a mí. Colaborad.

Palpó los pañales. Uno estaba cargado hasta arriba. Los otros dos parecían estar bien.

–Pia, cielo, vamos a librarnos de tu último regalito –dijo. Colocó a la nena sobre el cambiador en el otro asiento.

Jed, entretanto, llenaba el depósito. La saludó con la mano y Annie le sacó la lengua. Él le hizo burla. Ella alzó a Pia y se la mostró por la ventanilla. Jed apretó la nariz contra el cristal y puso una cara divertida.

La niña pequeña rio, y la mayor también.

–Tu tío es un encanto, ¿eh? –dijo Annie, empezando a desabrocharle el pelele. Pia gorjeó–. Ah, ¿estás de acuerdo?

Por suerte, los hermanos de Pia debieron de apreciar su cambio de humor, porque se callaron.

–De acuerdo, ¿con qué? –preguntó Jed, de nuevo en su asiento.

–No es asunto tuyo. Son cosas de chicas.

–¿Os estáis riendo de mí?

–Puede –Annie limpió el culito de la niña. Era increíble lo que podía salir de algo tan pequeño.

–Nena, apestas –dijo Jed. Pia le sonrió–. Voy a ver si hay mensajes –señaló un teléfono público.

Annie lo despidió con la mano y acabó con su tarea lo más rápido que pudo. Le costaba un gran esfuerzo sobreponerse al efecto que Jed tenía en ella. Era guapísimo. Le hacía pensar en lo agradable que sería acurrucarse a su lado en noches lluviosas o mañanas de invierno.

–¿Quieres que conduzca? –se ofreció Annie cuando Jed regresó.

–No. Necesito hacer algo con las manos. Empiezo a estar nervioso por lo que podemos encontrarnos.

–No pensarás que Patti está herida, ¿verdad?

–No. Pero estoy seguro de que está muy afectada. Conozco a mi hermana. Ahora me necesita, más que nunca.

Capítulo 8

Patti puso los dedos en el cuello de su marido y lo abrazó tan fuerte como pudo sin hacerle daño.

–He pasado mucho miedo –dijo.

–¿Por qué? –su voz sonaba ronca porque no hacía mucho que le habían retirado el tubo de la garganta–. Soy como un camión –Howie se rio–. Nada me apartará de ti y de nuestros bebés.

–Te quiero –dijo ella, apretándolo fuertemente otra vez.

–Dime, ¿cuándo van a dejarme salir de aquí?

–La doctora dice que saldrás de la UCI dentro de un par de horas y luego pasarás al menos una semana en planta.

–¿Una semana? –intentó levantar el brazo para rascarse la cabeza, pero era obvio que le dolía demasiado. Patti lo hizo por él.

–Cuando te den habitación, intentaré conseguir champú para lavarte el pelo.

–No hace falta que te preocupes.

–¿Preocuparme? –le sonrió con lágrimas en los ojos–. ¿Tienes idea de lo horribles que han sido estos últimos días?

–Lo siento.

–Espera a estar lo bastante bien para que te dé una paliza. Entonces sí que lo vas a sentir –lo abrazó de nuevo.

–No tendría que haber estado conduciendo tan tarde. Menos mal que no me estrellé contra nadie.

–¿Por qué estabas conduciendo?

–Quería adelantar una sesión de ventas, para volver antes contigo y con los bebés. Por cierto, ¿cómo están mis angelitos?

–Buena pregunta –Patti se puso las manos en las caderas–. En cuanto acabe de echarte la bronca por no cuidarte, ese hermano mío va a oír lo que opino de que no devuelva mis llamadas.

Un músculo del mentón de Jed no dejaba de tensarse, y lo estaba volviendo loco. Tanto como el camino lleno de baches que llevaba a la cabaña.

Pero a los bebés parecían gustarles los botes. No los había visto tan contentos desde que les dio el helado en el zoo. Apretó el volante con fuerza. Estaba muy nervioso.

No quería alarmar a Annie, pero temía que Patti estuviera allí arriba planteándose algo tan drástico como el suicidio. No sabía en qué había fallado al educarla. Lo había hecho lo mejor que podía, pero era obvio que no había sido suficiente.

La furgoneta botó en un socavón y el golpe reverberó en sus huesos. Los bebés se rieron.

–Va a estar bien –dijo Annie.

–¿Qué?

–Tu hermana. Seguramente la encontraremos tumbada al sol, leyendo un buen libro.

A Jed le dio vueltas la cabeza. Solo hacía unos días que conocía a Annie, pero parecían estar perfectamente sintonizados. Se preguntó si la urgencia de la situación en la que se encontraban le hacía imaginar cosas, o si era una sintonía real.

–¿Qué es lo primero que le dirás?

Él miró a Annie, que había apoyado el brazo en la ventanilla abierta. El sol teñía de oro su suave cabello y la aromática brisa de la montaña alborotaba sus rizos.

Jed estaba casi histérico. Ella, en cambio, parecía comodísima con los pies en el salpicadero. Sin duda, no veía las imágenes que veía él.

Patti con las venas cortadas.

Patti muerta por una sobredosis.

Patti desmadejada al fondo de un acantilado.

Se apretó la mano contra la frente. Tenía que dejar de intentar controlarlo todo. Tenía que confiar en que Patti no estaba loca, solo dolida. Tenía que confiar en que la mujer que tenía al lado lo ayudaría. Encontraran lo que encontraran, no estaría solo.

Como si le hubiera leído la mente, Annie puso la mano en su hombro. Un gesto sencillo que valía un mundo para él.

–Gracias –musitó, sin atreverse a mirarla.

–De nada.

La mayoría de las mujeres que conocía habrían tonteado con él. «Gracias ¿por qué?», habrían preguntado, esperando que ofreciera más. Convirtiendo el momento en una expedición de caza de cumplidos. A él le gustaba mostrar su agradecimiento, pero en ese momento carecía de la energía emocional para hacerlo. Annie entendía su agotamiento mental y no exigía nada. En cuanto acabara su aventura, Jed iba a demostrarle de cien maneras cuánto había significado para él su fe y confianza en su misión.

–¿Estamos llegando ya? –preguntó ella, apartando la mano de su hombro.

–Sí –afirmó él, nervioso–. Unas cuantas curvas más y llegaremos al lago y luego a la cabaña.

–¿Cómo es la cabaña?

Jed la bendijo por intentar aliviar su tensión hablando de naderías. Aceptó la oferta.

–Es bastante sencilla. Una cabaña de troncos, con un dormitorio. Como es inaccesible en invierno, hay chimenea para calentarse.

–¿Y las cosas importantes? ¿Hay electricidad? ¿Inodoro con agua corriente?

–Sí y sí –sonrió al ver la arruga de preocupación de su frente–. Aunque la electricidad aquí es poco fiable.

–Suena como la casa de la playa que solían alquilar mis padres –dijo ella, risueña.

Doblaron la última curva y vieron la panorámica que a él siempre le había alegrado el alma. En ese día despejado, el lago parecía lleno de diamantes azul noche. Casi toda la nieve de las montañas que lo rodeaban se había derretido.

–Hemos llegado –el pulso de Jed se disparó tras la curva siguiente, cuando apareció la cabaña.

–¿Dónde está tu camioneta? –preguntó Annie cuando se acercaron–. ¿La habrá aparcado en la parte de atrás?

–No tengo ni idea –apagó el motor y frunció el ceño–. Pero ni siquiera sé por qué está aquí. Quizás haya bajado al pueblo a comprar comida.

–Apuesto a que sí –Annie se quitó el cinturón de seguridad y bajó los pies del salpicadero.

Jed miró hacia atrás y vio que los tres bebés estaban despiertos y listos para la acción. Maldijo para sí. Habría preferido que estuvieran dormidos.

–Entra –dijo su salvadora–. Yo pondré a los trillizos en el cochecito.

–No, deja que te ayude.

–No hace falta, en serio. Ve –lo animó ella.

Él tomó aire y abrió su puerta. Cuando estaba medio fuera, miró a Annie. Ella sonreía.

–Creo que estarán bien solos unos minutos –dijo ella animosa–. ¿Quieres que vaya contigo?

Jed tragó saliva y asintió.

Fueron juntos hacia la silenciosa cabaña. Jed, nervioso, agarró la mano de Annie.

–A mi hermana le gusta tener ruido de fondo. Siempre tiene encendida la radio o la televisión.

Annie le apretó la mano.

Juntos, subieron al porche delantero. Allí fuera solía haber dos mecedoras que almacenaban dentro de la casa cuando no estaban allí.

No había mecedoras. Eso lo preocupó.

–Esto es precioso –dijo Annie–. ¿Cómo soportas volver a Pecan después de estar aquí?

–Cuando llega la primera nieve, en septiembre, no cuesta mucho ir montaña abajo en busca de temperaturas más agradables,

Subieron los cinco escalones.

El porche estaba cubierto de polvo.

De polen de pino y telarañas.

Era obvio que nadie había abierto la puerta de la cabaña en mucho tiempo. Además, todos los estores estaban bajados.

Jed sacó la llave del bolsillo delantero de los pantalones cortos. Soltó la mano de Annie, agarró el candado y metió la llave en la cerradura.

Se abrió sin problemas. Quitó el candado y empujó la puerta.

–¿Patti? –llamó en la oscuridad–. ¿Estás ahí?

Nada.

–Quizás esté en el pueblo, como has dicho –Annie entró detrás de él.

–Sí –dijo. Jed sabía por el olor a cerrado que Patti no había estado allí. De repente, se sintió mareado y se le doblaron las rodillas.

Dejó el candado sobre la polvorienta mesa de la cocina, sacó una de las sillas y se sentó para evitar caerse. Apretó las palmas de las manos contra los ojos.

Había estado seguro de que estaría allí. No se imaginaba adónde podía haber ido.

–La encontraremos. Te ayudaré –Annie rodeó su cuello con los brazos, desde detrás de él. Posó la mejilla en la parte superior de su cabeza.

–¿Dónde puede estar, Annie? ¿Dónde?

–No lo sé –dijo ella con voz ronca–, pero la encontraremos, Jed. Tiene que haber alguna explicación lógica. Ninguna mujer en su sano juicio abandonaría a tres preciosos bebés que la necesitan.

–De eso se trata. ¿Y si no está en su sano juicio? ¿Y si…?

–No. No puedes pensar así. Eso no resolverá nada. Hasta que oigamos lo contrario, asumiremos que está bien. Tal vez se ha perdido o algo.

–Ya, es ese «o algo» es lo que me asusta.

–Jed…

–Vale, entendido. Pensamientos positivos. Vamos a cerrar esto y a volver a la carretera.

Uno de los bebés empezó a llorar.

–¿Estás de broma? –Annie miró la furgoneta–. Jed, ninguno de nosotros ha dormido más de unas pocas horas en los últimos tres días. Los bebés necesitan estar fuera de sus sillitas o del cochecito durante más de quince minutos. Te prometo que nos iremos a primera hora de la mañana pero, por favor, pasemos la noche aquí.

–¿Estás segura de que merece la pena este esfuerzo por una sola noche? –preguntó Jed una hora después, sudoroso tras limpiar el polvo de cada superficie de la cabaña.

Annie miró a su alrededor. Admiró el adorable y desvencijado sofá marrón, los sillones y la ecléctica mezcla de utensilios y adornos. De repente, supo con toda certeza que su sitio estaba con Jed, ayudándolo a encontrar a su hermana.

–Sí –dijo ella, posando la mano en la encimera de pino de la cocina–. Me da un poco de pena el lugar. Es como un juguete que solía ser el favorito de todos y fue abandonado por otro mejor.

–No –Jed fregó la última tabla de pino del suelo–. Eso no fue lo que ocurrió. Siempre será un lugar especial. Cuando mama y papá vivían, solíamos pasar todo el verano aquí. Mi hermano pequeño y yo…

–No sabía que tenías un hermano pequeño.

–No lo tengo.

–Acabas de decir que… –Annie vio cómo el rostro de Jed se convertía en una rígida máscara.

–Olvida lo que he dicho. A veces soy un bocazas –terminó con el suelo y salió a vaciar el cubo de agua jabonosa al porche trasero.

Las dos puertas y todas las ventanas de la cabaña estaban abiertas de par en par, dejando entrar una brisa aromática que debería haber aireado el ambiente y la cabeza de ambos. Sin embargo, Annie tenía la sensación de que Jed sufría y se escondía más que nunca.

–Después de todo lo que hemos compartido, ¿vas a dejarlo en eso? ¿Estás diciéndome que me meta en mis asuntos? –apuntó Annie.

Jed se quedó en el umbral, llenándolo con su ancha espalda. A contraluz, su rostro parecía muy sombrío. Annie anhelaba ayudarlo, pero no sabía cómo. Él salió al pequeño porche trasero y metió las

manos en los bolsillos del pantalón corto.

Tendrían que haber ido a un motel. Aunque adoraba ese lugar, no era bueno para él. Había demasiados recuerdos. Y sin Patti allí, el dolor era demasiado intenso.

Y encima tenía allí a la señorita Sesión Terapéutica. No le había hecho falta que dijera una palabra para saber lo que estaba pensando.

«En serio, Jed, te sentirás mejor si te abres. Por favor, háblame, Jed. Deja que te ayude».

Se negaba a entender que no había ayuda posible para él. La vida le había dado malas cartas, así eran las cosas. Y en la vida no existía el lujo de tirar las cartas y pedir otra baza.

En la vida había que aguantar lo que venía.

–¿Jed?

–Diablos, Annie, ¿por qué no entiendes que no quiero hablar de mi hermano muerto?

–Solo iba a decirte que miraras al suelo. Tienes una admiradora –Annie se llevó las manos a la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Avergonzado, él bajó la vista. Pia había gateado hasta él y, tumbada boca arriba junto a sus zapatillas, lo miraba con adoración.

Se quedó sin aliento. No podía quejarse de su vida teniendo delante a ese milagro de criatura.

Sí, su hermano había muerto.

Y sí, después de eso sus padres se habían emborrachado a diario y habían fallecido en un estúpido accidente de coche debido, sobre todo, a que su padre era incapaz de rechazar un vodka.

Levantó a Pia y la abrazó con fuerza. Bajó del porche y caminó hacia la orilla del lago.

Una vez allí, dejó que las lágrimas empezaran a fluir por fin.

Lágrimas por su madre y el pañuelo rojo que se ponía en el pelo cuando estaban en la cabaña, por si acaso algún vecino iba de visita y no estaba bien peinada. Su padre siempre la había regañado por eso, a pesar de que el vecino más cercano vivía a ocho kilómetros de allí.

Oyó el crujido de una ramita y abrazó a Pia con mas fuerza. Rezó porque Annie no estuviera a su espalda, siendo testigo de su emoción.

Era un hombre. Un hombre que tenía el control de su vida y de lo que lo rodeaba. A un par de metros, Annie empezó a hablar con voz suave.

–Cuando era pequeña, siempre soñé con venir a un sitio como este. Pero a mis padres no les iba lo del camping. Preferían los Holiday Inn, que en aquella época eran muy populares. Se esforzaron por estar en casa para mi undécimo cumpleaños. Reservaron dos dormitorios en el motel más cercano a nuestra casa y me dejaron invitar a tres amigas a dormir conmigo; nos pasamos toda la noche chapoteando en la piscina climatizada. Mi cumpleaños es el catorce de diciembre, así que fue todo un lujo. Tarta y pizza junto a la piscina, cuando el cielo amenazaba nieve. Te aseguro que esa fiesta elevó mi estatus social una barbaridad. Este sitio está muy bien, caballero. No está a la par de un Holiday Inn, pero me encanta –tocó su hombro y eso acabó con él.

Jed quería ser fuerte. Anhelaba seguir siendo fuerte, pero estaba demasiado cansado.

Necesitaba ayuda. Necesitaba a Annie.

Se dio la vuelta y, con Pia entre ambos, envolvió a Annie en un fuerte abrazo.

Ella le devolvió el abrazo lo mejor que pudo. Estuvieron largo rato allí parados, sin hablar, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

Annie le hacía mucho bien.

Justo cuando creía saber lo que iba a decir, ella decía lo contrario. Cuando pensaba que iba a regañarlo por no abrirse, ella lo acercaba a su corazón obligándolo a abrirse, quisiera o no, al menos hacia sí mismo. Y eso era maravilloso.

A Annie no parecía importarle cómo solucionara sus problemas. Solo quería que los solucionase y volviera con ella después.

Tenía la sensación de conocerla de toda la vida, y solo habían pasado unos días.

No sabía dónde iba a encontrar valor para decirle que tendría que dejar de verla cuando volvieran a casa. Se había convertido en una adicción a la que tenía que poner fin.

Él no le convenía. Siempre quería controlar y no siempre lo conseguía.

Annie estaría mejor sin él.

Lo malo era que tenía la sensación de que, sin ella, él tal vez nunca volvería a estar bien.

Capítulo 9

–Uff –Annie entró con los últimos paquetes de pañales y toallitas húmedas.

Cuando salían del pueblo, Jed la había acusado de comprar demasiadas cosas para los bebés, pero como iban a pasar la noche a muchos kilómetros de una tienda, ella había preferido errar por exceso.

–¿Eso es todo? –preguntó Jed desde el porche, frotándose las lumbares. Acababa de dejar en el suelo una caja de latas de leche maternizada.

Las criaturas que daban cuenta de toda esa leche estaban dentro, disfrutando de una siesta.

–Eso creo –dijo Annie–. Oh, faltan nuestras cosas. ¿Quieres que vaya por ellas?

–No. Yo me encargaré.

Mientras él iba a la furgoneta, Annie apoyó las manos en la barandilla del porche y disfrutó del aire con aroma a pino que acariciaba sus mejillas.

Era un lugar bellísimo.

Aunque solo eran las seis, la sombra de la montaña empezaba a oscurecer el valle, creando la ilusión de que era más tarde. Hora de encender el fuego en el hogar. Hora de tostar malvaviscos y contar historias.

La cabaña y su entorno eran algo mágico. Parecían salidos de una era más inocente, como las viejas películas de Doris Day y Rock Hudson, en las que un problema era que un golpe de viento se llevara un sombrero.

Suspiró, deseando que las cosas fueran menos complicadas. Jed seguía preocupado por Patti. Pero ¿qué preocupaba a Patti? Si Annie fuera Patti, habría pensado mucho allí arriba. Tragó saliva.

Nunca se había sentido tan impotente como cuando estaba junto al lago y había percibido que Jed derramaba su alma. El hombre se reconcomía por dentro y no sabía cómo ayudarlo.

Tal vez por eso se llevaba tan bien con los bebés. Cuando lloraban, la solución era básica.

Querían que los limpiaran. Que los alimentaran. O que los tuvieran en brazos.

Los hombres, sin embargo, eran un misterio. Cierto que Jed y ella habían compartido unos besos maravillosos, pero el momento junto al lago había sido mucho más íntimo.

Durante un instante, cuando se había vuelto hacia ella buscando su consuelo, había estado emocionalmente desnudo. Ella había anhelado ayudarlo, pero no había sabido cómo.

–Esto es lo último –dijo Jed, dejando los bolsos de viaje en el suelo del porche.

–Parece que la luz de dentro del coche está encendida. ¿Voy a mirar?

–No, creo que es un reflejo del sol –dijo él, tras echar un vistazo a la furgoneta.

Annie deseó preguntarle si se encontraba mejor, pero no tuvo valor para hacerlo.

–¿Qué tenemos para cenar? –preguntó Jed.

Ella parpadeó para evitar las lágrimas.

Por lo visto, así iban a ser las cosas. Él simularía que antes no había ocurrido nada y, como ella no podía soportar ver una repetición de su dolor tan pronto, le permitiría fingir.

De momento. Pero no para siempre.

–¿Para cenar? –Annie, pensando que ambos podían jugar a hacerse los locos, al menos esa noche, sonrió de oreja a oreja–. Cenar. ¿Qué te parece Buena sorpresa enlatada de primero y Comida rancia de carretera de segundo?

–Suena bien –dijo él, abrazándola.

Ella apoyó la mejilla en su pecho y escuchó los latidos de su corazón.

Se preguntó qué estaba ocurriendo entre ellos. Y a qué se debía su fascinación por ese hombre.

Apenas lo conocía y, sin embargo, tenía la sensación de conocerlo desde siempre.

Jed le tocó el pelo y a ella se le cerró la garganta por la ternura de su caricia. Deseó que su vida pudiera ser distinta. Que el amor fuera diferente. Que ninguno de ellos tuviera que sufrir.

La mezcla de placer y dolor era devastadora y Annie lo abrazó con todas sus fuerzas.

–No habría podido hacer esto sin ti –dijo él–. ¿Cómo puedo agradecértelo?

–Acabas de hacerlo –alzó la vista hacia él, con los ojos húmedos y una sonrisa en los labios.

–Cuéntamelo –dijo Jed varias horas después, ante el fuego–. ¿Dónde aprendiste a idear una comida como esa partiendo de la nada?

Annie, con los ojos en blanco, puso calcetines limpios a cada bebé.

–No eran más que judías guisadas y jamón enlatado. Mi abuela me enseñó el truco ese de machacar las patatas fritas.

–Ya, bueno… –haciéndose cargo del siguiente bebé de la cadena, metió las piernas y los bracitos de Pia en el suave pijama de color rosa–. La siguiente vez que la veas, dile que me ha gustado.

–Lo haré –acunó a Richard contra su cuerpo y lo besó encima de la oreja–. Eres adorable. ¿Tienes idea de lo rompecorazones que vas a ser?

–Ya me lo imagino –dijo Jed–. Recibiremos una llamada de su profesora de primero y nos dirá que se pasa el recreo persiguiendo a las chicas.

–¿Quieres decir que la llamada la recibirán Patti y Howie? –apuntó Annie.

–Eso es lo que he dicho, ¿no?

Estaba tan bella con el pelo iluminado por la luz del fuego que le hizo desear tener su propia familia. Su propia esposa, que nunca huiría como había hecho su voluble hermana. Annie sería una madre fantástica. Sería buena en todo.

–¿Tienes idea de cuánto me apetece besarte? –preguntó él.

Ella, con ojos luminosos y cálidos, negó con la cabeza.

–¿Qué crees que deberíamos hacer al respecto? –insistió él, acariciando uno de sus rizos.

–Deja de hacer el tonto. Aún tenemos que acostar a estos tres.

–¿Y? ¿Qué tiene eso de difícil?

–¿Crees que se dormirán por arte de magia?

–Está permitido soñar, ¿no? –dijo Jed. Él había soñado con cómo podría ser su vida si Annie viviera en su casa en vez de en la de al lado.

–Siempre me han gustado los sueños.

Juntos, silenciosos y eficientes, como si fueran un viejo matrimonio bien avenido, Jed y Annie colocaron a los bebés en el parque infantil que él había sacado de la parte trasera de la furgoneta.

–Son perfectos, ¿verdad? –comentó ella, tocándole la mano con timidez.

Habían preparado una cuna temporal en un rincón del dormitorio, a oscuras excepto por la luz de la luna que caía sobre

los tres angelitos.

–¿Crees que tendrán suficiente calor? –Annie se estremeció.

–¿Te han dicho alguna vez que te preocupas demasiado?

–Sí, pero…

Jed la calló con un beso.

Nada excesivo. Solo quería mostrarle cuánto le apetecía que pasaran juntos el resto de la noche.

Ella gruñó y sentir la vibración contra su pecho le hizo perder el control. Mandó al infierno el autocontrol que había intentado mantener.

La quería y necesitaba, ya. Y lo alegraba mucho que ella sintiera lo mismo.

Aún de la mano, Annie lo condujo al salón, directo hacia la chimenea, y más allá.

–¿Qué haces con ese juego de Palabras cruzadas? –preguntó Jed al verla bajarlo de una estantería–. Pensé que íbamos a retozar un poco.

–¿De dónde has sacado esa idea?

–Bueno, como acabamos de besarnos ahí dentro, he supuesto que…

–Ese es tu mayor problema, Jed –le puso un dedo en los labios–. Puede que yo me preocupe demasiado, pero tu supones demasiado.

–Imposible, «muzjiks» no es una palabra.

–Claro que sí –le aseguró Annie–. Es una variación de plural de m-u-z-h-i-k.

–¿Y eso qué es?

–Un campesino ruso –sonrió ella.

–Ya. Tendría que haberlo sabido.

–Ciento veintiocho puntos.

–Me rindo.

–Pero si aún no has escrito tu primera palabra.

–Y ya llevo tanta desventaja que es imposible que te alcance. ¿Hay mejor razón para rendirse?

–¿Y tu espíritu de competición? Mi abuela y yo jugamos a esto todo el tiempo. Pero ella es tan buena que tengo que estudiar el diccionario en el descanso del almuerzo.

–¿Y ahora la ganas? –preguntó él.

–Ojalá –Annie se rio–. Nunca la he ganado.

–¿Tu abuela ha participado en algún torneo? –suspiró y formó la palabra «zumbado».

–Antes de que le fallara la cadera, era campeona del estado de Oklahoma. Pero no creo que haya jugado mucho desde su operación.

–¿Y eso en qué te convierte? ¿En una aprovechada que atrapa a inocentes como yo en partidas de…?

–¡Ja! –estuvo a punto de atragantarse con el cacao que estaba bebiendo–. A ver si te he entendido bien. Tú, Don Besa Maestras Indefensas en el estómago de una vaca de latas, ¿te atreves a llamarte inocente?

Él esbozó una sonrisa que la dejó sin aliento. ¿Había algún hombre más guapo en el mundo? ¿Un hombre al que deseara besar tanto como a él? Era un chico travieso y un hombre fuerte y duro al mismo tiempo. Aunque no debía, anhelaba volver a saborear sus labios.

Jugaron cinco turnos más cada uno, y con cada nueva palabra la confusión de Annie aumentaba. Se preguntaba qué estaba haciendo. No sabía si estaba bromeando o flirteando. Quizás el aire fresco y limpio de la montaña fuera lo que le había hecho olvidar sus votos de alejarse de los hombres, y más en concreto de uno tan supuestamente perfecto como Jed.

Planeaban volver directos a casa por la mañana. Cuando llegaran, seguramente ella recuperaría el buen juicio, pero hasta entonces, estaba cansada de ser buena. Estaba cansada de jugar a Palabras cruzadas. Harta de simular que Jed no le parecía increíblemente atractivo.

Pero, por cansada que estuviera, no podía olvidar que estaba intentando reparar su corazón herido. Ni que, aunque luchara contra ello, lo que sentía por Jed era más de lo que nunca había sentido por Conner o por Troy.

Era un buena razón para irse a dormir lo antes posible. Simuló un bostezo.

–Estoy agotada. Es hora de irse a la cama.

–Sí, pero hay un problema.

–¿Cuál?

–¿Has olvidado que solo hay una cama?

–Úsala tú. No me importa dormir en el sofá.

–A mí sí me importa. ¿Por qué no compartimos la cama?

Ella dobló el tablero de juego y guardó las fichas de las letras en su bolsa de plástico.

–¿Crees que es buena idea?

–¿Qué pasa? –preguntó él–. ¿No te fías de mí?

Annie se fiaba de él, pero no estaba segura de poder fiarse de sí

misma. ¿Y si cambiaba de postura durante la noche y acababa acurrucada contra él, sintiendo su calor y su fuerza?

–Venga –dijo él, poniendo la pantalla protectora ante el fuego casi apagado. Después, le ofreció la ma-no–. Vamos a dormir.

No por primera vez ese día, o esa semana, Annie se dejó llevar por su corazón en vez de por su cerebro. Entrelazó los dedos con los de Jed y dejó que la condujera a la cama.

–Levanta, dormilona.

–¿Ya? –Annie bostezó.

–Los bebés llevan horas arriba –Jed se rio y le besó la frente–. Han comido, están cambiados y el equipaje está hecho. La furgoneta te espera.

–¿Por qué no me has despertado?

Él pasó un dedo por su mejilla con tanta suavidad que casi fue como si no la tocara.

Annie abrazó la almohada de plumas y recordó la maravillosa noche que había pasado acurrucada contra él. Si se hubieran conocido en otro tiempo y en otras circunstancias, quizá seguiría en la cama con ella.

–Estabas tan relajada que decidí dejarte dormir.

A Annie le rujió el estómago. Se puso las manos encima y se sonrojó.

–Supongo que no habrás traído el desayuno.

–Lo siento –le acercó un plato con los restos del guirlache que habían comprado en la vaca–. Esto es lo único que hay, a no ser que te apetezcan judías con tomate. Si es el caso, abriré una lata.

–Me gusta desayunar dulce. Simularé que eso es una galleta crujiente.

–Me gusta tu espíritu –Jed empezó a plegar el parque de juegos, con poco tino.

–Deja que te ayude –dijo Annie, saliendo de debajo del ligero edredón de plumas que los había protegido del frescor nocturno.

En menos de un minuto, dobló el parque y lo guardó en su bolsa.

–Te encanta hacerme quedar como un tonto, ¿verdad? –Jed se cruzó de brazos.

–No se lo contaré a nadie –le guiñó un ojo, agarró su neceser y fue hacia el cuarto de baño.

Cinco minutos después, se había recogido el pelo en una cola de caballo, cepillado los dientes, lavado la cara y puesto unos

pantalones cortos, una sudadera universitaria y un sombrero.

Volvió a la sala y se puso la cazadora.

–¿Dónde están los bebés? –le preguntó a Jed, que estaba junto a la puerta–. Ni siquiera les he dado un abrazo esta mañana.

–Ya están en sus asientos en el coche. Tengo que admitir que tengo prisa por llegar a casa.

–Apuesto a que cuando lleguemos, Patti será quien esté allí preocupada por vosotros.

–Espero que tengas razón –inspiró con fuerza–. No es que quiera que se preocupe, pero…

–Lo sé –lo interrumpió ella.

La sala parecía triste con los estores bajados y las fundas contra el polvo de nuevo en el sofá y los sillones. Era asombroso que la noche anterior hubiera parecido tan acogedora.

–Parece que ya lo has hecho todo –dijo Annie–. ¿Quieres que quite las sábanas de la cama? Sería mejor no dejarlas puestas usadas.

–Las quité mientras estabas en el baño.

–Vale –echó un último vistazo a la idílica cabaña–. Indirecta captada. Vámonos.

Él puso la mano en su cintura y la guió hacia fuera. Ella intentó mantener la compostura.

Aunque apenas conocía a ese hombre y no tenía vínculos emocionales con la desvencijada cabaña, Annie sabía que no podría olvidar el tiempo que habían compartido.

Cocinar esa extraña mezcla de comida de lata, que había sabido tan bien. Bañar a los bebés uno a uno en el fregadero de porcelana. Reír jugando a Palabras cruzadas. Compartir la vieja cama de hierro fundido y, tal y como había temido, acabar en brazos de Jed durante la noche. Pero en vez de odiarlo, le había gustado. Y tenía el deseo irracional de volver a hacerlo todo otra vez.

Jed le abrió la puerta de la furgoneta. Annie ocupó su asiento y se volvió para darles los buenos días a los adorables bebés que, sonrientes, chupaban sus mordedores.

–Os he echado de menos –les dijo.

–Créeme –dijo Jed–. Ellos también a ti. Creía que nunca iba a acabar de cambiarles los pañales. Cada vez que estaba a punto de acabar, uno de los chicos, Richard, volvía a ensuciarse.

–¿Está malito? –Annie se quitó las deportivas y apoyó los pies en el salpicadero.

–Si me estás preguntando si tenía diarrea, a mí me ha parecido que su caca era normal.

–Eso está bien.

–Ya te digo. Lo último que necesitamos es un bebé enfermo –metió la llave en el arranque–. ¿Estás lista?

–Vamos a buscar a tu hermana –dijo ella.

Por lo visto, la furgoneta tenía otras ideas. En vez de arrancar, el motor dio un par de chasquidos y se paró.

–Maldición –Jed golpeó el volante con la mano.

–¿Qué ocurre?

–¿Recuerdas que ayer dijiste que parecía que la luz interior estaba encendida? –Jed gruñó.

–Sí.

–Pues me temo que tenías razón.

Capítulo 10

–El sheriff Franklin al aparato –dijo un hombre. Se oía mucho ruido de estática en la línea.

–Ditch. ¡Gracias a Dios que te he encontrado!

–¿Patti Schmatti?

–Ahora me llaman Patricia, gracias –dijo ella.

–Tan irritable como siempre, ya veo –se rio.

–Sí, y si me vieras sabrías que llamo por algo serio. Jed ha desaparecido. Y tiene a mis bebés.

–Patti, Jed no ha desaparecido –Ditch se rio–. Te está buscando. Me pidió que comprobara si estabas en la cabaña. Llamé para decirle que no, pero adivino que decidió solucionar las cosas a su manera.

Mientras tocaba las perlas que rodeaban su cuello, Patti le contó lo que le había ocurrido a Howie, y que había mejorado tanto en las últimas veinticuatro horas que sus médicos pensaban darle el alta pasados unos días.

–Te juro que a veces ahogaría a Jed –dio Patti–. Por favor, ¿puedes ir a la cabaña a ver si está? Y si está… –se imaginó ahogando a su hermano–, dile que lleve a mis bebés a casa de inmediato.

–¿Seguro que llevas bastante para beber?

Jed rechazó la oferta de una segunda botella de agua mineral y besó a Annie en la mejilla.

–Solo hay treinta kilómetros hasta la carretera principal –le dijo por tercera vez–. Una vez allí, algún coche que pase me llevará al pueblo.

–Ten cuidado –dijo ella, acercándose a Pia al pecho, mientras Richard y Ronnie la observaban desde su parque de juegos, instalado temporalmente en el soleado porche delantero.

Al ver que no tenían batería, Jed había estado a punto de tener un ataque. Pero sabía que era el único culpable de ese último desastre.

–Tú también –dijo él–. Lo último que necesitamos es…

–Lo sé, lo sé –Annie se burló de su tono serio–. Lo último que necesitamos es un bebé enfermo o que alguien se haga daño.

–Tienes que controlar esa lengua –replicó él.

–¿Y tú vas a obligarme a hacerlo?

–No me tientes, o me quedaré aquí para siempre, olvidaremos los problemas y viviremos de la tierra.

–Hum –puso el dedo índice sobre sus labios–. Es tentador, excepto porque solo tenemos pañales y leche para uno o dos días, y como no hay ninguna vaca por aquí y yo no soy… –bajó la vista y se sonrojó–. Santo cielo –le dio una palmada en el brazo–. ¿Puedes irte de una vez?

Él se despidió con la mano y emprendió la marcha sobre el escarchado camino de tierra. Aunque veía el vaho de su respiración, entró en calor tras un kilómetro de marcha.

Había recorrido ese camino por diversión cuando era un niño, pero ya no era tan fácil.

No sabía por qué no había hecho caso a Annie cuando comentó lo de la luz. Se suponía que él era quien tenía que controlar las cosas.

Jed no se había sentido tan fuera de control desde la noche en que su hermano había muerto en el incendio y no había podido salvarlo.

Se preguntó qué clase de persona era para desear quedarse en la montaña con tres adorables bebés y una bella mujer cuando Patti podía estar metida en problemas.

Sin querer contestar a sus propias preguntas, decidió centrarse en el aroma de los pinos y en poner un pie detrás del otro. Tenía que llegar a la carretera, después se preocuparía por Patti. Y después se preocuparía de por qué no era lo bastante bueno para Annie. Y de que no era lo bastante fuerte para dejarla marchar.

Aunque nunca hubiera sido suya.

La deseaba.

Y no solo en el sentido sexual.

Desde que la conocía, por primera vez en muchos años, había pensado en lo que quería hacer con el resto de su vida.

No quería seguir soltero toda la vida, pero con otras mujeres no había sido capaz de moderar la bestia controladora que albergaba en su interior.

Obviamente, esa característica suya no suponía un problema insalvable para Annie, y eso le hacía pensar que, aunque no se la mereciera, ella lo consideraba redimible.

Saber que podría haber luz al final del largo túnel hizo que

acelerara el paso. Cuanto antes llegara al pueblo, antes volvería con Annie.

Pero del dicho al hecho hay mucho trecho.

Ya fuera por la altitud, o porque no estaba tan en forma como en otros tiempos, Jed se sentía a punto de derrumbarse. Tal vez no había sido buena idea correr para ganar tiempo.

Además, había tropezado y dejado caer la botella de agua contra una roca puntiaguda que había pinchado el plástico. Aunque nunca lo admitiría ante ella, Annie había tenido razón. Tendría que haberse llevado dos botellas.

Estaba doblado por la cintura, con las manos apoyadas en las rodillas, cuando oyó el mejor sonido del mundo: el de un motor que iba hacia él.

Alzó la vista y vio el coche patrulla de su buen amigo Ditch. Dio gracias al cielo.

–¿Jed? –gritó Ditch por la ventanilla–. ¿Qué diablos estás haciendo?

–¿A ti qué te parece que hago?

–Tener un infarto junto al arcén –Ditch soltó una carcajada–. Sube.

–Gracias –Jed subió al asiento del pasajero.

–¿Quieres una? –Ditch sacó una lata de refresco de uva de una neverita portátil.

–¿Sigues bebiendo esa porquería?

–¿No la quieres? –Ditch apartó la lata.

–Claro que sí –Jed abrió la lata–. Ahora mismo, sería capaz de beber aceite de motor si estuviera frío –se bebió media lata de un trago–. Es una suerte haberme encontrado contigo. ¿Qué haces aquí arriba?

–No es suerte –Ditch arrancó y puso rumbo hacia la cabaña–. Hablé con Patti esta mañana.

–¿Mi hermana Patti? –Jed se atragantó.

–Esa misma.

–¿Te dijo por un casual adónde había huido para que vaya a buscarla y le…?

–Eh, amigo. Tranquilo. No es lo que tú crees.

–Se marcha y deja a sus niños como si…

–Calla. Te he dicho que no es lo que piensas.

–¿Y qué es? ¿Se ha ido con otro hombre?

–Está en el hospital.

–¿Qué ha ocurrido? –a Jed se le encogió el estómago–. ¿Está bien?

–No es ella, es Howie. Quería adelantar una de sus citas para ganar tiempo, pero se quedó dormido al volante y chocó contra un roble. Patti dice que intentó llamarte y no estabas. Luego ocurrió algo con las líneas telefónicas del hospital. El caso es que está a salvo y Howie está mejor. Ha estado loca de preocupación por los bebés –Ditch miró a Jed con fijeza–. Mira, conociendo la reputación de Patti, me tomé la libertad de llamar a Ferris, tu colega de Pecan, y la historia coincide. Ha estado intentado localizarte desde que encontró tu camioneta en el aeropuerto de Tulsa. Jed, Patti no miente, no estaba huyendo.

Jed se llevó la mano a la frente.

No podía ser que estuviera ocurriendo eso.

No podía haber metido la pata de esa manera.

Golpeó la cabeza contra la ventanilla.

–Deja que lo adivine –Ditch se reía con tanta fuerza que se ahogaba–. Tenías que encontrarla tú, ¿no es eso? No podías confiar en que lo hiciera otra persona, ¿verdad?

Jed oyó a su supuesto amigo aullar de risa.

–Bueno, al menos te he visto. Hacía mucho que no venías. Marthe se pondrá contentísima, tendrás que dejar que cocine para ti esta noche. Sabes cuánto le gusta dar de comer al personal.

–No he venido hasta aquí solo –dijo Jed. Le dolía la cabeza de puro remordimiento.

–Los bebés también están invitados, claro. Marthe preferirá verlos a ellos que a nosotros.

–Hay alguien más –dijo Jed.

–¿Ah, sí? –su amigo lo miró de reojo–. ¿Quién? ¿Contrataste a una abuelita para que te ayudara con los trillizos?

–Se llama Annie. Es una vecina.

–¿Una vecina tipo abuelita, o tipo tía buena?

«Tipo tía buena. Muy buena», pensó Jed.

–Solo una vecina –se encogió de hombros.

–Esa clase de vecina, ¿eh? –Ditch volvió a carcajearse–. Por fin vamos tener un poco de diversión por aquí. Nosotros llevaremos la comida.

Marthe, la nueva amiga de Annie, apoyó los pies en la barandilla del porche y suspiró.

–Es un gusto tener a Jed por aquí. Ditch nunca se ofrece

voluntario a fregar los cacharros.

–¿No? –Annie tomó un sorbo de vino de melocotón. Marthe tenía indigestión y estaba bebiendo gaseosa de limón.

–Yo diría que pretende impresionarte –comentó Marthe.

–No, Jed solo está siendo educado.

–Te creía más lista –Marthe le dio una palmadita en la rodilla–. Conozco a Jed de toda la vida y nunca le han gustado las tareas del hogar. ¡Billy! –le gritó a su hijo de siete años–. ¡Baja de ahí ahora mismo!

El niño no obedeció.

–Disculpa. Tengo que ponerme seria o se caerá y pasaremos el resto de la noche en urgencias.

Marthe bajó del porche y fue a por su hijo. Annie tomó otro sorbo de vino.

No creía que Jed se hubiera ofrecido a recoger después de la cena para impresionarla. Intentaba compensarla por arrastrarla hasta allí arriba para nada. Jed no sabía que hacía años que ella no disfrutaba tanto. Tras saber que Patti y su marido estaban bien, habían pasado un gran día.

Pronto emprenderían el regreso a casa.

Empezaría su nuevo trabajo y pasaría las tardes redecorando en vez de escuchando la risa de Jed, que en ese momento resonaba en la casa.

Era un sonido delicioso.

Toda la noche había estado llena de risas y por fin había visto el lado juguetón de la personalidad de Jed. Se preguntaba si era siempre así, o si se trataba de un subidón de adrenalina provocado por saber que su hermana estaba bien.

Marthe volvió al porche seguida por Billy.

–Entra y no salgas hasta que te dé permiso.

–Pero mamá, yo…

–Ahora –Marthe apoyó las manos en las caderas–. Ya tengo dolor de estómago. Lo último que necesito es discutir contigo.

El niño bajó la barbilla y obedeció.

Marthe le guiñó un ojo a Annie.

–Ditch es muy relajado con la disciplina. Siempre acabo haciendo yo el papel de mala.

–Pues yo creo que tus hijos se portan muy bien. Sobre todo Kayla. Es increíble cómo ha cuidado de los bebés toda la noche.

–Sí, adora a los pequeñines. Ditch y yo hemos pensado en tener más, pero ya nos cuesta esfuerzo vestir y alimentar a estos dos. No sé cómo nos apañaremos cuando vayan a la universidad. ¿Habéis

hablado Jed y tú de tener hijos?

Annie se alegró de no estar bebiendo cuando oyó la pregunta, porque se habría atragantado.

–Apenas nos conocemos. Solo somos vecinos.

–Puede. Pero tengo un sexto sentido sobre estas cosas. Tenéis un largo camino por delante.

Annie, prefirió no discutir y dejar que pensara lo que quisiera. Aunque Marthe tuviera un sexto sentido, ella tenía un gran sentido de la realidad.

–Necesito un masaje tras todo ese trabajo –dijo Ditch saliendo al porche. Jed lo seguía.

–¿Es una indirecta? –Marthe sonrió a su marido con indulgencia. Se puso en pie, le dio la mano e hizo que se sentara en su sitio.

Empezó a masajearle los hombros y el cuello. Ditch cerró los ojos y emitió un gemido.

Annie se dio la vuelta. La escena le pareció demasiado íntima. Parecían tan enamorados que casi le dolía mirarlos.

Quería tener lo mismo que ellos.

Jed se situó detrás de Annie y ella fue consciente de su volumen. Olía a lavavajillas de limón y a la salsa barbacoa de Marthe.

–¿Necesitas un masaje? –se inclinó hacia ella, cosquilleándola con su aliento. Ella se estremeció–. ¿Tienes frío?

Annie no tenía frío. Simplemente, era muy consciente del placer que sentía con su mera presencia. Le habría gustado no dudar de sus intenciones, tener el coraje de preguntarle si era cierto que quería salir con ella cuando volvieran a casa. También se preguntaba qué ocurriría si no esperaban tanto y esa misma noche, en la cabaña, él la besara largo y tendido.

–¡Mamá! –gritó Billy–. ¿Puedo salir ya?

–Vaya –Marthe se rio.

–Serías una policía pésima –bromeó su marido–. Imagínate si trataras a los prisioneros tan mal como a nuestros pobres hijos.

–Ya, claro –le dio un coscorrón en la cabeza pelirroja–. Como si los niños y yo no hubiéramos pasado toda la tarde decorando galletas para el desfile del Día de la Nación. Y ayer llevé a ese diablillo hasta Denver para comprarle la camiseta de su equipo de béisbol –fue hacia la puerta.

–Cuidado, Jed –rio Ditch–. Protege tu soltería por encima de todo. O acabarás como yo, arruinado y agotado.

–Lo tendré en mente –Jed rio también.

–¿Mamá? –Kayla asaltó a Marthe en la puerta–. ¿Podemos quedarnos los bebés hoy, porfa? Serán buenos y prometo cuidarlos.

Hailey podría venir y ayudarme. Así practicaremos para cuando nos dejen cuidar niños en el pueblo.

–Me parece bien –dijo Marthe–, pero tendrás que pedírselo a Jed. Es su papá temporal.

Kayla se volvió hacia Jed y lo encandiló con una dulce sonrisa y sus enormes ojos marrones.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –preguntó él–. Dan mucho trabajo.

La niña asintió con solemnidad.

–Ahora que ya no hay prisa, os iría bien una buena noche de descanso antes del viaje –Marthe les guiñó un ojo–. Podemos llevarnos la furgoneta y dejaros el coche. Pararemos en la tienda de camino, para comprar pañales y comida. Así mañana solo tendréis que pasar por casa, recoger a los trillizos y poneros en marcha.

–Parece un buen plan, pero sigo diciendo que es mucho trabajo –Jed se rascó la cabeza–. ¿Qué opinas tú, Annie?

Annie tragó saliva.

«¿Qué pienso? Pienso que una noche a solas contigo en este entorno tan romántico podría ser peligroso».

–¿No sería mejor que los trillizos se quedaran aquí? Tienen montones de cosas –dijo.

–Menos mal que Kayla y yo hemos traído a nuestros hombres –dijo Marthe–. Billy, Ditch, ayudarnos a sacar las cosas de los bebés y a cargar la furgoneta.

Capítulo 11

–Han sido muy amables –dijo Annie, tras despedirse de todos. Llevó la taza que había utilizado Billy al fregadero.

–Sí. Ditch y Marthe son buena gente –movió la cabeza–. Los niños han crecido muchísimo.

–Kayla es un encanto.

Abrió el grifo y fregó la taza bajo el agua. Segundos después, estaba seca y guardada en el armario con las demás y Annie no supo qué hacer con las manos.

Jed se inclinó para recoger una servilleta de papel del suelo. La metió en la bolsa de la basura.

–Es un poco raro estar sin los bebés, ¿no?

«Sí», pensó Annie con tristeza. «Solo hay que vernos».

Sin los trillizos, no tenían nada en común. Nada de lo que hablar. Quizás eso significaba que no estaban destinados a ser más que amigos.

–Deja que reformule eso –Jed soltó una risita–. Es raro en el buen sentido. Nunca tenemos oportunidad de acabar una conversación con mis sobrinos presentes. Por ejemplo, esta tarde, cuando me estabas contando tus planes de decorar tu nueva aula como una gigantesca escena submarina. Iba a decirte que me encantaba la idea cuando Ronnie nos interrumpió a berrido limpio.

–¿En serio? –Annie ocupó una mano tocando uno de sus rizos–. Pensé que no se te ocurría una forma cortés de decirme que era una idea pésima.

–Diablos, no –apoyó las manos en la encimera–. De hecho, si no te importa, me gustaría ayudar. Soy bastante manitas. Tal vez podría construir uno de esos altillos de lectura que a veces se ven en las guarderías. Podríamos pintarlo para que pareciera una cueva de coral.

–Eso sería genial –dijo Annie, encantada. Cada vez que pensaba en su relación, o carencia de ella, el hombre la sorprendía con un nuevo giro.

–¿Vas a darme la oportunidad de recuperar la honra en Palabras cruzadas? –preguntó Jed, con una sonrisa tan deslumbrante que la dejó sin aire.

–¿Seguro que te atreves? –lo pinchó ella.

–Claro que sí. Anoche ni siquiera me esforcé. Hoy estás perdida.

Una hora después, sentado en el suelo, ante el fuego de la chimenea, Jed emitió un gruñido.

–Por favor, dime que no has vuelto a machacarme.

–Si es lo que quieres oír, te lo diré –Annie, sonriente, guardó las letras en la bolsa–. Pero nunca conseguirás ganarme. Tengo demasiada sangre de mi abuela circulando por las venas.

Él movió la cabeza y luego la sorprendió agarrándole la mano.

–Gracias –le dijo con voz ronca.

–¿Por qué? –apretó su mano suavemente y luego se soltó para guardar el tablero en la caja.

–Por hacerme olvidar, al menos esta última hora, lo increíblemente imbécil que he sido.

–Yo no diría tanto –ella hizo una mueca–. Te has preocupado en exceso, pero no has sido un imbécil. Quieres a tu hermana. Y por ese amor has puesto tu vida en suspenso para buscarla. ¿Qué tiene eso de malo?

–¿Te han dicho alguna vez que eres tan buena que pareces increíble?

–No. Pero sí que me ocupe de mis asuntos y me busque una vida propia. En mi anterior trabajo, mis colegas se cansaron de que opinara sobre su relación con sus maridos y la educación de sus hijos cuando yo no tenía una cosa ni otra.

El saber tanto sobre Jed pero no haberle contado apenas nada sobre su pasado le remordía la conciencia. Se merecía saberlo todo. Pero no podía abrirse del todo. Aún no.

Jed le agarró la mano, la alzó y depositó un beso en el centro de la palma. Ella se estremeció.

–¿Alguna vez piensas en tener hijos, o un marido? –preguntó él.

Annie, turbada al sentir la calidez de su aliento, asintió.

–Me parecería muy triste pasar el resto de mi vida sola.

–¿Con qué tipo de hombres sales?

–¿Qué es esto? –sonrió–. ¿La Cita Inquisición?

–Disculpa. Supongo que es mi atolondrada manera de preguntarte si soy tu tipo.

–¡Para!

–¿El qué?

–Deja de hacerte de menos. Para que lo sepas, sí. Algunas veces en este viaje, sobre todo en restaurantes de comida rápida poco higiénicos, has sido dominante. Pero aparte de eso, me has parecido considerado, amable y… –calló antes de añadir «endiabladamente guapo» a la lista.

Se pasó los dedos por su frente para alisarla.

–Déjalo ir, Jed. Sea lo que sea que te preocupa de Patti, olvídalo. Noto que aún te reconcome por dentro.

–De eso se trata –dijo él, apoyando la espalda en el sofá y clavando la vista en el fuego–. A veces temo que mi compulsión de controlarlo todo sea lo único que tengo. ¿Recuerdas que te conté que nuestra casa se incendió cuando era un niño?

–Sí –dijo ella con voz queda.

–El dormitorio de mis padres estaba frente a la escalera. Luego iban el de Patti y el mío; el de mi hermanito Ronnie estaba al final del pasillo. Para cuando mamá agarró a Patti, tosía tanto que apenas podía respirar. Papá le gritó que saliera. Luego fue a por mí y me sacó de la mano. Había nevado y aún recuerdo el frío del suelo mojándome los calcetines.

–Oh, Jed –Annie se llevó la mano a la boca–. Lo siento mucho.

–Eso no es nada –soltó una risa amarga–. La cosa mejora. Tras dejarme con mamá y con Patti, mi padre volvió a por Ronnie, pero era demasiado tarde. La escalera se había derrumbado. Los bomberos aún no habían llegado, aunque se oían la sirenas en la distancia. Papá corrió al otro lado de la casa a por una escalera de mano para subir hasta la ventana de Ronnie, pero estaba enterrada bajo la nieve. Cavó y cavó, gritando para que fuera a ayudarlo. Hice cuanto pude, pero no bastó.

Jed empezó a llorar.

Las lágrimas no lo habían ayudado aquella noche y tampoco lo ayudaron en ese momento.

–Yo esperaba oír a mi hermanito llorar. Solo tenía cuatro años y lloraba mucho. Pero solo oía el aullido de las sirenas. Cuando llegaron los bomberos y entraron por la ventana del dormitorio de Ronnie, estaba muerto. Lo mató el humo, no el fuego. Yo me quedé allí de pie, mirando. Mi padre preguntó «¿Por qué no me ayudaste a cavar, Jed? ¿Por qué no cavaste más?»

Annie se sentó en el suelo, junto a él, y lo rodeó con un brazo.

–Fue horrible que dijera eso. Pero sabes que tu padre no lo decía en serio. Debía de estar loco de dolor.

–Sí, eso dijo después, cuando mamá le gritó, pero ya era tarde. Nada volvió a ser igual. La casa en la que había pasado toda mi vida había desaparecido, junto con los recuerdos de los buenos tiempos. Mi padre empezó a beber. El asma de mi madre empeoró. Empecé a ayudar en casa, cada vez más, hasta que me sentí como si yo fuera el progenitor y mis padres los hijos. Diablos, puede que una parte de mí sintiera cierto alivio la noche que murieron. ¿Se puede ser

más horrible? Pero al menos pude dejar de excusarlos ante Patti. Solía decirle que papá estaba demasiado enfermo para ir a ver sus partidos de balonmano, cuando en realidad estaba borracho. A él ni siquiera le decía que tenía partido, por miedo a que la avergonzara ante sus amigos. Y mamá podría haber intentado mejorar, pero no se tomaba la medicina. Yo quería arreglarlo todo. A ellos. A mí. Hacer que todo volviera a ser agradable y feliz. Como antes de que muriera Ronnie.

Enterró el rostro entre las manos e hizo una pausa para serenarse.

–Pensé que, si trabajaba muy duro, conseguiría doblegar la vida a mi manera. Durante un tiempo, con Patti, funcionó. Pero todo se estropeó cuando llegó a la adolescencia. Yo no era su padre. Era el tipo que le impedía hacer lo que ella quería. Cuanto más intentaba controlarla, más se descontrolaba. Por eso he venido hasta aquí. Tenía que arrastrarla de vuelta, o al menos intentarlo. Solo así puedo mantener la cordura.

Annie suspiró y lo abrazó con fuerza.

–Lo siento –dijo, acariciándole el pelo–. Lo siento muchísimo.

–No te lo he contado para que darte lástima–dijo él–. Puedo soportarlo todo. Solo necesito un respiro, ¿sabes? Tiempo para tomar aire.

–Lo sé, Jed, lo sé –tomó su rostro entre las manos y besó su frente, sus mejillas y su nariz–. Pero tienes que darte cuenta de que Patti es una mujer hecha y derecha, no una adolescente. Por mucho que lo intentes no puedes controlarla, igual que no puedes controlar el clima o que una rueda se pinche –le apartó el pelo de la frente–. Cuando entiendas que nadie, ni siquiera un hombre tan fuerte como tú, puede controlar todos los aspectos de su vida, tal vez consigas doblegar tu miedo a perder el control.

–Ojalá fuera tan fácil –rezongó Jed–. ¿Crees que no lo he intentado?

–Escucha –dijo ella, escrutando su rostro manchado de lágrimas–. Hagamos un experimento: intenta controlarme como controlas todos los demás aspectos de tu vida.

–No entiendo lo que quieres decir –movió la cabeza–. No te haría eso. No podría. Te respeto demasiado.

–Me alegra oírlo –dijo ella con una sonrisa trémula. Sus ojos se humedecieron por miedo a perder el valor y no seguir con la barbaridad que se le había ocurrido–. Porque si intentas detenerme, no lo pasaremos ni la mitad de bien.

Se desabrochó el primer botón de la blusa y luego el siguiente, y

el siguiente.

–Annie, por favor –gimió él–. No sabes lo que estás haciendo. No te he contado esto para que me considerases digno de tu caridad.

Ella lo calló apretando los labios contra los de él. Lo obligó a abrir la boca y mordisqueó su lengua. Estaba desabotonándose el resto de la blusa cuando él puso la mano sobre la suya.

Al principio creyó que iba a ayudarla, pero luego se dio cuenta de que pretendía pararla.

–Buen chico –murmuró.

–¿Disculpa?

–Acabas de darme la razón. El experimento ha fracasado. Quiero hacer el amor contigo, Jed. Por mucho que lo intentes, eso no puedes controlarlo.

–¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

–¿No quieres que me aproveche de ti?

–No he dicho eso –por primera vez en un largo rato, sonrió–. Es solo que no estoy acostumbrado a que una mujer tome la iniciativa.

–Ya, bueno, pues acostúmbrate. Me cuesta creer estar admitiendo esto, Jed Hale, pero desde el primer momento en que te vi, no he dejado de pensar en lo fantástico que sería estar en tus brazos. Yo también tengo un pasado. Y en lo profundo de mi ser, algo me dice que solo un hombre tan honorable como tú puede sanarme. Conseguir que vuelva a sentirme completa.

–¿Qué te ocurrió? –preguntó él, tomando su rostro entre las manos.

De repente, ella empezó a reír y a llorar. A besarlo. A enredar los dedos en su cabello.

–Sáname, Jed. Por favor.

Jed no dejó de mirarla excepto en el momento en que se sacó la camiseta por la cabeza.

–Oh, diablos –masculló de repente.

–¿Qué?

–Protección. Es decir, sé que estoy sano, pero no soy de esos que llevan preservativos en la cartera.

–Está bien –dijo ella–. Tomo la píldora, y también estoy sana –se llevó los brazos a la espalda para desabrocharse el sujetador. Cuando sus senos quedaron libres, observó a Jed tragar aire con admiración.

–Si hubiera sabido lo que escondías bajo esas camisetas –dijo él–, habría intentado librarte de ellas hace mucho tiempo.

–Solo hace unos días que nos conocemos.

–Cierto. Unos días de pura agonía –restregó la boca por su

cuello, provocándole unos deliciosos escalofríos–. ¿Crees que no te he deseado? Si no hubiéramos tenido a los hijos de mi hermana, te habría atacado dentro de esa maloliente vaca de latas de cerveza.

–Lo hiciste.

–¿Qué hice?

–Me atacaste.

–¿Te refieres a ese ridículo besito? Nena, eso no fue nada. No te vas a creer lo que tengo reservado para ti.

–Mmm… estoy deseando verlo.

No tuvo que esperar mucho.

Jed se levantó y la llevó al dormitorio en brazos. La dejó en la cama y se tumbó a su lado.

–¿Quieres saber por qué me levanté tan temprano este mañana?

Ella asintió.

–Porque estar tumbado a tu lado me excitaba tanto que estaba a punto de explotar. Era más fácil levantarme que seguir allí, duro como una piedra.

–¿Quieres saber por qué no quería despertarme esta mañana? –preguntó ella. Se sentó sobre su cintura y depositó un ristra de besos en su pecho.

–Diablos, sí, quiero.

–Porque quería acurrucarme junto a ti pero sabía que no debía hacerlo.

–¿Por qué no?

–No estaba segura de si te gustaba yo, o si solo tenías miedo de no poder con los bebés tú solo.

–¿Estás loca? –Jed le dio la vuelta para ponerse encima. Encendió la lámpara de noche–. Quiero que me mires a los ojos mientras digo esto. Annie Harnesberry, eres lo más. Dulce, guapa y divertida. Que se te den bien los niños solo es un plus adicional.

–¿En serio? –preguntó ella, temiendo dar crédito a sus oídos–. ¿Lo dices de verdad?

–Claro. ¿A qué viene esa súbita inseguridad? –jugueteó con uno de sus rizos–. ¿Tiene algo que ver con esos malos tipos con los que solías salir?

Ella asintió.

–Bueno, pues ahora estás conmigo. Y te prometo que no tendrás que volver a preocuparte de nada.

La promesa era otro intento de controlar cosas que estaban fuera de su control, pero, al menos por el momento, Annie optó por ignorar su desliz. Además, era difícil regañarlo cuando sus caricias le estaban robando la capacidad de pensar.

Jed se despertó con un rayo de sol calentándole las piernas y una mujer maravillosa calentándole el torso. Nunca entendería cómo una persona tan pequeña podía acaparar una cama tan grande y todas las mantas, pero no iba a quejarse de ello. Después de la noche que habían compartido, estaba dispuesto a darle cuanto quisiera. Incluido su corazón.

Se frotó el mentón. Solo habían pasado unos días, pero tenía la sensación de estar enamorado.

Arrugó la frente.

Tal vez no fuera así. Pero hasta que lo descubriera, no iba a luchar contra lo que sentía.

Durante más tiempo del que quería recordar, había mostrado una cara alegre a todo el mundo, mientras las travesuras de Patti lo destrozaban por dentro. Pero tras oír la opinión de Annie había comprendido que ya le había dado a su hermana cuanto podía darle.

Eso era suficiente. Patti no había huido abandonando a sus hijos como él había temido. Había ido a cuidar de su marido.

No podía culparla por eso.

La belleza que dormía a su lado se movió.

–Buenos días –dijo, pasando la mano abierta por la curva de su espalda.

–Sí que lo son –ella sonrió.

Era increíble lo que esa mujer podía hacerle con una mera sonrisa. Una parte de él deseaba quedarse allí arriba para siempre, sin darle al mundo exterior la oportunidad de interferir. Otra parte quería ponerle un anillo en la mano izquierda y alardear de ella ante todos sus amigos.

–¿Estoy retrasando el viaje otra vez? –preguntó ella, con voz adormilada y sexy.

–No. Como Patti tardará unos días en volver a casa, no hay prisa. Podemos desayunar las sobras de la cena de Marthe, recoger tranquilamente e ir a por los bebés.

Ella hizo un mohín.

–¿Qué pasa? –preguntó él, pasando el dedo por la curva de sus labios.

–Esperaba que hubiera una repetición.

–¿Ya?

–¿No estás a la altura del reto?

–Eso es un ataque en toda regla –Jed se rio–. Prepárate para ser

deslumbrada.

Mientras esperaba en la cama a que Jed le llevara el desayuno, Annie decidió que lo que acababan de experimentar más que deslumbrante había sido casi milagroso.

Se estiró y bostezó, plenamente satisfecha con el entorno y con su acompañante.

Habían pasado toda una noche y media mañana sin los bebés y se estaban llevando de maravilla. Todas sus dudas de no gustarle por sí misma no eran más que rastros de inseguridad. Bagaje heredado de Conner del que necesitaba liberarse. Y en cuanto a su desastroso matrimonio con Troy, estaba más empeñada que nunca en borrarlo de su mente para siempre.

Esa era una mañana de nuevos principios.

–¿Tienes hambre? –preguntó Jed. Llevaba un plato con restos de costillas y ensalada de patata.

El olor de la salsa de barbacoa de Marthe hizo que el estómago de Annie gruñera.

–Parece que sí –dijo él con una sonrisa.

–Perdona. Parece que estoy más hambrienta de lo que pensaba.

–¿A qué hora sueles desayunar? –preguntó él, dejando el plato a los pies de la cama. Ahuecó las almohadas y la ayudó a incorporarse.

–A las seis. Casi nunca duermo hasta tan tarde.

–Yo tampoco.

–¿Qué sueles desayunar?

–¿Te refieres a si soy de los que desayunan cereales o avena?

–Exacto –dijo ella mientras él ponía el plato en su regazo y agarraba una costilla–. A mí me gustan los panecillos con queso crema. Y los huevos revueltos. Pero, créeme –agarró una costilla–, esto también me gusta.

–Me alegro. Bueno, te dejaré comer en paz.

«Quédate», deseó decir ella. Pero era evidente qué él anhelaba escapar. Aun así, le pareció que tenía que decir algo.

–¿No quieres comer más? No es que quede mucho, pero podemos compartirlo.

–Estoy bien. En serio, tómate tu tiempo. Yo empezaré a hacer el equipaje.

Por lo visto, eso iba a ser todo.

El destino le estaba dando una patadita para recordarle que no se hiciera ilusiones.

Annie perdió el apetito de repente. Miró el plato con ganas de echarse a llorar.

Después de esa noche…

Y de esa mañana…

Jed había sido un amante perfecto. Había satisfecho todas sus necesidades y sus deseos más profundos. No sabía cómo había podido equivocarse tanto con él. Cómo había podido ignorar las señales de advertencia de su mente.

«¿Cómo has podido ser tan estúpida? ¿Es que los nombres Conner y Troy no te dicen nada?», clamó su voz interior.

Jed no se parecía a ellos, pero eso no significaba que fueran a ser una pareja perfecta. Ni que estar con él fuera a abrirle mágicamente la puerta hacia la felicidad.

Si acaso, podría ser justo todo lo contrario.

Capítulo 12

Jed cerró de golpe el armario que había sobre el fregadero.

Maldijo para sí.

No sabía qué demonios le ocurría.

Tendría que estar en el dormitorio con la mujer de sus sueños, compartiendo costillas y besos.

Pero no era lo bastante bueno para ella.

¿Qué podía ofrecerle a una mujer como Annie?

Solo una vida soportando sus muchas neurosis.

Ir en busca de su hermana había sido un desastre. Si hubiera mantenido la calma, en vez de ponerse frenético, no habrían hecho el viaje.

Entonces no habría conocido a Annie excepto como a la vecina que vivía al otro lado del pasadizo. Quizás eso habría sido mejor. Frunció el ceño y siguió con el equipaje.

–¿Seguro que lo tienes todo? –le preguntó Jed a Annie. Se sentó al volante del jeep rojo de Marthe y cerró la puerta.

Annie no estaba nada segura. De hecho, tenía la certeza de estar dejando allí su corazón.

–¿Crees que queda algo dentro de la casa? –preguntó Jed, al ver que ocupaba el asiento pero no cerraba la puerta.

Ella tragó para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta.

Había dejado en la casa el recuerdo de sus besos y sus caricias. La sensación de sentirlo tan dentro que había llegado a olvidar dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el de él.

–No –afirmó. Mientras cerraba la puerta aprovechó para limpiarse las lágrimas sin que la viera–. Estoy lista para volver a la carretera.

Lista para volver a su piso seguro y tranquilo, en el que nadie se introduciría en su vida para luego dejarla avergonzada, confusa y sola.

–Genial –él dio una palmada y se frotó las manos–. Pues en marcha entonces.

Ella se preguntó si sabía que su ansiedad por irse destrozaba la belleza de cuanto habían compartido.

Pronto estaría en casa, donde volvería a lamer sus heridas emocionales. Sola.

–¿Y bien? –preguntó Marthe, guiñándole el ojo. Tenía una taza de café en la mano izquierda y le dio un golpecito a Annie con el codo derecho–. ¿Esas horas a solas han encendido la chispa?

–¿Qué chispa? –preguntó Annie con la esperanza de que Marthe dejara el tema. Sacó a Pia de la trona. La bebé olía a crema y a los cereales que Marthe y Kayla les habían dado a los trillizos para desayunar.

–Oh, venga. Ayer estabais deseando que nos fuéramos. Dime, ¿te besó Jed? Pasó algo más. Venga, chica, cuéntalo todo.

–Lo siento –Annie besó la suave pelusilla de la cabeza de Pia–. Pasamos la noche jugando tranquilamente a Palabras cruzadas.

–No la creas –dijo Jed, entrando al comedor desde la cocina–. No hubo nada de tranquilo en la paliza que me dio.

Se preguntó por qué se estaba portando así. Por qué simulaba que todo iba bien entre ellos cuando nada podía estar más lejos de la realidad.

–Entonces, tendría que jugar con King Murray, en Leadville. Que yo sepa, nadie lo ha ganado nunca. ¿Por qué no pasáis un día allí? Kayla y yo cuidaremos de los bebés. King lleva varios meses en cama. Le encanta tener compañía.

–¿Quién es King? –preguntó Annie, encantada de dejar de hablar de Jed y ella.

–Un viejo minero malhumorado –dijo Ditch, saliendo de la cocina con un donut en la boca–. ¿Qué os parece la idea? Podríais llevaros el jeep de Marthe e ir por el Mosquito Pass. En un día de diario apenas habrá tráfico,

–¿Qué opinas? –le preguntó Jed a Annie.

Ella pensó que no podía pasar un solo día más a solas con él en ese idílico entorno. Su espíritu, consciente de que la ruptura esperaba a la vuelta, no lo soportaría. Deseó poder expresar lo que sentía, pero se limitó a encogerse de hombros.

–Suena bien, pero probablemente deberíamos volver a casa. Tengo que preparar mi aula y aún no he acabado de desempaquetar mis cosas.

–Tienes razón –convino él. A Annie le dolió que ni siquiera intentara hacerle cambiar de opinión–. Yo también tengo que volver al trabajo.

–Bah, los dos sois unos aburridos –Marthe extendió los brazos hacia Pia–. Al menos, déjame pasar unos minutos más con ese tesorito.

–Bueno, pues entonces vamos a comprobar los niveles y los neumáticos –dijo Ditch–. Cuando Zane instaló la batería nueva, dijo que la furgoneta quemaba mucho aceite.

–Patti y Howie compraron la furgoneta usada, pero solo tiene tres años Me cuesta creer que… –Jed movió la cabeza. Contuvo su deseo de quejarse de su hermana y su cuñado por no cuidar del vehículo. Como había dicho Annie la noche anterior, su hermana era una mujer adulta. Si a ella no le importaba que su furgoneta quemara aceite, a él tampoco debería importarle.

Poco a poco conseguiría manejar su problema con el control.

–¿Estás lista? –le preguntó a Annie, deseando que hubiera aceptado la oferta de Marthe y Ditch de cuidar de los trillizos un día más. Su decisión era la correcta, pero no por eso le resultaba más fácil soportar su aparente rechazo.

Mientras Annie y Marthe revisaban la casa por si quedaban cosas de los bebés, Jed estrechó la mano de Ditch y le dio las gracias por su ayuda.

–Olvídalo –dijo Ditch–. No hice nada que tú no hubieras hecho por mí –se inclinó hacia Jed–. Marthe me matará si no te lo pregunto. ¿Os enrollasteis Annie y tú anoche?

–Ay, Ditch –Jed hizo una mueca–. Tus dotes sociales dejan mucho que desear.

–Interpretaré que es tu orgullo masculino herido quien habla. No solo no hubo rollo, sino que el futuro se presenta poco halagüeño. Una lástima –chasqueó la lengua–. Hacéis buena pareja. Y Annie y Marthe se caen bien. Tenía la esperanza de empezar a verte más a menudo.

–Es probable que me veáis, pero sin Annie.

–Ay –Ditch hizo un gesto de dolor. ¿Ni siquiera llegaste a tocar primera base?

–Amigo –Jed le dio una palmada en la espalda–, ni siquiera salté al campo de juego.

A unos ciento cincuenta kilómetros de la cabaña en la que se había permitido enamorarse de un tipo fantástico que solo la quería por su destreza como niñera, Annie se quitó las sandalias y apoyó los pies en el salpicadero.

El calor que irradiaban las ventanillas de la furgoneta empezó a resultar incómodo. Tanto como el silencio que había entre Jed y ella.

–Los bebés parecen más tranquilos –dijo él, en el túnel de

Loveland Pass.

–Probablemente sea por el cereal que Marthe les dio para desayunar. La comida sólida a veces ayuda a los bebés a conciliar el sueño.

–Oh –ya fuera del túnel, apagó las luces del coche–. ¿Por qué no ha intentado eso Patti?

–Puede que lo haya hecho, eso explicaría por qué estaban tan descontentos con nosotros. Querían algo más sustancioso que un biberón.

–Oh.

«¿Es lo único que sabes decir? ¿Oh?», pensó Annie, rechinando los dientes.

No sabía cómo soportaba él la tensión. Esa mañana habían estado uno en brazos del otro; habían pasado de eso a hablar menos que cuando eran un par de desconocidos.

Se preguntó si la noche que habían pasado juntos habría sido algo más que un revolcón para él.

Jed giró el volante y paró el coche en el arcén de la autopista.

–Afuera con ello –dijo.

–¿Afuera con qué? –preguntó ella. El tráfico pasaba a toda velocidad. Un camión enorme hizo que la furgoneta vibrara–. ¿Es seguro esto?

–Te diré lo que no es seguro: el muro de ladrillos que has levantado entre nosotros. Si te he molestado por algo, dímelo. No te pases todo el camino malhumorada.

–No estoy de malhumor –se cruzó de brazos.

–Y un cuerno que no. Mira, soy un chico grande. Si después de pensarlo unas horas, lo ocurrido anoche y esta mañana te parece un error, podré soportarlo. Solo dímelo. Podemos acordar quitarle hierro al asunto cuando lleguemos a casa.

–Oh, claro que eres un chico grande. ¿Lo bastante para concederme lo que obviamente no ha sido más que un polvo de agradecimiento por mis servicios como niñera?

–Por favor, dime que no has dicho lo que creo que has dicho, porque…

En el asiento trasero empezó a sonar un gemido. A juzgar por el tono grave, era Ronnie. Annie volvió la cabeza y comprobó que, efectivamente, era él. Movió su sillita y luego sacó un anillo mordedor de la bolsa.

–¿Annie? Sigo esperando una respuesta.

–Déjalo, Jed. Como has apuntado, ambos somos adultos. No sé qué esperaba de ti, pero podrías haberte sentado a desayunar sobras

conmigo. Pero tenías tanta prisa por salir que ni siquiera pudiste compartir una comida, y menos aún una conversación significativa.

–Tienes que estar de broma –Jed echó la cabeza hacia atrás–. ¿Por eso estás molesta? ¿Por qué no he desayunado contigo?

–¿A ti no te habría molestado un poco si hubieras estado en mi lugar?

–Escúchame –agarró la mano de Annie y la apretó suavemente. Ella deseó apartarla de un tirón, pero no tuvo fuerza física ni emocional para hacerlo–. No puedes ni imaginar cuánto deseaba quedarme en esa cama y compartir sobras contigo. Pero el problema era que, si yo comía, no habría habido para ti.

–¿Quieres decir que solo había eso?

–Es lo que acabo de decir, ¿no?

–Pero sobraron muchas costillas de la cena.

–¿Y el tentempié de las tres de la mañana?

–Oh –le tocó a Annie quedarse muda. Él tendría que haberle dicho algo. Se sentía fatal por haber tirado parte de la comida a la basura cuando perdió el apetito.

–Intentaba ser un buen tipo dejándote que disfrutaras sola del festejo. Y ahora tengo una acidez insoportable por la docena de donuts que he devorado en casa de Marthe y Ditch.

–¿Y eso es culpa mía?

–Claro que sí.

A su pesar, Annie sonrió, aunque no estaba convencida de que la hubiera dejado sola en la cama por puro altruismo.

–Mírame –le dijo.

–¿Por qué? –Jed siguió un coche rojo con la mirada, ignorando su orden.

–Porque después de todo lo que hemos compartido, creo que me lo debes.

Dado que él siguió mirando por la ventanilla, resultó obvio que no estaba de acuerdo.

–Vale –suspiró profundamente–. Puedes hacerlo sin mirarme a los ojos.

–¿Hacer qué?

–Decirme que tu supuesto miedo a que muriera de hambre fue la única razón por la que me dejaste sola en ese dormitorio.

–Dios, mujer –dio una palmada en el volante–. ¿Qué quieres de mí?

–La verdad –cada hueso de su cuerpo la había urgido a saltar de la furgoneta y correr cuando Jed golpeó el volante. Pero se había contenido.

Ya no era una recién casada muerta de miedo.

Él no era Troy.

Cuando Jed por fin la miró, ella lo escrutaba. En cuanto sus ojos se encontraron, ella supo que iba por buen camino. El hombre mentía, era indudable. Y aunque tuvieran que estar allí sentados hasta Navidad, pretendía descubrir sobre qué mentía.

–Oh, diablos –dijo él, minutos después–. No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Vale. La verdad es que estabas bellísima allí tumbada, con el pelo revuelto y tapada solo por una sábana. Tuve la sensación de que debería haberte dado más. De que yo debería ser más.

–Bromeas, ¿verdad?

–¿Tengo cara de broma?

A juzgar por la caída de sus cejas y de sus labios, no era el caso.

–¿Es que no sabes cuánto has llegado a importarme? –preguntó Annie. Movió la cabeza y miró por la ventanilla, tragándose las lágrimas–. La primera vez que te vi, con los tres bebés berreando en tus brazos, quedé cautivada. Pero luego empecé a verte en acción: yendo a trabajar, para salvar casas y familias, una a una; empecinándote en intentar salvar a tu hermana… Perteneces a una raza de hombre especial.

Jed la soltó y se tapó el rostro con las manos.

–Tendría que haberte secuestrado hoy. Haberte llevado a Mosquito Pass para darte el placer de dejar que King te diera una paliza.

–Eso me habría gustado –dijo ella.

–Entonces ¿por qué no lo dijiste?

–Porque pensé que tú no querías ir.

Él emitió un gruñido sordo.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó Annie.

–Estamos a dos horas de la cabaña. Para cuando dejemos a los bebés en casa de Marthe y Ditch, será demasiado tarde para ir allí hoy.

–Cierto. Pero como sabemos que Patti está bien y que no volverá a casa con Howie hasta dentro de unos días, no hay prisa por volver.

Lo malo era que cada segundo que pasaba con Jed se enamoraba más de él.

De pronto, se quedó sin aliento. ¿Enamorada? Tal vez fuera eso lo que hacía que sintiera dolor y cosquilleo en el estómago al mismo tiempo. Habían superado su primera pelea y Jed había sido quien

había iniciado la reconciliación.

Eso solo lo hacía un hombre muy especial.

Uno que merecía la pena conservar.

Él cambió de dirección en la siguiente salida de la autopista. El pulso de Annie se aceleró un poco.

Jed había sido muy dulce, desde luego, pero eso no significaba que estuviera listo para el matrimonio. Tampoco lo estaba ella. Acababa de sufrir el golpe de lo de Conner y, antes de eso, su desastroso matrimonio con Troy.

Eso casi garantizaba que lo que sentía no era amor, sino una excitante y extraña mezcla de emociones que iban desde el alivio, porque el viaje la había distraído de otros problemas, al anhelo por recibir más besos de Jed.

Tendría que haberle dicho a Jed que la idea de ir a ver a King era agradable, pero que en realidad debería volver a casa.

Tenía cosas que hacer.

Su cuarto de baño necesitaba pintura nueva.

Pero nada le parecía más apetecible en el mundo que atravesar una montaña para ir a jugar a Palabras cruzadas con un hombre que seguramente le daría una paliza similar a las que le daba su abuela.

Era tan apetecible porque todo eso ocurriría teniendo a Jed a su lado.

Capítulo 13

–¡Ahhhhhh! –gritó Annie–. Reduce la velocidad. ¡Vamos a estrellarnos!

–Tienes que relajarte –Jed se rio–. He hecho esto cien veces. Créeme, todo irá bien.

Ella dejó de gritar pero siguió aferrándose al asa que había en el salpicadero.

En el último tramo de carretera antes de llegar a la cima, los surcos y baches en la tierra eran muy profundos. Jed nunca lo habría admitido, pero el viaje estaba suponiendo un reto mayor de lo que había esperado. No le importaba; cuando acabara el día disfrutaría de otra noche a solas con Annie en la cabaña.

–¿Has visto la caída que hay?

Jed miró en la dirección que Annie señalaba.

–Eso no es nada. He subido por viejas sendas mineras en auténticos acantilados.

–Pues yo preferiría estar en el centro comercial de excedentes de fábrica.

–¿No tuviste bastante ayer?

Habían parado en uno en el camino de vuelta. Jed le había dicho que quería sacar a los bebés del coche un rato, pero en realidad había parado por ella.

Al principio Annie había parecido tan excitada como un perro ante un hueso, pero en vez de huesos, buscaba ropa y bolsos de rebajas.

Él había perdido la cuenta de las horas que había pasado sentado ante los probadores, entreteniendo a los bebés. Pero esa mañana, al ver la minifalda vaquera y la ajustada camiseta azul que se había puesto, había sabido que cada una de esas horas había merecido la pena.

–Una mujer nunca se cansa de ir de compras. Recuérdalo y cualquier mujer te adorará siempre.

«¿Y si fueras la única mujer que me interesa?»

Jed movió la cabeza. La altitud debía de estar afectándolo. Se llevaban mucho mejor desde que habían hablado, pero seguía habiendo una barrera entre ellos: su obsesión por controlarlo todo.

Era imposible saber qué traerían los días siguientes. Cuando

regresaran a casa seguramente un montón de padres solteros y ricos, que podían permitirse pagar las tasas del centro privado en el que iba a trabajar, la invitarían a salir con ellos.

Serían profesionales y ejecutivos que nunca llegaban a casa apestando a humo incluso después de ducharse. Hombres que no hacían turnos de veinticuatro horas ni tenían hollín bajo las uñas.

–Estás muy callado –dijo Annie–. ¿Significa eso que la carretera está peor de lo que esperabas?

–Sí –mintió él. Decidió intentar vivir el momento y dejar que el futuro siguiera su rumbo. A muchas mujeres le gustaban los bomberos. Annie no tenía por qué ser diferente.

Pero lo era. Era diferente a la mayoría de las mujeres, mejor, en todos los sentidos posibles.

–Casi estamos arriba y te aseguro que la vista va a hacer que los baches hayan merecido la pena.

–¿Me lo prometes?

–Desde luego.

–Bueno, intentaré relajarme. Pero entre la preocupación de despeñarnos y pensar en la paliza que me van a dar en Palabras cruzadas, está resultando ser un día poco pacífico.

–Se supone que no tiene que ser pacífico. Esta es mi venganza por haber vuelto a machacarme anoche, ¿recuerdas?

Había empezado ganando, pero de repente había captado el aroma de Annie: una irresistible mezcla de sudor limpio y crema para bebés. Había perdido la concentración.

–Eh, no es culpa mía que siempre te salgan malas letras.

Cierto. Tampoco había sido culpa de él que se le fueran los ojos al escote de su blusa. Le costaba creer que hacía menos de veinticuatro horas había probado eso con lo que ya solo podía soñar.

–Tú espera y verás –dijo él–. King te va a dar tal paliza que te hará llorar.

–Eres malo –le sacó la lengua.

–Mira esa vista y repite que soy malo.

Tan lejos como llegaba la vista, los bosques verdes acentuaban los picos nevados. Jed había escalado muchas de las montañas de la zona. A otras había subido en jeep. Pero nada de eso era comparable a estar allí con Annie.

Aparcó junto a una placa de madera en honor del reverendo Dyer, el hombre que había llevado la religión y el correo al pueblo minero de Leadville a finales del siglo XIX.

Boquiabierta, Annie bajó del coche y se puso una ligera

chaqueta vaquera. Se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos del sol.

–Oh, Jed, es increíble. Me siento como si estuviéramos solos en la cima del mundo.

A esa hora del día en fin de semana, el lugar habría estado lleno de turistas, pero era miércoles y Annie y Jed lo tenían solo para ellos.

Deseó entrelazar los dedos con los de ella y besarla, pero empezaban a sentirse cómodos de nuevo. No quería hacer nada que pudiera poner en peligro su nuevo y frágil vínculo.

No podía evitar preguntarse si habían puesto en peligro su relación acostándose tan pronto. Había sido fantástico hacer el amor, pero probablemente también un error.

Se preguntaba si Annie sentía lo mismo y eso formaba parte de la tensión subyacente entre ellos.

Jed nunca había sido promiscuo. Para él, hacer el amor implicaba un cierto nivel de compromiso. Annie y él eran casi desconocidos pero nunca se había sentido tan cerca de una mujer.

–Gracias por traerme aquí –dijo ella.

–Gracias por venir.

–¿Estás bien? –le preguntó, tocándole el brazo con suavidad.

–Claro. ¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

–No. Es solo que estás muy callado. Llevas muy callado desde que arreglamos las cosas.

Un golpe de viento le quitó la gorra de béisbol. Annie gritó y rio intentando atraparla, pero fue Jed quien la recuperó y volvió a ponérsela.

–¿Vas a decirme qué es lo que te preocupa? –insistió ella, tras la breve distracción.

–Para empezar –dio un tirón a la visera de su gorra–, después de traerte hasta aquí lo único que quieres es analizarme.

–No te estoy analizando, Jed. Estoy mostrando interés por lo que piensas y sientes. Hay una gran diferencia, ¿sabes? –frunció los labios.

Jed arrugó la frente. Tenía todas las señales delante: estaba en problemas.

–¿Te ha molestado que me comiera el último donut para desayunar?

Él puso los ojos en blanco.

–¿He roncado o te he acaparado las mantas?

–¿Qué te ocurre? ¿Por qué tanto machaque cuando estamos en un lugar tan bello? –«¿Por qué no vienes a mí y dejas que te

abrace?»

–No es machaque.

–¿Y cómo lo llamas tú?

Annie desvió la mirada para ocultarle sus irracionales lágrimas. ¡Ella lo llamaba frustración!

No sabía cuánta pistas tenía que darle para que le agarrara la mano o la besara. Desde que habían hecho el amor, él había adoptado la actitud de no tocarla, y eso la estaba volviendo loca.

–¿Por qué no me besas? –le espetó por fin.

–¿Qué?

–Me has oído.

–Vale, no te he besado porque pensé que no íbamos a volver a hacer eso.

–¿Quién lo ha dicho? –alzó la barbilla, tozuda.

–Yo –Jed le dio la espalda y empezó a subir por un escarpado sendero de tierra.

–Don Control tiene la última palabra en todo, incluyendo los asuntos del corazón, ¿no? –Annie corrió tras él, sujetándose la gorra con una mano.

–Nadie ha hablado de corazones.

Él siguió andando y ella persiguiéndolo.

–Si hubieras estado escuchando, sabrías que no he mencionado corazones concretos, hablaba en general.

Jed se detuvo y se volvió hacia ella.

–Si hubieras estado escuchando tú, sabrías que quiero besarte. Pero no soy tonto. Tu lenguaje corporal dice alto y claro: «No me toques».

–¿En serio? –ella se echó a reír.

–Sí, en serio.

–Siento herir tu ego, amigo, pero te iría bien dar un repaso al primer nivel del curso de Lenguaje corporal, porque desde que fuiste tan sincero conmigo ayer, por no mencionar tu paciencia en el centro comercial, no he pensado más que en hacer esto…

Annie, de puntillas, tuvo el control inicial del beso. Después, Jed introdujo los dedos bajo su pelo y ladeó su cabeza, buscando un ángulo mejor. La urgió a abrir la boca y la acarició con la lengua. La invadían olas de deseo y necesidad.

Introdujo las manos bajo su camiseta y las deslizó por la piel cálida de su fuerte espalda.

–Mujer –gruñó él–, me vuelves loco.

–Y tú a mí –dijo ella antes de que empezara a besarla otra vez.

–¿Por qué estamos discutiendo todo el tiempo cuando esto es

mucho más divertido? –preguntó él en la siguiente pausa para respirar.

–Hagamos un pacto. Primero besar. Después discutir.

–¿Y por qué hay que discutir?

–Buena pregunta. Vamos a besarnos un rato más. Tal vez eso nos ayude a descubrirlo.

–Llegáis tarde –dijo King Murray en cuanto abrió la puerta. Estaba sentado en una antigua silla de ruedas de mimbre, con una manta roja sobre las piernas. El pelo, la barba y las espesas cejas blancas le daban cierto aspecto de Santa Claus, pero le faltaba la sonrisa–. Y viendo las abrasiones que rodean la boca de esa chica, tendrías que haberte afeitado antes de besarla a plena luz del día.

–Yo también me alegro de verte –Jed dio un abrazo a su viejo y excéntrico amigo–. ¿Cómo sabes que he besado a Annie hoy y no anoche –preguntó, tras hacer las presentaciones formales.

–¿Por qué clase de imbécil me tomas? –King cerró de un portazo y corrió cinco cerrojos.

Fantástico. No había nada mejor que pasar el día encerrados en una sauna de hojalata que apestaba a tabaco de pipa y periódicos húmedos. El hombre podía permitirse algo mejor que esa chabola a la entrada de una mina de plata, pero se ponía de mal humor cuando le sugerían que hiciera mejoras en la vivienda. Decía que le gustaba tal y como estaba.

–¿Esperas que vengan ladrones? –Jed sonrió.

–Nunca se puede estar lo bastante seguro –dijo el anciano–. Doc dice que pronto dejaré esta silla. En octubre abriré un nuevo túnel. Cuando en este pueblo se enteren de que he encontrado una buena veta, harán cola para hacerse amigos míos.

–Bueno, entretanto, ¿qué te parece una partida de Palabras cruzadas?

–Ya te he ganado de mil maneras –King rio–. ¿Necesitas que vuelva a pisotearte el orgullo?

–Vas a jugar con Annie, no conmigo.

–¿Jugar yo con ese palo con rizos? –el hombre soltó una carcajada ronca–. Sería una pérdida de tiempo. Venga, fuera de aquí. Tengo que planificar dónde iniciar la nueva perforación.

–No tan rápido, señor Murray –Annie, picada, metió la mano en el bolso, sacó la cartera y puso veinte dólares sobre la mesa–. ¿Aceptaría una apuesta amistosa? –mientras el viejo miraba el dinero, atónito, Annie le guiñó un ojo a Jed, que también parecía

sorprendido por ver a una maestra de preescolar haciendo apuestas.

–Siéntate a la mesa de la cocina. Iré por el tablero –King carraspeó–. Ah, ¿te gusta la polca?

Cuatro horas y cuatro partidas después, Annie ganaba ochenta dólares, a pesar del tronar de los acordeones que emitían unos altavoces ocultos.

–Me siento fatal llevándome su dinero –le susurró Annie a Jed mientras King estaba en el cuarto de baño–. ¿Tiene ingresos fijos?

–Es multimillonario –Jed soltó una risita–. Era un tipo importante de Wall Street antes de dedicarse a la minería.

–¿Lo dices en serio?

–¿Has visto lo que hay sobre la chimenea?

Annie miró en esa dirección y vio lo que había supuesto que era una reproducción de un Van Gogh.

–Estás de broma –dijo, yendo hacia la chimenea. De cerca los colores resplandecían.

–Tiene un Monet encima del inodoro –dijo Jed–. No sé si te diste cuenta cuando fuiste a contestar el teléfono, pero el Gauguin que hay sobre mi cama es auténtico. Marthe y King estaban discutiendo sobre arte un día y ella mencionó que me gustaba mucho ese cuadro. Lo recibí por mensajero el día de mi cumpleaños. Marthe me dijo que se le compró a un museo. A un lado de la mina tiene una bodega llena de champán. Cuando llega Año Nuevo, es de lo más popular. Sabe organizar una buena fiesta.

–Suena divertido –dijo Annie–. Me encantaría asistir si… bueno, ya me entiendes –se metió las manos en los bolsillos y volvió a la mesa.

–¿Si seguimos juntos? –aventuró Jed.

Ella se encogió de hombros.

–¿Quieres que sigamos juntos?

–¿Cómo voy a saberlo? –contestó ella, simulando indiferencia a pesar de tener el pulso desbocado y un nudo en el estómago–. Apenas nos conocemos.

–La otra noche no parecíamos desconocidos –se acercó y deslumbró a Annie con su sonrisa.

Teniéndolo tan cerca, tan guapo, encantador y divertido, ella no supo qué responder. Por suerte, no tuvo que hacerlo porque volvió King.

–Una partida más, Ricitos. Doble o nada. ¿Qué dices?

Por lo que había descubierto de él, Annie sospechó que podía ser

una trampa. Pero ciento sesenta dólares compraban mucha pintura.

–No sé –dijo–. Eso es mucho dinero.

–¿Tienes miedo?

–No, pero soy maestra de preescolar. Es un trabajo satisfactorio, pero no demasiado lucrativo.

El gruñó y fue en la silla hacia un viejo archivador de metal; abrió el cajón inferior, sacó algo, cerró el cajón y volvió.

–¿Y si endulzo la apuesta con esto? –sacó un huevo enjoyado de un saquito de terciopelo.

«¿Fabergé?», Annie tragó saliva.

–¿Eso es lo que creo que es?

–Bah –él agitó la mano con indiferencia–. Tengo tres más guardados en algún sitio. A mi esposa le gustaban mucho.

–¿Falleció?

–He oído que los Broncos van a tener una gran temporada –intervino Jed, tras una tosecita.

–Esa mujer mía dijo que pasaba demasiado tiempo bajo tierra y no el bastante con ella. Me dejó. Se casó con un cantante de club nocturno, en Fénix –miró a Jed y farfulló–. Si alguna vez comentas que he dicho esto, lo negaré, hijo, pero cuando seáis pareja, no pases demasiado tiempo en el trabajo. Haz lo suficiente para pagar las facturas, pero acuérdate de cuidar de tus flores.

–Mis flores, ¿eh? –Jed le guiñó un ojo a Annie–. ¿Eso significa que tendré más de una?

De vuelta en la cabaña, mientras cenaban sándwiches, patatas y pepinillos gigantes, Annie miró su huevo de Fabergé.

–Aún no me creo que me lo haya dado. Tiene que costar una fortuna.

–Solo es dinero –Jed se encogió de hombros–. King estaba loco por su esposa, aunque no siempre se lo demostrara. Era una rubia. Sospecho que se la recordaste, o te habría ganado las cinco partidas, en vez de dejarte ganar.

–Oh, ¿crees que me ha dejado ganar?

–Es lo que he dicho, ¿no? –se limpió la boca con una servilleta de papel–. Marthe y yo no te dijimos que, aunque tú seas muy buena, él es de los mejores en el ranking nacional.

–¿Así que todo el día ha sido un montaje?

–Ese era el plan –admitió él–. ¿Quién iba a adivinar que le gustarías a King? Odia a todo el mundo –Jed, por encima de la

mesa, entrelazó los dedos con los de Annie–. ¿Quieres ser parte de mi jardín? Voy a seguir el consejo de King y a cuidar de mis flores muy bien –agitó las cejas.

–Bestia.

–Seré tu bestia, si me aceptas.

–Sí, pero ¿cuánto tiempo? –susurró ella. Le sorprendió haber hecho esa pregunta sin más.

–¿Cuánto tiempo quieres?

–Estás hablando en círculos.

–Tú también –dijo él tocándole los labios.

Annie cerró los ojos y se concentró en bajar la velocidad de su pulso. El hombre tenía mil caras. Acababa de mostrarle una romántica y dulce, que adoraba tanto como las demás.

–¿Crees que soportarías ser mi flor un mes?

Ella, incapaz de hablar, asintió.

–¿Y qué me dices de dos?

Ella asintió de nuevo.

–¿Quieres ser mi pareja en la fiesta de Año Nuevo de King? Podríamos ir justo después de Navidad. Esquiar en Copper y… –se obligó a callar–. Ya estoy otra vez. Planeando tus vacaciones sin pensar en que tienes obligaciones familiares.

–Sí. Mi abuela.

–Entonces, ¿no querrás verme en Año Nuevo?

–Creo que deberíamos trabajar en nuestras destrezas comunicativas –Annie arrugó la nariz.

–Eso sin duda, pero aún no me has dicho si me harás un hueco en tu agenda de vacaciones.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y posó los labios en los suyos, contestando de la forma más clara que conocía…

Sí: al esquí, al Año Nuevo y a casi cualquier otra cosa que pudiera ofrecerle.

Capítulo 14

AllÍ, junto a la pequeña mesa de roble en la que estaba la cena a medio comer, Jed puso a Annie en pie, colocó las manos en la parte baja de su espalda y profundizó el beso.

–No sé como ha ocurrido –dijo–, pero te quiero, Annie Harnesberry. Ambos lo hemos pasado mal, pero, de alguna manera, sé que esto funcionará, estamos bien juntos.

Ella asintió, apoyó la mejilla en su pecho y se rindió al firme latido de su corazón.

Una vocecita interior seguía advirtiéndole que tuviera cuidado, que no se lanzara a algo para lo que no estaba preparada. Pero luego la voz de la razón le recordó que Jed no se parecía nada a los dos hombres que tanto daño le habían hecho.

Igual que Troy, Jed quería tener el control, pero no lo necesitaba. No daba golpes cuando no se salía con la suya. Ni siquiera gritaba. Y cuando le había preguntado si solo la quería como niñera de sus sobrinos, su respuesta había sido cuanto había deseado y más.

Así que, mientras lo observaba desabrocharle la chaqueta vaquera, supo que estaba dispuesta a comprometerse con Jed de forma no oficial, porque ya no era un desconocido para ella.

Lo conocía en lo profundo de su alma.

Donde realmente importaba.

Él le quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla. Ella se estremeció.

–¿Tienes frío? –preguntó él, pasando sus grandes y cálidas manos por sus brazos.

–Algo.

–¿Nerviosa?

–¿Cómo lo has sabido?

–Te tiembla el labio inferior. Y se te dilatan las pupilas–trazó la curva de su boca con el índice–. Me encanta eso de ti. Puedo saber lo que piensas.

«A mí también me encanta eso de ti».

–¿Quieres saber lo que estoy pensando yo? –preguntó él.

Ella asintió. El dedo de Jed descendió por su barbilla y cuello y giró a la derecha en su clavícula, para deslizarse bajo la camiseta

hasta llegar al tirante de su sujetador.

–Con tu permiso, me gustaría llevarte a la cama y abrazarte toda la noche. ¿Te suena bien?

–Más que bien. Perfecto.

Annie nunca se había despertado más feliz y satisfecha, como si todo fuera bien en su mundo.

Jed estaba tumbado de espaldas, con el pecho desnudo. Su pelo siempre estaba revuelto, pero esa mañana, mucho más. Se preguntó si se movía mucho durante la noche. Había dormido tan profundamente a su lado que no lo sabía.

Curvó la mano sobre su hombro y sonrió al ver que no llegaba ni a la mitad. El tamaño de Troy le había dado miedo para cuando lo dejó. En el caso de Jed, hacía que se sintiera más segura.

Cerró los ojos y suspiró, pensando en cuánto había cambiado su vida en menos de una semana.

De forma algo enrevesada, Jed se había declarado y ella lo había aceptado.

–¿Por qué estás tan pensativa? –preguntó él.

–Ay. Me has dado un susto de muerte –protestó ella, llevándose la mano al pecho.

–Perdona –la atrajo a sus brazos. Tras besar su frente, pasó a ocuparse de los labios.

–Mmmm… estás perdonado.

–Gracias. ¿Tienes hambre?

–En realidad, no. ¿Y tú?

–La verdad es que no me encuentro bien.

–¿Crees que tienes un virus o algo?

–No. Solo son nervios.

–¿Por qué? –se incorporó un poco para ver su rostro mejor. «Espero que no sean por lo nuestro».

–Allá va ese labio tembloroso –dijo con esa sonrisa lenta y sexy que ella adoraba–. Créeme, no tienen nada que ver contigo. Me estoy preguntando qué diré cuando vea a Patti.

–¿Qué quieres decir? ¿No te alegrarás de verla, sin más?

–Claro que me alegraré de que esté en casa sana y salva –encogió los hombros–, pero es más complicado que eso.

–¿Por qué?

–Simplemente, lo es. Pero no debería serlo, así que me callaré.

–No te calles. Adelante, explica lo que sientes.

–Ese es el asunto –la atrajo hacia sí y jugueteó con uno de sus

rizos–, Ni siquiera lo sé, excepto cuando pienso en lo que siento por ti.

–¿Y qué es eso? –lo pinchó ella.

–Algo bueno –la besó en la cabeza–. Muy, muy bueno.

–Te echaré de menos –dijo Marthe, casi sofocando a Jed con su abrazo. Ditch salió con Annie a llevar las últimas cosas a la furgoneta.

–Apenas me has visto –respondió él, devolviéndole el abrazo.

–Lo sé, pero tenerte por aquí me recuerda a los viejos tiempos. Cuando éramos niños en verano y todo era diversión, sin responsabilidades –se limpió unas lágrimas.

–Annie y yo volveremos para Año Nuevo. Quiere emparejar a su abuela con King.

–Ya me lo ha dicho –Marthe rio entre lágrimas–. Me parece una gran idea.

–Entonces, ¿por qué sigues llorando?

–Ay, Jed. Estoy embarazada. Hace días que lo sospechaba, pero esta mañana me he hecho una prueba de embarazo. Ditch no lo sabe aún.

–¿Y por qué las lágrimas? A él le encantará.

–No. Económicamente hablando, apenas podemos permitirnos los dos que tenemos –lloró con más fuerza. Jed no sabía qué decir ni qué hacer, aparte de abrazarla. El aspecto financiero de tener hijos era un tema serio.

Aunque estaba feliz con cómo iban las cosas con Annie, habían hecho el amor dos veces sin protección. Podría estar embarazada. Él tenía ahorros, más que suficientes para casarse con Annie, si llegaban a eso. Pero no tenía bastante para criar y mantener a un bebé o bebés.

Aun así, si Annie le dijera que esperaba un hijo o una hija suya, se alegraría, aunque eso pudiera ocasionarles problemas financieros. Lo mismo le ocurriría a su buen amigo Ditch cuando oyera la noticia de que su familia iba a crecer.

–¿Quieres que se lo diga yo? –se ofreció, tras comentarle lo que pensaba.

Ella se sorbió la nariz y movió la cabeza.

–Creo que enviaré a Kayla y a Billy a casa de la madre de Ditch este fin de semana. Se lo contaré mientras comemos filete y patatas asadas con mantequilla. Así estará de buen humor.

Jed se rio.

–Estamos listos –Annie se acercó a Jed desde atrás y rodeó su cintura con los brazos–. Hum, te he echado de menos.

Marthe le dedicó a Jed una sonrisa esplendorosa.

–Estoy deseando que Ditch me pague el masaje de treinta minutos que me debe por perder la apuesta.

–Aún me cuesta creer que hayáis apostado sobre si Jed y yo… ¿Marthe? ¿Qué te pasa? Parece que has estado llorando –dijo Annie.

–¿Y Ditch? –consiguió preguntar ella.

–Afuera, con los niños –dijo Annie–. Billy pegó un chicle en una de las ruedas del cochecito y Ditch lo ha obligado a rascarlo.

–Es tan buen padre… –Marthe rompió a llorar otra vez. Annie corrió a su lado y le puso un brazo sobre los hombros.

–Por favor, dime qué ocurre.

Marthe se lo contó. Después, Annie agarró un trozo de papel de cocina y le secó las mejillas.

–Creo que es fabuloso. Eres maravillosa con los niños. ¿Por qué no ibas a tener más?

–Porque cuestan una fortuna. Hay gastos médicos, ropa, lecciones y la universidad y…

–Espera un momento –dijo Annie–. Tengo algo que te tranquilizará –Annie salió de la habitación y volvió con una bolsita de terciopelo negro en la ma-no–. Cuando nos hayamos ido, quiero que abras esto. Es tuyo.

–Pesa mucho –Marthe aceptó el regalo con los ojos muy abiertos–. ¿Qué es?

–El primer regalo para tu nuevo bebé. Ahora, deja de preocuparte y empieza a celebrarlo. Los bebés son una fuente de alegría –Annie besó la frente de su amiga y, dándole un abrazo, le dijo que la echaría de menos.

Se habían despedido, cargado a los bebés y puesto rumbo a casa. Pero ochenta kilómetros después, Jed seguía sin poderse creer lo que Annie había hecho por Marthe y Ditch.

–¿Tienes la más mínima idea de cuánto debe de valer ese huevo? –preguntó, por fin.

–Espero que lo suficiente para comprar una tonelada de pañales y unos cuantos años de universidad.

–Yo diría que vale bastante más. ¿Qué te llevó a regalarlo así?

–Una razón bastante egoísta, la verdad –Annie pu-so sus adorables pies en el salpicadero y movió los dedos con placer.

–Vale, oigámosla.

–¿Por qué tengo que contártela?

–Porque después de todo lo que hemos pasado, somos un equipo. Y en el deporte hay una regla: no hay secretos entre los miembros del equipo.

–Ah, bueno, en ese caso… –le dirigió una mirada descarada y burlona.

–Estoy esperando –dijo él, reduciendo la velocidad antes de tomar la siguiente curva.

–Nosotros estábamos tan felices que no pude soportar ver a Marthe tan triste. Pensé: ¿qué diablos? Tampoco había tenido tiempo de encariñarme con el huevo. Además, creo que King aprobaría mi decisión.

–Creo que tienes razón. ¿Qué pensaste de que a Marthe la desconsolara tanto su embarazo?

–No puedo culparla. El tema financiero es algo a tener muy en cuenta.

–Ya. Yo pensé lo mismo.

–Además, está lo de la edad. Kayla y Billy ya están casi criados. Tiene que dar miedo pensar en volver a empezar desde cero.

–Tú quieres tener hijos, ¿verdad? –Jed, de inmediato, se arrepintió de haberlo preguntado. Para él era algo serio. ¿Y si Annie decía que no?

–Por supuesto.

Él dejó caer los hombros con alivio. Él también quería hijos. No aún, pero pronto.

–¿Y tú?

El rostro de Annie se iluminó al verlo asentir.

–No estás embarazada, ¿verdad? –preguntó Jed justo después de la salida al aeropuerto internacional de Denver.

–¿Qué? –Annie lo miró atónita, limpiándose las lágrimas.

–Estás llorando. Y acabamos de enterarnos de la noticia de Marthe.

–No. No estoy embarazada, al menos, no lo creo.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Mira el espejo. Las montañas son preciosas. ¿Có-mo puedes soportar dejarlas?

Jed se rio, no porque le pareciera una tontería, sino porque entendía cómo se sentía.

–Patti y mi madre siempre lloraban cuando nos íbamos. Papá nunca sabía si lloraban porque se habían acabado las vacaciones o

por lo que sentían por las montañas.

–Tal vez un poco de las dos cosas –Annie se sonó la nariz en una servilleta de papel que encontró entre los asientos–. No esperaba pasarlo tan bien. Quizás te suene raro, pero como somos miembros del mismo equipo…

–Claro, claro –él sonrió.

–Sé que este viaje ha sido bueno para ti porque te ha hecho comprender que Patti puede cuidarse sola. También ha sido bueno para mí. Los últimos años no han sido demasiado buenos y empezaba a pensar que no volvería a confiar en nadie.

–Gracias –Jed estiró una mano hacia la suya–. Después de lo que Patti me hizo pasar, no sabes cuánto significa para mí oír eso. Hubo un tiempo en el que creí que iba a volverme loco.

–Puede que Patti no lo sepa, pero es muy afortunada por tenerte.

–Ahora mismo, quien se siente afortunado soy yo.

En el asiento de atrás empezó a llorar un bebé, y luego otro, y otro.

–Mira que soy gafe, lo estropeé –gruñó Jed.

–Eh –Annie señaló un cartel con forma de girasol–. Míralo desde el punto de vista positivo. Solo estamos a veinte kilómetros del único coche del mundo hecho entero de pipas de girasol, exceptuando el motor, claro.

–Claro –Jed sonrió.

–Annie, despierta –Jed la sacudió un poco.

–¿Dónde estamos? ¿Qué hora es? –preguntó Annie, que tenía las piernas recogidas y las manos bajo la mejilla.

–Estamos en casa. Y son las tres de la tarde.

El día anterior se habían tomado su tiempo y pasado la noche en un motel a las afueras de Salina.

Annie se incorporó muy lentamente.

–¿Qué te duele? –preguntó Jed.

–Todo. Recuérdame que no vuelva a dormirme torcida de medio lado en un coche.

–Vale. Pero estabas tan cansada después de la última parada de cambio de pañales, que creo que podrías haberte dormido haciendo el pino.

–¿De verdad estamos en casa? ¿En Pecan?

–Sí. Ya he metido a los bebés en casa. He dejado encendido el aire acondicionado de la furgoneta para que no te cocieras. Comparado con el clima de la montaña, este calor es asqueroso.

–Siempre podríamos volver.

–Créeme, si no fuera por los veintitantos mensajes de mi capitán, hablaría con Patti y sugeriría eso mismo.

–No tendrás problemas en el trabajo, ¿no?

–No. Es solo que al jefe lo irrita el calor.

–¿No está acostumbrado? Es bombero.

–Bien dicho. La próxima vez que decida emprender una misión suicida, le diré eso.

–¿Cómo estás? –preguntó Annie alrededor de las ocho, acunando a Pia en los brazos.

El avión de Patti y Howie había aterrizado en Tulsa a las siete menos veinte. Llegarían al apartamento de Jed de un momento a otro.

–Estoy bien –Jed encogió los hombros–. Estaré mejor cuando te tenga para mí solo.

Ella rio, aliviada al verlo bromear sobre su situación. Lo cierto era que, hasta ese momento, la había preocupado cómo se desarrollaría el encuentro de Jed con Patti.

Antes de golpearla, Troy había gritado, y mucho. Tan alto que la última vez, la vez que ella había acabado en el hospital, los vecinos habían llamado a la policía. Si no hubiera sido por eso, tal vez no seguiría viva.

La luz de unos faros destelló entre las lamas de las persianilla color puré de patata. Annie hizo una mueca de horror.

–Hace falta meter algo de color aquí.

–¿Qué tiene de malo el que hay?

–Todo. ¿Por dónde quieres que empiece?.

La puerta de un coche se cerró de golpe. Segundos después, otra. Annie observó como un músculo se tensaba en la mandíbula de Jed.

–¿Puedo hacer algo para ayudar? –preguntó.

–No me dejes –puso la mano sobre su muslo desnudo. Ella asintió cuando llamaban a la puerta.

–¿Jed? –llamó una mujer–. Somos nosotros.

Capítulo 15

Jed miró las muletas de Howie, los pómulos llenos de cardenales, el ojo morado y el pie escayolado. Supo que, por horrible que estuviera Howie una semana después del accidente, habría estado mucho peor cuando su hermana voló a verlo. Pero tras una hora de ver a Patti hacer carantoñas a sus bebés, actuando como si no hubiera pasado nada, empezaba a hervir de frustración.

Mientras Jed estaba en la cocina preparando refrescos para todos, siguiendo el juego de «no pasa nada» de Patti, no pudo dejar de rememorar la desesperación que había sentido. El pánico que lo había atenazado cuando pensó que a su hermana podía haberle ocurrido algo serio.

Había sentido lo mismo cuando su hermanito estaba en la casa muriendo. Y cuando sus padres fallecieron, y cuando Patti se convirtió en una adolescente rebelde empeñada en destrozar su vida antes de que empezara.

Alzó la vista y vio que Patti estaba en la cocina, sonriéndole y echando hielo en un vaso.

–Vaya lío, ¿eh? Aparte de que Howie quedó malherido y yo me torcí el tobillo, no había tenido una aventura igual desde…

–¿Una aventura? ¿Crees que esta semana ha sido una aventura?

–Cielos, Jed, deja de ser tan gruñón –agitó la mano en el aire–. Sabes a qué me refiero. A volar y conducir e intentar contactar el uno con el otro. En retrospectiva, ha sido excitante. Quizás podríamos repetirlo, exceptuando…

–¡Maldición, Patti! –Jed dio una palmada en la puerta de un armario–. Esto es típico de ti. Hasta la abuelita más antigua tiene móvil hoy en día, pero tú…

–Hablando de eso, ¿dónde estaba tu móvil mientras ocurría todo esto?

Típico de Patti sacar a relucir su error justo cuando intentaba echarle una bronca.

–Mi teléfono estaba aquí, pero estamos hablando de ti. De cómo no me localizaste antes de que me fuera a la cabaña. Me dejaste aquí con tres bebés. A mí. Un soltero que no sabe nada de bebés. Y te fuiste sin más, sin siquiera intentar dejarme un mensaje.

–¡Lo intenté! Al menos cincuenta veces. ¿Quieres que las

enumere? Una, en el aeropuerto, pero no estabas en casa. Dos, en…

–¡Déjalo! –le gritó Jed, incapaz de controlar su ira.

En el salón, Annie dio un bote. La última vez que había oído gritar así, había sido con Troy.

–Oh, no, ya empiezan –Howie gimió–. Jed tiene buena intención, pero en lo que respecta a Patti, nunca ha aprendido a soltarse.

–Ella es todo lo que tiene.

–Lo sé –dijo Howie–. A ella le pasa lo mismo con él. Es decir, sé que ahora me tiene a mí, pero con Jed es diferente. Tienen un extraño vínculo que aún no he conseguido entender.

–Esta tiene que ser tu última travesura, Patti –siguió Jed–. La última vez que actúas como una cría. Marcharte sin decirle a nadie dónde ibas fue solo eso: infantil. Fueran cuales fueran las circunstancias. ¿Y si los bebés hubieran sido mayores? Lo bastante para saber que mamá se había ido y para preocuparse de si volvería o no. ¿Qué les habría dicho?

–Lo siento –dijo Patti con voz rota–. No pretendía no llamarte a propósito, Jed, igual que tú no olvidaste el móvil a propósito. Actúas como si lo hubiera hecho todo para fastidiarte. Dios, siempre piensas lo peor de mí.

–Creo que iré a hacer de árbitro –dijo Howie.

Annie se retorció las manos, alegrándose de que los bebés estuvieran arriba dormidos.

–¡De eso se trata! –rugió Jed–. Me has fastidiado mucho en el pasado, Patti. ¿Recuerdas cuando me llamaste borracha desde la fiesta de Jasper Henning? Me pediste que fuera a recogerte y, entretanto, te fuiste con Greg Davis. No volviste a casa en tres días. ¿Y qué me dices de la vez que…?

–¡Cállate! –disparó Patti–. Ya no soy una niña problemática.

–No. Eres una madre a la que le pareció normal subirse a un avión sin…

Annie cerró los ojos con fuerza.

La voz de Jed se parecía mucho a la de Troy.

Su exmarido gritaba antes y pegaba después.

Se preguntó si Jed sería así. Al fin y al cabo, si gritaba a su hermana igualmente podía gritarle a su novia, o a su esposa.

Tendría que haber sabido que no debía enamorarse de él. Había ignorado montones de señales. Su naturaleza controladora. Su aparente perfección. Y habían llegado los gritos.

Era más de lo mismo.

¿Cómo podía estar tan ciega? ¿Ser tan tonta?

Por lo visto, no había aprendido nada en los últimos cinco años. La había preocupado gustarle a Jed solo por su maña con los bebés. Eso no era nada comparado con lo que estaba descubriendo.

Troy había iniciado su relación con ella haciéndole creer que era la respuesta a todas sus oraciones. Le compraba flores y caramelos y le cantaba canciones de amor en el karaoke del bar.

Annie agarró su bolso y salió de la casa.

–Zorra estúpida. Te dije cerveza baja en calorías. Sabes que estoy entrenándome para ese espectáculo de musculación en el gimnasio.

Lo siento, Troy. No les quedaba. Pensé que esta valdría.

–Ya, pues te equivocaste –golpeó la pared con el puño, haciendo un nuevo desconchón.

Annie, encogiéndose por dentro, dobló y desdobló el paño de cocina que colgaba junto al fregadero. Era bonito.

Se concentró en el estampado de rosas.

Los paños habían sido un regalo de su abuela, que la había advertido respecto a Troy. Abu le había dicho que se estaba precipitando al casarse. Que estaba huyendo del dolor provocado por la pérdida de su abuelo y porque sus padres tuvieran un nuevo destino en el extranjero. Buscando atajos para iniciar su propia familia.

¡Pum!

En vez de dar otro golpe en la pared, Troy se volvió hacia Annie y se lo dio a ella.

–La próxima vez que te pida que compres baja en calorías, si no hay en una tienda buscas en otra. Sabes que he tenido un mal día en la fábrica. ¿Por qué tienes que arruinarme la noche también?

–Yo… no

Se refugió más en su interior. Él la golpeó de nuevo, más fuerte.

–Sal de aquí. Y no vuelvas hasta que tengas la cerveza que he pedido.

Annie no se había molestado en volver.

En urgencias había rellenado una denuncia. Y al día siguiente los papeles de divorcio. Sin hijos y sin apenas propiedades compartidas, el asunto se solucionó pronto, sobre todo porque Troy ya tenía en espera a otra mujer a la que golpear.

Annie había intentado avisarla, pero no había servido para nada.

Embobada con el físico de Troy, Heather solo podía pensar en acostarse con el hombre que creía que era.

Minutos después, en su piso, con el cerrojo echado, Annie rehízo su bolso de viaje, agarró las llaves del coche y dejó a Jed igual que había dejado a su esposo cinco años antes.

Sin hacer ruido.

Sin protestar.

Para siempre.

A Jed, en la cocina, le temblaban las piernas de alivio. Su enfado con Patti provenía de lo mucho que la quería, y ella lo sabía. La abrazó.

–Uf –dijo Howie, entrando en la habitación–. Ya suponía que solo tardaríais unos minutos en arreglaros. Para que lo sepas –le dijo a su mujer–, estoy de acuerdo con tu hermano. Si me hubieras hecho esa faena a mí, habría llamado a toda la policía desde aquí al Cañón del Colorado.

–Dejadlo ya. Lo he entendido. Creedme, si vuelve a ocurrir algo así…, y rezo que para no ocurra, recurriré a telegramas cantados si es lo que hace falta para avisaros.

–Gracias –Jed le dio una palmadita en la espalda–. Eso es cuanto pido –miró el vaso que tenía en la mano–. Caramba, había venido a por un refresco para Annie, pero estaba tan enfadado contigo que me olvidé de ella. ¡Ahora mismo te llevo la bebida! –gritó.

–Es fantástica –susurró Patti–. Perfecta para ti. En vez de quejarte pero mi escapada, tendrías que estar dándome las gracias. Si no hubiera sido por mí, no estaríais juntos.

Jed miró a su hermana con el ceño fruncido.

–Cielo, yo que tú no diría más –recomendó Howie, poniéndole un brazo sobre los hombros.

–Haz caso a tu marido –dijo Jed. Con el vaso en la mano, volvió a la sala. Pero Annie no estaba.

Como la luz del cuarto de baño estaba apagada, supuso que habría subido a ver a los bebés. Subió los escalones de dos en dos

–¿Annie? –llamó.

No estaba en su dormitorio. Ni en el cuarto de baño. Ni en la habitación de invitados en la que dormían los bebés. Volvió a bajar.

–Patti, ¿está Annie con vosotros?

Silencio.

Jed entró en la cocina y se encontró con una escena tórrida.

–Demonios, chicos, buscaos una habitación.

–Buena idea –rio Patti–. Howie, voy a por los bebés, tú empieza a cojear hasta el coche. Para cuando yo acabe, quizás hayas llegado.

–Ja, ja. ¿Es siempre tan desagradable con la gente herida? –le preguntó Howie a Jed.

–Por desgracia, sí –Jed encendió la luz del lavadero–. ¿Dónde diablos puede estar Annie?

–¿No habrá ido a por algo a su piso? –Patti empezó a subir la escalera–. Échame una mano. Estoy segura de que volverá enseguida.

Cuando la hermana de Jed y familia salieron de allí, eran las diez de la noche. Ni Annie estaba en su piso, ni su coche estaba en el aparcamiento. Jed volvió a casa para ver si había una nota diciendo que iba a la tienda o algo así.

No encontró nada.

Se preguntó por qué se había marchado así, sin decir palabra. Ese era el estilo de Patti, pero no el de Annie. Ella era muy responsable.

Seguramente no había querido interrumpir su reunión con Patti y había ido a la tienda a por pan y leche. Suspiró. En su opinión, ya habían jugado bastante *Busca a la persona amada esa semana*.

Aunque pareciera imposible, en eso se había convertido Annie. En su persona amada. Su todo. No sabría qué hacer sin ella. Controlando su ansiedad, deseó no tener que descubrirlo nunca.

Agarró el mando de la televisión, puso un partido de béisbol y se sentó en el sofá a esperar.

–No te asustes, abuela. Soy yo –Annie tecleó el código para que no saltara la alarma. Inhaló el aroma a popurrí de canela que siempre le había proporcionado sensación de calma y bienestar. Sí, ese era su auténtico hogar, y no quería volver a dejarlo nunca.

–Pero bueno, chica –dijo Abu–. ¿Qué haces aquí a esta hora de la noche?

–Te echaba de menos –Annie forzó una sonrisa e intentó sonar animada–. Así que decidí venir de visita.

Su abuela encendió la luz del vestíbulo, arruinando el intento de camuflaje de Annie.

–Has estado llorando. Ven, prepararemos cacao y me lo contarás todo.

–No hay nada que contar.

–Nunca me has mentido con éxito –la anciana de pelo blanco frunció los labios–. No creas que vas a empezar ahora. En marcha.

Agradeciendo que alguien dirigiera su desastrosa vida, aunque fuera un rato, Annie obedeció.

A medianoche, Jed llamó a su amigo Ferris a la comisaría. Cuando le transfirieron la llamada, Ferris tuvo el descaro de reírse de él.

–¿Me estás diciendo que ya has perdido a otra mujer?

–Maldición, Ferris, no tiene gracia. Annie no se iría sin más. La conozco como a mí mismo.

–¿La conoces tanto como a tu hermana? Ese asunto lo fastidiaste bien, amigo. Si hubieras sido paciente, como te pedí, habríamos encontrado a Patti antes que tú y tu nueva amiguita cruzarais la frontera del estado. Te dejé al menos media docena de mensajes. Si no hubieras olvidado tu móvil en casa te habrías…

–Lo sé, lo sé. Me habría ahorrado un inútil viaje de mil doscientos kilómetros –Jed se frotó la frente. Se había perdido todos esos mensajes porque, para su vergüenza, había usado una clave de acceso remoto equivocada. Ese error lo acompañaría hasta la tumba–. Créeme, sé mejor que nadie que metí la pata hasta el fondo.

–Tú lo has dicho –dijo Ferris, sarcástico.

A Jed le fue fácil imaginarse la expresión de condescendencia de su amigo en ese momento. Sin duda, todos sus amigos pensaban que era un idiota, pero tenía que defenderse.

–Annie es diferente –arguyó, consciente de que sonaba como un loco–. No puedo explicarlo. Sé que es la única mujer para mí, amigo, pero se ha ido. Ya han pasado unas horas y…

–Vale –Ferris soltó una risita–. Estaremos pendientes de su coche, pero lo de Patti ha embarrado tu reputación en la comisaría, colega. Si encuentras indicios de secuestro o de problemas, llámame e intentaré ayudar.

Jed colgó el teléfono y se convenció de que no tenía necesidad de vomitar. Las náuseas que lo atenazaban estaban en su cabeza. Igual que el temor de haberse equivocado con Annie. El miedo a que no fuera la mujer que creía que era.

Si ese era el caso, no sabía cómo iba a poder soportar que viviera enfrente de él.

Cada vez que abriera o cerrara la puerta, recordaría lo tonto que había sido al confiar ciegamente en ella.

Su vena maniaca de control era la vena sabia. Tenía que

desechar de una vez la vena romántica.

«¿Cómo puedes pensar eso? ¿Y si está herida? ¿Y si te necesita? ¿Dónde está tu sentido de la lealtad? ¿Dónde está tu compasión?»

Con la esperanza de aplastar esa maldita vena romántica, buscó en su cartera el número de teléfono que había usado una vez. Lo marcó.

–¿Jed? –contestó alguien al tercer timbrazo.

Lo decepcionó oír la voz de la abuela de Annie, en vez de la de su amada. Había hablado con ella una vez, justo antes de iniciar el viaje. Era anticuado, pero había querido presentarse. Pedirle permiso para llevarse a su nieta.

–Sí, señora Harnesberry, soy yo. Siento llamar tan tarde, pero es que…

–Annie está aquí, y está llorando. ¿Le has hecho daño?

Él tragó saliva. Ferris y sus colegas del parque de bomberos tenían razón al pensar que era idiota. No sabía qué demonios le ocurría.

–Si le hice daño, no sé cómo fue –dijo–. Le eché la bronca a mi hermana y luego Patti y yo nos abrazamos. Le pedí perdón por haber perdido los nervios y ella me perdonó. Después fui a buscar a Annie, a pedirle disculpas por haberme dejado llevar por la frustración, pero se había ido.

–¿Me prometes que eso es cuanto ocurrió? –la abuela de Annie suspiró–. ¿No le pegaste?

–¿Pegarle? ¿Qué clase de monstruo cree que soy? Puede que tenga manías que resolver, pero mi idea de terapia no incluye golpear a mujeres.

–Con eso me basta. ¿Quieres a mi nieta?

–No sé cómo ha podido ocurrir tan rápido, pero sí –admitió Jed–. Quiero a Annie.

–¿Te contó algo de su primer matrimonio?

–¿Estuvo casada?

–¿Te gusta el pollo estofado? –la mujer se aclaró la garganta.

–Sí, señora.

–A mí también. Ven mañana a las seis de la tarde y haré una buena tanda para cenar.

Colgó, dejando a Jed más confuso que nunca.

¿Quién ha llamado? –preguntó Annie, secándose el pelo con una toalla.

–¿Qué quieres decir? –la abuela Rose no levantó la vista de su

crucigrama.

–Me pareció oír sonar el teléfono.

–¿Quién iba a llamar a estas horas?

«Jed. Para explicar lo inexplicable», pensó ella. Pero Jed no sabía dónde estaba, ni tenía el número de teléfono de su abuela.

–Tienes razón –Annie se sentó en el sofá y alzó los pies para frotarse los dedos, que estaban helados. Desde que había salido de casa de Jed no conseguía entrar en calor.

–¿Estás lista para contármelo todo? –preguntó su abuela.

Pero Annie tenía que reflexionar antes, porque ni siquiera ella sabía qué había ocurrido.

Capítulo 16

Al día siguiente, Annie se sentó al sol en el rincón que su abuela destinaba a los desayunos. Afuera seguramente estaban ya a treinta grados, pero la casa le parecía tan fría como la mañana después de Navidad.

Se sentía defraudada.

Ya había abierto todos los regalos.

Le habían echado calcetines y ropa interior en vez de la casa de Barbie y una caja de pinturas.

Había visto una gran promesa en Jed. El potencial de una felicidad duradera. Pero Troy también le había parecido bien al principio. No se había casado con él a sabiendas de que se convertiría en un maltratador de esposas.

Annie se tironeó del pelo. No sabía cómo había podido equivocarse tanto con Jed.

Al principio había creído que era como Conner, que la estaba utilizando para cuidar de Pia, Richard y Ronnie, pero era mucho peor. Y todo el tiempo que habían estado juntos, le había ocultado su lado oscuro. Había simulado ser alguien que no era.

Había dicho que la amaba, pero incluso eso era mentira.

Todo. Cada beso, caricia y mirada. Cada conversación que había parecido unirlos…

–El café huele de maravilla –dijo su abuela, entrando en la cocina–. ¿Has hecho para dos?

–Para una docena.

–¿Una noche dura? –preguntó la abuela Rose.

–Una vida dura –contestó Annie.

–¿Estás ya lista para hablar?

Annie no lo estaba, pero sabía que su abuela llegaría al fondo del asunto antes o después. Así que era mejor emprender la tortura de explicarlo. Tomó un sorbo de café y dejó escapar un suspiro.

–Imagino que esperas una historia larga y tenebrosa, pero la versión resumida es que conocí a un tipo, pensé que era el hombre de mi vida y resultó ser igual que Troy.

–¿Estamos hablando de Jed? –su abuela frunció los labios y movió la cabeza.

–Sí. ¿De cuántos tipos crees que puedo enamorarme en menos de

una semana? Espera, nunca te he hablado de él. ¿Cómo…?

–Tengo mis métodos –dijo su abuela. Agarró uno de los tazones amarillos que colgaban bajo un armario–. Es el que me dio la lata por teléfono. Me pidió permiso para llevarte a Colorado.

–¿Qué? –si Annie hubiera tenido el tazón en la mano, lo habría dejado caer.

–¿No te lo contó?

–No, claro que no.

La abuela movió la mano como si la bomba que había dejado caer no tuviera importancia.

–¿Sabes lo que significa eso? Sabe dónde estoy. Ha hecho una de esas lunáticas búsquedas en Internet y ahora se convertirá en acosador y…

–Para –puso su mano nudosa sobre la de Annie–. Cariño, con este no te falló el instinto. Al menos eso creo, porque a mí me dio muy buena impresión. No buscó mi número en Internet, sencillamente llamó a información. Cuando telefoneó, me explicó quién era y cómo te había pedido que lo acompañaras a buscar a su hermana. Al principio me preocupé, así que le pedí que viniera a tomar café, ya que solo estoy a una hora de Pecan. Vino con los bebés. Un vistazo a sus ojos llenos de cariño y temor por su hermana y supe que estarías en buenas manos. Vi…

–¿No te parece raro que no me dijera que se había encontrado contigo?

–A mí me pareció raro que no te tomaras el tiempo para decirme que ibas a salir del estado con un desconocido –dijo la abuela, encogiéndose de hombros–. Jed dijo que no quería que supieras que había venido, porque pensarías que era una tontería. Y, a juzgar por tu expresión, tenía razón. Pero piénsalo. Hoy en día, ¿qué clase de hombre se preocupa lo bastante por una mujer para pedirle a su abuela permiso para llevarla de viaje?

–Trucos –Annie se dio un golpecito en la sien–. ¿No lo ves? Quería que creyeses que era amable y considerado. Pero eso es una apariencia. Por dentro es un maniaco del control, igual que Troy. Anoche se puso a gritar. Sé lo que viene después.

La abuela de Annie se sirvió café y fue a sentarse con ella. Tenía los ojos húmedos.

–Tendrían que haber encerrado a Troy para siempre por lo que te hizo.

–Por fin estamos de acuerdo en algo.

–En realidad no –contradijo su abuela–. Al menos, no por las razones que crees.

–¿Qué? Es un monstruo. Eso está claro.

–Si –la abuela agarró una servilleta de papel y se secó los ojos–. Es un enfermo por lo que te hizo físicamente, pero lo que le hizo a tu corazón, Annie, eso es el auténtico crimen. Le has dado mucho poder. Tus pensamientos y acciones están tan marcados por lo que hizo que ni siquiera confías en tu sentido innato del bien y del mal. Es cierto que a Jed le gusta tener el control, pero a diferencia de Troy, que lo necesitaba para elevar su escasa autoestima, Jed lo hace para asegurar el bienestar de la gente a la que ama. Como a su hermana. Y a ti, Annie. A ti.

–Tú no estabas allí anoche –Annie movió la cabeza y tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta–. No lo oíste gritarle a Patti.

–Ni tú. Porque si lo hubieras hecho, sabrías que le pidió perdón a Patti y le dio un gran abrazo.

–¿Y cómo puedes saberlo tú?

–¿Recuerdas que te pareció oír el teléfono anoche? Era él.

–Abuela, ¿de lado de quién estás? ¿Has escuchado una palabra de lo que he dicho? ¡Gritó!

–¡Igual que estoy gritando yo, Annie! La gente discute. Supéralo. ¿Quién es la maniaca del control ahora? No puedes encerrarte en una cajita esterilizada en la que nunca entre el dolor, nena. Sería agradable, pero irreal. Eso es lo que más le reprocho a Troy, que arruinara tu visión del mundo y te hiciera creer que todos los hombres son malos. Tienes que abrir tu corazón y volver a creer en la bondad, cariño. Al menos en lo que se refiere a Jed. Plantéate darle una segunda oportunidad. No digo que corras a casarte con él, pero tendrías que hablarle, explicarle lo de Troy y lo que viviste.

–¿Y si no puedo?

–Si no puedes, ¿qué? ¿Hablar con él?

Annie asintió.

–Eso es cosa tuya. No voy a obligarte a hablar. Ni él tampoco. Pero lo he invitado a cenar. Hoy a las seis. Pollo guisado. Tu plato favorito.

–No tengo hambre.

–Bueno –su abuela se levantó–. Entonces habrá más para nosotros.

Tras el volante de su camioneta, con el viento alborotándole el pelo, Jed tendría que haberse sentido mejor. Pero estaba tenso.

No entendía que Annie hubiera mantenido su matrimonio en

secreto. Y menos aún que hubiera estado casada con un maltratador de mujeres.

Jed nunca se había considerado violento, pero no le habría importado nada presentarle su puño a ese bastardo. Tensó la mandíbula y apretó las manos sobre el volante.

Se preguntó si era lo bastante fuerte para ayudar a Annie a superar esa clase de herida. Sonrió con tristeza. Por ella se enfrentaría al mundo entero, incluso si ese mundo estaba dentro de la cabeza de Annie.

–Estás preciosa –dijo la abuela Rose cuando Annie entró en la cocina, que olía a comida deliciosa.

–Gracias –había sustituido los pantalones cortos y la camiseta que le había comprado Jed, *Quiero saber maíz de ti,* por un vestido de verano color rosa pálido.

Mientras se cambiaba había recordado ese día. Ese primer beso. Había estado feliz con Jed hasta descubrir la oscura verdad. Pero si era tan horrible como había llegado a creer, ¿por qué se había puesto la camiseta? Tendría que donarla a beneficencia, como había hecho con todos los regalos de Troy.

Recordó lo que le había dicho su abuela.

Quizás se había puesto la camiseta porque en el fondo sabía que sus precipitadas conclusiones sobre el carácter de Jed eran falsas. Tal vez sus gritos no tuvieran nada que ver con los de Troy.

Los niños discutían en el colegio a todas horas.

Sus padres discutían y luego hacían las paces. Tenía que reconocer que Jed tenía derecho a estar molesto con su hermana, pero no a gritarle.

Annie se frotó los brazos desnudos. Tenía frío y se preguntaba si volvería a sentir calor alguna vez en su vida.

Sonó el timbre de la puerta.

El corazón le dio un vuelco.

–Llega pronto –su abuela puso la tapa en la olla más grande, se quitó el delantal y lo dejó en la encimera–. Remueve esto cada pocos minutos y procura que no se quemen los bollos de pan.

–Pero, ¿adónde vas tú?

–Al club de Palabras cruzadas –besó a Annie en la mejilla–. Adiós, cielo. Diviértete.

–Pero…

Alguien llamó a la puerta de atrás.

–Bien –dijo la abuela–. Ha llegado mi transporte. ¡Ya voy, Lu!

–Abuela Rose, no puedes…

–Es posible que vuelva tarde. No me esperes levantada.

Annie se preguntó cómo podía hacerle eso su abuela que, como si le hubiera leído la mente, se volvió hacia ella antes de salir.

–Ah, y por si te lo estás preguntando, esto es cuestión de amor. Tienes que contarle a Jed lo de Troy, cielo. No dejes que tu miedos del pasado arruinen tu futuro –le tiró un beso y se marchó.

El miedo oprimió el pecho de Annie. No estaba segura de qué temía más, si a Jed o a cómo reaccionaría cuando le hablara de su matrimonio.

Tras pensar en lo que había dicho su abuela, había admitido que tal vez Jed sí fuera el gran tipo que había creído. Y si no había huido de él, la única conclusión lógica era que huía de sus propios miedos e inseguridades.

Se preguntó si Jed pensaría peor de ella cuando descubriera que se había casado con un impresentable. Miró a su alrededor.

Tenía que salir de allí.

Podía volver a su piso. Sí. Era un buen plan.

Correr.

Esconderse.

Su bolso estaba en la consola del vestíbulo, pero no recordaba dónde había puesto las llaves. Tenían que estar en algún sitio. Abrió el bolso.

No estaban en ningún compartimento.

Sonó el timbre de la puerta.

Alzó la vista y vio a Jed mirando por la ventana que había junto a la puerta.

Se le secó la boca.

–Hola –dijo él con esa voz que ella adoraba.

No sabía por qué había huido de él. Su dulce y querido Jed. Ella no se lo merecía. No se merecía a nadie…

–Me diste un susto de muerte –dijo él, empujando la puerta y entrando–. ¿Por qué no me contaste lo de tu ex?

–Mi abuela es una bocazas.

–Yo no diría eso. A mí me gusta. Creo que tenías razón, tenemos que emparejarla con King.

–Oh, Jed –Annie fue hacia él y se agarró a su cuello sollozando–. Por favor, abrázame.

Él lo hizo. Con fuerza y cariño.

–Cuando te oí gritándole a Patti, algo explotó en mi interior. No sé qué me ocurrió. Mi matrimonio con Troy acabó hace años. Apenas duró tres meses –paró para tomar aire–. Abu estaba

enferma, le habían diagnosticado cáncer de mama y creía que iba a perderla y me quedaría sola en el mundo. Entonces conocí a Troy en una fiesta y me pareció la respuesta a todas mis plegarias. Cuidaba de mí, pero había indicios negativos que ignoré. Cuando a la abuela se le cayó el pelo, se burlaba de ella con sus amigos, creyendo que yo no lo oía. Al principio fueron detalles pequeños, pero debería haberles prestado más atención. Sabía que era malo, Jed, pero me sentía insegura y me asustaba la soledad. Al final, con él descubrí que hay cosas que dan mucho más miedo que estar sola.

Empezó a llorar con desconsuelo. Jed se limitó a abrazarla. Pasados unos minutos, la alzó en brazos y la llevó al sofá.

–Vamos a ir más despacio –dijo él, apartándole el pelo de la frente para besar sus cejas y sus mejillas–. Si te parece bien, me gustaría que tuviéramos al menos cien citas. Después, cuando estés convencida de que nunca querría ni podría hacerte daño, quiero que consideres la posibilidad de ser mi esposa. ¿Crees que podrías hacer eso?

Aún llorando, pero esa vez lágrimas de júbilo, asintió contra su pecho. Adoraba su olor a verano, montañas y bosques.

Sentada en su regazo, abrazada a su cuello, Annie liberó años de tensión. Era un hombre gentil y fuerte. Lo bastante fuerte para protegerla a ella, a sus hijos, a su abuela, a Patti y a su marido, a los trillizos y a toda la familia junta.

Annie se sentía más fuerte. Por fin se había perdonado por involucrarse con perdedores como Conner y Troy.

De repente, en brazos de Jed, dejó de sentirse sola para sentirse unida a muchas personas. Ya no quería pasar los sábados por la noche leyendo revistas de decoración y pintando el cuarto de baño. Quería sentarse a la mesa a jugar a Palabras cruzadas o a las cartas, riendo y charlando hasta que no tuvieran nada que decirse.

Pero estando juntos, siempre tendrían historias que contar. Y risas. Y amor.

–¿En qué piensa esa cabecita tuya?

–En lo feliz que soy. Y en cuánto siento haber dudado de ti. Te oí levantar la voz y me volví loca.

–Si te hubieras molestado en hablarme de tu ex, habría sabido que no debía alzar la voz en tu presencia –le secó las mejillas con los pulgares.

–No puedes andar de puntillas por miedo a asustarme –dijo Annie–. No sería justo.

–Tú no puedes seguir teniendo miedo.

–Lo sé. Por eso quiero hablar de esto con un profesional. Lo que

tenemos es demasiado especial para arriesgarnos a perderlo por culpa de mis fantasmas.

–¿Tu ex vive en esta zona?

–Lo último que supe de él fue que se había trasladado a Los Ángeles, para ser entrenador personal de los famosos. Solo le importaba su físico. Quería tenerme cerca como objeto decorativo. No le gustó nada que yo quisiera más.

–¿Por eso dejaste la carrera?

–Sí. Menuda estupidez, ¿eh?

–Considerando lo que te hizo pasar, yo lo llamaría instinto de supervivencia.

–Abrázame. Y si alguna vez vuelvo a saltar así, recuérdame quién eres y lo que compartimos.

–Eso haré –la apretó contra sí.

No la soltó hasta que su pulso recuperó la normalidad y sus ojos se secaron. Hasta que se sintió lo bastante segura para enfrentarse al mundo.

–Odio arruinar este momento, sobre todo porque me encanta tenerte entre mis brazos, pero ¿no se está quemando algo?

–¡El pollo de la abuela! –Annie se levantó de un salto y corrió a la cocina–. Espero que no sea demasiado tarde. Le ha dedicado mucho tiempo.

Jed se puso un guante de cocina y levantó la tapa de la cacerola.

–A mí me parece que está bien.

–No puede ser –Annie removió el guiso con una cuchara de madera–. Puaj. La abuela se va a disgustar mucho.

–¿Qué le pasa?

–Mira –se apartó para que Jed viera el centímetro de salsa requemada que había al fondo de la cazuela.

Apagó el horno y comprobó de un vistazo que los bollos de pan no habían tenido mejor suerte. Jed puso la cazuela en el fregadero y la llenó de agua caliente.

–Ahora que lo pienso, tengo bastante hambre. Una comida casera me habría venido muy bien.

–No guiso tan bien como Abu, pero la despensa y el congelador están bien abastecidos. Puedo preparar algo.

–¿Seguro? Podríamos salir –puso la mano en su hombro desnudo y ella se inclinó hacia él.

De repente volvía a ser el día de Navidad, pero esa vez se habían cumplido todos sus deseos. Le habían traído las pinturas. Y la casa de Barbie y un Ken perfecto, por añadidura.

Solo que se llamaba Jed. Y era mucho más guapo.

–Veamos –Annie abrió el congelador–. Filetes, chuletas, espaguetis, gofres.

–¿Por qué no cenamos un desayuno? Prepara tú los gofres. Yo hago unas tortitas de escándalo.

Mientras ella sacaba los gofres, Jed se movió a su alrededor, buscando los huevos en la nevera. Y en ese momento de camaradería, Annie supo que había encontrado su nueva familia, su hogar.

Epílogo

Cuatro años después

A pesar del ruidoso ambiente de bar deportivo que había en el salón en el que cientos de espectadores se habían reunido para contemplar la final del Campeonato Nacional de Palabras cruzadas, Annie se retorcía las manos sudorosas y se mordía el labio inferior.

–¡Mami! Este vestido pica –se quejó la pequeña Olivia, de tres años.

–Lo sé, cielo. Solo falta un poco para que la abuela Rose y el abuelo King terminen la partida.

–¿Quién crees que va a ganar? –preguntó Jed, sacando a Liv de su silla y sentándola en su regazo.

–Siempre apuesto por la abuela, pero después de la paliza que le dio a King el año pasado –le guiñó un ojo a Jed–, tengo lástima de él.

Liv metió la cabecita llena de rizos rubios bajo la barbilla de su padre y cerró los ojos marrones con motas doradas.

Ver a su hija Olivia acurrucada contra Jed siempre emocionaba a Annie. No sabía cómo había tenido tanta suerte. Eran muy afortunados.

King y su abuela estaban disputando un campeonato nacional, pero cuando acabara la partida estarían aún más enamorados. King por fin había encontrado su veta de plata, y la abuela de Annie había estado con él cuando lo hizo. Tras gustarse en la fiesta de Año Nuevo de King, se habían vuelto inseparables. Tras un apasionado romance de seis meses, se habían casado en la cima de Mosquito Pass.

Cuando no estaban inmersos en el campeonato de Palabras cruzadas, eran los conferenciantes estrella del circuito de jugadores amateur.

Annie asistía a la universidad para licenciarse en Psiquiatría infantil. Suponía muchas horas de desplazamientos y estudios, pero Jed siempre estaba dispuesto a ayudar, al menos cuando no estaba trabajando. Estaba a punto de convertirse en jefe del cuerpo de bomberos de Pecan.

Patti puso una mano delante de la boca de Ronnie, que escupió

un chicle morado.

–Puaj –Annie hizo una mueca.

–Eh, una mamá tiene que hacer lo que tiene que hacer –dijo Patti, que había resultado ser una madre fantástica. Era un vendaval haciendo galletas y trabajo social voluntario; Howie tenía un cargo directivo en la fábrica de pan de Pecan.

–Oh, cielos –con la mano limpia, Patti apretó el antebrazo de Annie–. Después de esa última palabra, están empatados. ¿Alguna vez ha habido empate a estas alturas del juego?

–No lo sé –dijo Annie–. La profesional es la abuela, no yo.

Mientras el presentador y el experto en Palabras cruzadas hablaban de estrategias y probabilidades, Annie cerró los ojos y deseó que acabara el juego. Ganar el título ese año significaría mucho para King, pero también para su abuela.

Jed, con Liv dormida en los brazos, se inclinó hacia Annie.

–Después de la fiesta de celebración, ¿que te parece si dejamos al bichito con mi hermana y hacemos nuestro propio campeonato de Palabras cruzadas con striptease?

–¿Cómo puedes decir eso en un momento como este? –Annie le dio un manotazo.

–Tenía que hacer que dejaras de pensar en el resultado del campeonato –sonrió él, mirándola con amor–. ¿Te das cuenta de que perder no será el fin del mundo para ninguno de ellos?

–Lo sé, pero…

Él interrumpió sus protestas con un beso.

Vítores y aplausos entusiastas señalizaron el final de la partida.

–¿Quién ha ganado? –preguntó Jed.

Annie sonrió. En cuanto a tener al mejor marido, la hija, las amistades y la familia perfectas, la respuesta no tenía vuelta de hoja.

–He ganado yo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

